



Universidad Veracruzana

Instituto de Investigaciones

Lingüístico-Literarias

Literatura de viajes y proyecto de nación en
Manual del viajero en México de Marcos Arróniz

Tesis

Que para obtener el Título de
Maestra en Literatura Mexicana

Presenta

Nohemí Rodríguez García

Directora

Dra. Leticia Mora Perdomo

Xalapa, Veracruz, México

Agosto, 2015

A mi esposo Oscar y a mis hijos Oscar, Rosita y Andrea
porque sin ustedes no lo hubiera podido lograr

A mis padres y hermanos

A mis maestros de la Maestría en Literatura Mexicana
por sus valiosas observaciones a esta investigación

Agradecimientos:

A la Dra. Leticia Mora Perdomo por su invaluable apoyo,
a la Dra. Esther Hernández Palacios por sus atentas lecturas.

Mis más sinceras gracias a mis lectores: Dra. Marina Martínez Andrade,
Dra. Carmen Blázquez Domínguez, Dr. Ángel José Fernández Arriola
y al Dr. Alfredo Pérez Pavón

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	5
CAPÍTULO 1	
ARRÓNIZ Y SU TIEMPO	
1.1 Datos biográficos.....	12
1.2 Arróniz en el panorama editorial.....	18
1.3 Arróniz, itinerario crítico.....	24
1.4 Breve panorama histórico.....	29
1.4.1 Conservadurismo: nacimiento.....	33
1.4.2 Los santanistas.....	40
CAPÍTULO 2	
PROYECTO DE MEXICANIZACIÓN DE LA LITERATURA:	
EL LICEO HIDALGO Y <i>LA ILUSTRACIÓN MEXICANA</i>	51
2.1 Nación.....	52
2.1.1 Consolidación de una nación.....	54
2.1.2 Asociaciones literarias.....	59
2.1.2.1 Academia de Letrán.....	60
2.1.2.2 Liceo Hidalgo.....	61
2.1.2.2.1 La literatura y su objeto de estudio.....	64
2.2 Revistas.....	66
2.2.1 <i>La Ilustración Mexicana</i>	66
2.2.1.2 Relato de viaje.....	68
2.2.1.2.1 El <i>flâneur</i>	77
2.3 Guías de forasteros.....	82
2.3.1 Influencia externa.....	82
2.3.2 Influencia interna.....	87

CAPÍTULO 3

<i>MANUAL DEL VIAJERO: LA NACIÓN Y EL VIAJE</i>	94
3.1 El <i>Manual</i> y el esbozo literario.....	96
3.2 Imagen de nación: un caleidoscopio viajero.....	111
3.3 La ciudad y el discurso civilizatorio.....	123
3.4 Arróniz: escritor de costumbres.....	130
3.5 Representación de lo popular.....	134
3.6 El paisaje.....	139
CONCLUSIONES.....	147
BIBLIOGRAFÍA.....	150

INTRODUCCIÓN

Al cumplirse 157 años de la publicación del *Manual del viajero en México* (París, 1858) era urgente valorar su papel como una obra pionera en la tarea de conformar una literatura nacional. A finales del siglo XX, el Instituto Mora publica una edición facsimilar de la obra y entonces un puñado de académicos volteó a verla. Y aunque empieza a ser mencionada por algunos especialistas del siglo XIX, en artículos interesantes y significativos, las páginas que se le han dedicado no rebasan la centena. La poesía arronizta ha corrido mejor suerte, a ella han destinado sus desvelos académicos acuciosos que rescataron su emblemático poema “Zelos” y compilaron la mayor parte de su poesía. En suma, mi investigación es un intento por concederle al Arróniz cronista el lugar que se merece dentro de la literatura mexicana.

La creación de una literatura nacional fue una preocupación que desveló a los intelectuales decimonónicos desde que el país logra su independencia y, aunque hubo antecedentes importantes, la separación de la corona española aumentó el anhelo por singularizarnos por medio de la escritura. La generación a la que perteneció Arróniz cargó a cuestas una doble responsabilidad: fundar la nación y su literatura cuando el país era vejado en muchos frentes. En el ámbito político el país fue víctima de golpes de Estado y frecuentes cambios de gobierno; en el ámbito económico, una hacienda pública en ruinas y en el social la guerra civil. ¿Cómo hablar de una literatura y una nación que se sostenía con pinzas en medio del caos? Arróniz y su generación hallan en el ejercicio literario una forma de dotar al país de una fisonomía propia y fundan el Liceo Hidalgo y años después nuestro cronista parece responder en el *Manual* que la clave estaba en la literatura. El formato de

las guías de forasteros le permitió unir el discurso histórico y el literario y hacer una doble operación: refutar a los viajeros que describían a México como un país donde imperaba la barbarie y hacer de la literatura el medio para unificar una identidad dispersa. El *Manual* le permitió además escribir sobre sus mayores pasiones: la ciudad de México, como estandarte de la modernidad y el paisaje nacional, como el espacio que albergaba a la naturaleza y sus prodigios y al misterioso mundo de las ciudades prehispánicas ya en ruinas.

Antes de continuar quiero mencionar suscintamente los términos empleados en esta investigación. Las palabras nación y viaje aparecerán frecuentemente a lo largo de estas páginas. La primera parte del concepto de “comunidad imaginada” de Benedict Anderson, entendida como un grupo de individuos que sin conocerse están conscientes de su comunión. Anderson ve en la nación una construcción histórica, relacionada con fenómenos de orden cultural que intervienen en el surgimiento de identidades a las que se les hace preciso ser narradas para crear una “imaginación común”. Respecto a la palabra viaje, remite a su acepción más común que alude al concepto de desplazamiento; éste se efectúa en el *Manual* a través del tiempo y el espacio. En el primer caso, Arróniz hace un viaje imaginario al pasado de la mano de Bernal Díaz del Castillo y conquistadores como Hernán Cortés; el futuro es el tiempo en el que México alcanzará a las naciones más civilizadas y el presente queda atrapado en el acto escritural de su guía. Con referencia al espacio, Arróniz hará un recorrido por la ciudad, como sinónimo de civilización, y el campo como el lugar en el que se cifra el exotismo del territorio.

Finalmente, quiero dejar constancia de que esta investigación se apoya en trabajos históricos e historiográficos sobre la primera mitad del siglo XIX y sobre la última

dictadura santanista, gobierno en el que Arróniz brindó sus servicios como capitán de Lanceros de la Guardia de Santa Anna. Además, no puedo dejar de mencionar a la Hemeroteca Digital de México y su archivo de revistas y periódicos del siglo XIX, como una fuente imprescindible, a la cual debe mucho la fundamentación de esta tesis.

I

Ubicar biográfica, política y editorialmente a mi autor para insertarlo en el panorama de las letras mexicanas del siglo XIX, resulta fundamental en el primer apartado de esta investigación. En él reúno datos sobre su lugar y fecha de nacimiento, que me fueron proporcionados por el Dr. Ángel José Fernández, basados en el árbol genealógico que Geneanet publicó en su página, sitio respaldado por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM y el Colegio de Michoacán, pues en fuentes diversas se consigna a Orizaba, Veracruz, como el lugar de nacimiento de Arróniz. Gracias al árbol genealógico de esta organización pude ubicar el 8 de septiembre de 1826 como la fecha en la que mi autor llegó al mundo y San Miguel, El Grande, Guanajuato como su lugar de origen. Además, en este apartado hago un recorrido por su paso en periódicos como *El Siglo XIX* y *El Monitor Republicano* y en revistas como *Presente Amistoso* y *La Ilustración Mexicana*. El repaso, si bien no busca ser pormenorizado, ofrece una visión panorámica de la carrera literaria de Arróniz por la prensa de la época, donde publicó poesía, crítica literaria, traducciones de poetas italianos, franceses, ingleses, españoles, artículos sobre música y fotografía y otros donde describía sus exploraciones a la Cueva de Cacahuamilpa o sus paseos por los alrededores de la ciudad de México. Concedo también un espacio al

itinerario crítico de la obra arronizta, que como ya dije, no es muy amplio y se centra fundamentalmente en la poesía.

En este capítulo brindo datos sobre el conservadurismo y el santanismo, corrientes ideológicas y políticas en las que se ubica mi autor. Brindo información sobre el origen del término conservador en contraposición al demo-liberal e intento mostrar que los conservadores mexicanos decían ser los únicos capaces de frenar el expansionismo estadounidense que ya en 1846-1848 se antojaba voraz. El régimen santanista fue sin lugar a dudas uno de los que apoyó su poder fundamentalmente en el ejército y la Iglesia, instituciones que al ver debilitados sus privilegios se apoyaban mutuamente. En 1856, ante la inminente pérdida de sus privilegios, al grito de “religión y fueros” iniciarían una serie de enfrentamientos en 1858, año en el que perecería Arróniz.

II

En el segundo apartado examino fundamentalmente los términos en los que gira esta tesis: la nación y el relato de viaje. La nación vista, como ya lo dije, desde la perspectiva de Anderson, con el propósito de explicar la literatura mexicana como una comunidad imaginada. Este análisis me permite precisar el papel que los impresos y las asociaciones literarias desempeñaron en la configuración del, llamado por Guillermo Prieto, proyecto de mexicanización de la literatura. Además, conocer las circunstancias y mecanismos que una minoría letrada empleaba desde el centro del país para seleccionar lo que sí y lo que no formaría parte de la “nueva” nación y del “nuevo” mexicano.

Exploro además aspectos particulares respecto a la construcción de la identidad en el siglo XIX. Por un lado, están aquellos intelectuales reunidos tradicionalmente en el

grupo liberal, para los que era fundamental y urgente eliminar la herencia hispánica e imitar el sistema político y económico estadounidense; por otro lado, los conservadores para los que la identidad nacional debía construirse con base en la herencia castiza. Respecto al indio, ni uno ni otro grupo pensaban que debía ser integrado a la sociedad; compartían la visión de un pasado indígena glorioso pero clausurado. Sin duda, un elemento fundamental en este proceso identitario fue la pérdida de la guerra en 1848 y los libros de viaje que ponían por lo suelos la imagen de México. En respuesta, los escritores mexicanos intentan pintarse a sí mismos a través de la descripción de tipos, costumbres y paisajes.

Respecto al viaje, revisé los relatos que sobre el tema se publicaron en la revista *La Ilustración*, órgano literario del Liceo Hidalgo y asociación de la que formó parte Arróniz. En específico me centré en dos modalidades discursivas desplegadas en sus páginas: la descripción y la narración. Términos gracias a los cuales pude advertir dos maneras distintas de escribir sobre el paisaje, uno inclinado hacia lo técnico y científico y otro proclive a la invención. Esta distinción, si se quiere simple, me permitió revisar conceptos como verosimilitud y elementos propios de la estética romántica.

En este apartado también exploro el concepto *flâneur*, pues su aparición en artículos de Francisco Zarco y Orozco y Berra, es el antecedente del paseante que deambula por las páginas del *Manual*. El *flâneur* es el juez silencioso de las costumbres decimonónicas y su corrupción.

Cierro este apartado con una revisión por demás panorámica de las guías de forasteros en las que se inscribe el *Manual*. Con el fin de conocer los precedentes de los que proviene este género literario, analizo la influencia externa e interna que incidió en la configuración de las guías de forasteros mexicanas. En el primer grupo reúno las guías de

forasteros que se escribieron en España desde el siglo XVII y que a grandes rasgos intentaban enumerar vicios y conductas reprobables y dejaban en segundo plano la descripción del lugar. Prevalecía una finalidad moral y pedagógica por encima de la pintoresca o política. La influencia interna provenía de las guías que desde el siglo XVIII se publicaban en la Nueva España y que fundamentalmente incluían un calendario religioso que daba cuenta de fiestas y celebraciones católicas y poco a poco incorporaron en sus páginas información de los empleados del gobierno. La enorme flexibilidad del formato permitió que se pudiera hablar en sus páginas prácticamente de cualquier cosa, desde un poema donde se describía a las prostitutas de la capital novohispana hasta textos como el de Arróniz que buscó describir la ciudad de manera casi exhaustiva.

III

En el último apartado intento unir todos los hilos que he ido trazando a través de los dos primeros capítulos. Destaco el valor que la voz narrativa “Nosotros” juega en la configuración de la comunidad letrada a la que pertenecía Arróniz, por lo que el primer paso fue examinar el esbozo literario al que el cronista dedicó todo un capítulo. En sí examiné la periodización y la selección de autores y obras para así fundar los criterios que lo llevaron a decir quién sí y quién no formaba parte de la tradición literaria mexicana.

En el apartado titulado “Imagen de nación. Un caleidoscopio viajero” examino las fuentes de las que se valió el cronista para legitimar su obra. Me interesa mostrar la gama tan diversa de autores, entre nacionales y extranjeros, con los que logró una re-elaboración que sorprendentemente no relegó a viajeros como Madame Calderón de la Barca o Isidore Löwenstern, que merecieron la rechifla de los más prominentes escritores de la época.

Los dos espacios en los que se finca la nacionalidad son la ciudad y el campo. El primero es el que alberga todo aquello que se relaciona con lo civilizado, aunque en ese mismo espacio convive la corrupción. El campo será la morada de los elementos sublimes y del exotismo. Ambos serán la cara y cruz de la identidad.

En la sección dedicada al cronista de costumbres, Arróniz asume un doble papel, por un lado es el juez implacable de la conducta de los capitalinos y por el otro el que vaga de calle en calle y de paseo en paseo y que desde una esquina escucha los gritos de los vendedores callejeros. Desde la primera postura señala con dedo acusador los vicios y defectos; mientras que como caminante ciudadano disfruta de las aguas frescas de la chiera y de la vista que desde las alturas de la catedral le permite vislumbrar el Valle de México.

No podía faltar en una guía de forasteros el elemento popular y el paisaje como rasgos que demostraban cuán nacional era la literatura. Para cerrar el análisis de la obra me detengo en el examen de estos aspectos porque darían la pauta de lo que después conformaría al tipo y territorio mexicanos.

Antes de concluir quiero agradecer a los maestros del posgrado, pues siempre estuvieron dispuestos a aclarar mis dudas y contribuyeron a que viera esta investigación desde distintas perspectivas. Lo anterior me permitió conocer la obra desde diferentes ángulos y enriquecer mi lectura.

Agradezco también la paciencia de mi directora y tutora de tesis, Dras. Leticia Mora Perdomo y Esther Hernández Palacios, respectivamente, por la atenta lectura a los manuscritos de esta investigación. De antemano doy las gracias a los lectores que amablemente aceptaron leer mi tesis, los doctores: Marina Martínez Andrade, Carmen Blázquez Domínguez, Ángel José Fernández y Alfredo Pérez Pavón.

CAPÍTULO 1

ARRÓNIZ Y SU TIEMPO

1.1 Datos biográficos

Las descripciones físicas del autor de *Manual del viajero en México*¹ son posteriores a su muerte. Una de ellas se localiza en el prólogo que Luis G. Ortiz hace a las obras de Florencio M. del Castillo (Campos, *La lira* 16) y otra en el que realiza Ignacio Manuel Altamirano al libro *Pasionarias* de Manuel M. Flores.² Según estas descripciones fue un hombre de piel sonrosada, frente ancha, de cabellera negra y rizada y labios delgados. Francisco Zarco, quien fue uno de sus entrañables amigos, lo llamaba a manera de burla “la doncella de Orleans.” (Campos, *La lira* 17) Marcos Arróniz Conde nace en 1826, en San Miguel, el Grande Guanajuato;³ es uno de los miembros del Liceo Hidalgo que contaba con mayor edad, superado sólo por José María Tornel y Mendivil (1789-1853) y Francisco González Bocanegra (1824-1861).⁴

¹ Libro consultado: *Manual del viajero en México*. Prólogo de Regina Hernández, Instituto Mora, México, 1991. Edición facsimilar de la primera edición realizada en 1858. En adelante me referiré a la obra como *Manual*. Además de éste, Arróniz escribió otros dos manuales: *Manual de biografía mexicana* y *Manual de historia y cronología*. En adelante, el primero aparecerá como *Biografía* y el segundo como *Cronología*.

² El primer prólogo aparece en 1875 y el segundo en 1882.

³ Gracias a Ángel José Fernández hallé los siguientes datos: su nombre completo era Marcos Loreto Manuel José Trinidad Arróniz Conde y fue bautizado el 8 de septiembre de 1826 en San Miguel, El Grande, Guanajuato. Ver <http://es.geneanet.org/>, esta página pertenece a Javier E. Sanchiz Ruiz, del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM y el Centro de Estudios Históricos del Colegio de Michoacán. Sin embargo, *Enciclopedia de la Literatura en México* de la Fundación para las Letras Mexicanas, Vicente Quirarte (79), Ángel José Fernández (85) y Marco Antonio Campos (“Vida y obra” 119, *La lira* 13) consignan a Orizaba, Veracruz, como su lugar de origen y aventuran fechas de nacimiento.

⁴ El Liceo Hidalgo tuvo tres épocas: la primera, a decir de Fernández, inicia en 1847 y formaliza sus reuniones en 1848 (94); Campos consigna una fecha diferente, el 15 de septiembre de 1849 (*La lira* 30). La segunda época corresponde a 1867 y la tercera a 1892.

En 1845 Arróniz obtiene el segundo premio en un concurso de inglés celebrado en el Colegio de Minería. Con apenas 19 años, ya poseía cierto dominio del idioma, que cinco años después lo llevaría a traducir a Lord Byron, Samuel Rogers, Mary Hope y a Frances Erskine, más conocida como Madame Calderón de la Barca.⁵ Recibió una educación aristocrática, pues pertenecía a una familia adinerada de Guanajuato, ciudad en la que existían, según Lucas Alamán, cuatro bibliotecas de particulares con más de mil volúmenes. Arróniz bien pudo aficionarse a los libros desde su tierra natal y leer las obras en sus idiomas originales, lecturas que le permitieron aprender inglés, francés e italiano desde muy joven. Como resultado de estos conocimientos tradujo parte del libro de Isidore Löwenstern, *México. Memorias de un viajero* y poemas de Víctor Hugo y de Francesco Petrarca.

Arróniz se definía a sí mismo como un criollo, casta que se caracterizó por su constante preocupación por definirse a sí misma como americana en contraposición de lo español y de lo indígena, aunque paradójicamente gustara de evidenciar su origen europeo. En *Cronología* el cronista reconoce su fervor por ambas naciones:

Nosotros, los que escribimos estas líneas, que somos hijos de Españoles, nosotros, cuyas primeras palabras infantiles se llevaron las apacibles brisas de la España, y en cuyo nombre y hermoso suelo se estamparon nuestros primeros pasos de niño vacilante [...] Celebramos la independencia de nuestra patria, y a nadie le cedemos en amor a Méjico; pero después

⁵ De Lord Byron traduce “El primer beso de amor”, “En un álbum” y “Fragmentos del Don Juan”; de Rogers “A una lágrima” y de Hope “En otros días pienso muchas veces”. El primer poema aparece en *Presente amistoso dedicado a las señoritas mexicanas* (en adelante aparecerá como *Presente*) en 1851, aunque lo traduce en 1850 y los demás aparecen en *La Ilustración Mexicana* (en adelante aparecerá como *La Ilustración*) en 1851. De Calderón de la Barca traduce un fragmento de *La vida en Méjico*.

España ocupa en nuestro corazón un lugar preferente, y conservamos para nuestros mayores un sentimiento de profunda gratitud. (160)

El árbol genealógico que consulté, Sanchiz (Anexo), registra efectivamente el origen español del padre, pero la madre, y al menos cuatro de las generaciones que le antecedieron, nació en el Estado de Guanajuato. Su padre, José Arróniz García Gastón, nació en Santa Cruz Campezo Álava, España, y su madre, María del Carmen Conde Ibarrola, en San Miguel, el Grande Guanajuato. Es decir, el padre sí era español, pero la madre no. ¿Fue Arróniz un criollo o un mestizo? Las evidencias con las que cuento me impiden asegurar una u otra cosa; sin embargo, lo importante es que el cronista conservó toda su vida un cariño especial por esos dos países, aunque el primer lugar lo ocupó México.

El matrimonio Arróniz Conde procreó tres hijos: Marcos (1826), Justina (1829) y Abraham Joaquín (1831). Sólo Marcos tuvo un destino literario; Justina se dedicó al hogar y a la crianza de sus numerosos hijos, pues se casó dos veces: la primera con Francisco Espinosa de los Monteros, diecinueve años mayor que ella, y al quedar viuda contrajo nupcias con Eduardo Gorostiza.⁶ De Abraham Joaquín la única información con la que cuento es que en 1853 se casó con Paz Carrera Lardizábal, hija del general Martín Carrera, quien ocuparía la presidencia de la República por breve tiempo al ser derrocado Santa

⁶ Ambos tenían hijos de sus matrimonios pasados: Justina procreó tres con Espinosa de los Monteros, quien al morir le dejó a seis niños de su primer matrimonio; Eduardo tenía dos, cuya madre había muerto; con Justina procreó una hija. En total, de la noche a la mañana debieron hacerse cargo de 13 niños.

Anna.⁷ Abraham es al único miembro de la familia al que Marcos no le dedica ningún poema. A Joaquina le escribe “El ensueño de la virgen”⁸ y a sus padres un poema y sentidos epitafios en su muerte.⁹

Muchos factores se conjuntaron para hacer de Arróniz todo un romántico de mediados de siglo. Fue un hombre con un carácter reservado y callado en extremo, nunca se casó ni tuvo descendencia alguna y vivió atormentado por un amor no correspondido; fue en toda la extensión de la palabra una “planta exótica”. En su poema “El pensamiento de amor” se describe en estos términos: “Pobre de mí, que en la tierra, / Soy planta exótica y triste...” (*Presente* 1852, 171). Su trágica muerte vendría a completar esta imagen. Emilia Pardo Bazán en *La cuestión palpitante* describe con mucha exactitud al tipo romántico:

desde el advenimiento del romanticismo se convirtió en calavera¹⁰ misántropo, al cual las musas atormentaban en vez de consolarle, y que ni andaba, ni comía, ni se conducía en nada como el resto del género humano, encontrándose siempre cercado de aventuras, pasiones y disgustos profundísimos y misteriosos. (168)¹¹

⁷ En 1854 Martín Carrera asume el gobierno del Distrito y cierra las casas de juego, pero no dura mucho en el puesto y se le nombra director general de artillería. No obstante, en 1855, Carrera regresa al gobierno del Distrito. (Vázquez Mantecón, *Santa Anna* 55).

⁸ El poema aparece originalmente en *Presente* en 1852; en 1853 sería incluido en *Guirnalda poética de poesías mexicanas* de Juan R. Navarro, editor de *La Semana de las Señoritas Mexicanas* (en adelante *La Semana*). A diferencia de 1852, aquí la dedicatoria a su hermana es sustituida por un epígrafe de Góngora: “Dormid que el Dios alado / De vuestras almas dueño / Con el dedo en la boca os guarde el sueño” (26)

⁹ A su padre escribe “En la muerte de mi amado padre”, que aparece en *La Ilustración* el 24 de noviembre de 1852 y en *El Siglo XIX* el 2 de febrero de 1853. Los epitafios aparecen en *La Ilustración* en 1854.

¹⁰ Aquí calavera significa persona sin juicio, no juerguista.

¹¹ Arróniz admiraba a José de Esproceda (1808-1842), al que le dedicaría un largo artículo. En él Arróniz lo llama “el Byron de España” y configura a ambos poetas como seres incomprendidos en “la sociedad hipócrita y malvada” (*La Ilustración* I: 1851, 210) Nacen, explica, en el “siglo de la duda”, que hará que sus poemas hablen sobre “las vacilaciones de la conciencia”. (210) Arróniz comparte algunas características con el español: ambos fueron militares y murieron de manera prematura. Parece entonces que Arróniz se coloca en un espejo y se describe a sí mismo.

Arróniz se enamoró de una aristócrata que lo despreció y a la que criticaba porque prefería a jóvenes a los que no les preocupaba en lo más mínimo ser considerados frívolos y superficiales. Criticaba a la joven porque no se conmovía ante su nobleza y sensibilidad. El poeta describe a su amado tormento: “blanca, rubia, de ojos azules, de talle esbelto, de cuerpo ligero y de pie leve” (Campos, *La lira* 45) y aunque se desconoce su nombre, ella pudo haber inspirado el poema “Zelos”:

¡Cual manada de tigres carniceros
Que ceban su apetito en los corderos,
Así son mis celosos pensamientos
Que nacen en la mente acalorada,
Y sacian en mi pecho sus furores
Sin darme treguas a ninguna hora
Porque sufra el dolor de los dolores! (*Presente* 1852, 339)

La vida de Arróniz tuvo otra faceta como miembro del ejército, corporación donde capitaneó un regimiento de Lanceros durante la última dictadura de Santa Anna. Profesión por la que debió dejar a un lado su timidez y sustituirla por la voz de mando. Actividad que si bien no congeniaba con la del poeta atormentado y melancólico, sí con su carácter apasionado en extremo.¹²

Durante la dictadura, la iglesia y el ejército vivieron una especie de luna de miel; una vez derrocado el dictador ambos sectores quedaron desamparados, por lo que al grito

¹² Ángel José Fernández señala que el desengaño amoroso lo orillaría a tomar la carrera militar. Gracias a ella pudo acompañar como edecán al general Martín Carrera en Michoacán.

de “religión y fueros” encabezan la reacción. Conrado Hernández López escribe que al caer la dictadura fueron perseguidos los conservadores que habían colaborado con Santa Anna y agrega: “De este modo, la primera rebelión surgió de algunos jefes y oficiales del ejército que fueron privados de su único medio de vida o que veían peligrar su situación en el futuro. (277) ¹³ Arróniz en apoyo a este movimiento participa en la Batalla de Ocotlán y en su *Cronología* deja testimonio del enfrentamiento. ¹⁴

Quince días después la reacción es doblegada por el gobierno; los generales, jefes y oficiales vencidos son condenados a ser soldados rasos o de lo contrario encarcelados y acusados por conspiración. Arróniz es recluso y el propio Altamirano, en el prólogo a *Pasionarias*, asegura que en prisión había empezado a perder el juicio. Dichos que hacen a Campos presuponer que el poeta no estuvo en una cárcel sino en un manicomio (*La lira* 22). Sería irresponsable de mi parte afirmar una u otra cosa, lo que sí puedo asegurar es que Arróniz escribió la mayor parte de *Cronología* en prisión, pues en un fragmento de ese texto lo confiesa: “No podemos expresar nuestras opiniones, porque, escrita la mayor parte

¹³ Marta Eugenia García Ugarte hace referencia a la batalla de Ocotlán que tuvo lugar el 8 de marzo de 1856 como respuesta a la promulgación de la Ley Juárez que “suprimía los tribunales especiales y los fueros eclesiástico y militar.” (I: 2010, 510) Las protestas no se hicieron esperar, el obispo de Puebla se rebela contra dicha ley y enciende los ánimos de la reacción poblana. El 12 de diciembre el cura Francisco Ortega y García se rebela en Zacapoaxtla, donde desconoce al gobierno de Comonfort. El 23 de enero de 1856, Antonio de Haro y Tamariz asume el liderazgo del movimiento rebelde, al que se suman Miguel Miramón, Leonardo Márquez y José María y Marcelino Cobos, Severo Castillo y Juan B. Traconis. La rebelión se extiende a Tlaxcala, México y Guerrero; finalmente, el movimiento es vencido.

¹⁴ Dice Arróniz: “El campo de batalla era una gran llanura dominada por las excelsas cimas del Popocatepetl e Iztaccíhuatl, que orgullosas levantaban sus frentes como animando el orgullo militar de los valientes, o mostrando sus nieves para enfriar el ardor bizarro en una lucha fratricida y probar su decisión. La loma de Montero y cerro de Ocotlán, coronados de tropas y cañones, y ya rotos los fuegos, parecían dos arcos guerreros de humo, fuego, acero y trueno, que convidaban a pasar por ellos a nuestros valientes, aunque resguardados por la muerte, y a conquistar los lauros del honor militar, que fingían las arboledas lejanas y todo rodeado por las montañas del Valle, digno y gigantesco anfiteatro de aquella lucha que amenazaba ser sangrienta, y sus llanuras cementerio de tantos mártires de la bizarría y del deber.” (299-300)

de estas páginas en una estrecha prisión, no podemos juzgar con imparcialidad de aquel gobierno por cuyas órdenes hemos sido conducidos a ella.” (306) Ángel José Fernández sostiene que efectivamente la reclusión agudizó el carácter de por sí depresivo del poeta y que en la última etapa de su vida se dedicó a deambular por caminos solitarios. Quizá la tristeza profunda más no la locura, fue la responsable del debilitamiento de su carácter, pues la elaboración de sus tres manuales implicó recopilar, seleccionar y traducir abundante información, labor que dudo mucho pudo haber realizado una persona enloquecida.

1.2 Arróniz en el panorama editorial

Arróniz colaboró en revistas como *Presente*, *La Ilustración* y *El Álbum de las Señoritas Mexicanas*¹⁵ (Campos, *La lira* 11-2); en periódicos como *El Siglo Diez y Nueve* y *El Monitor Republicano*¹⁶; Fernández agregaría uno más, *El Republicano*.¹⁷ Sus colaboraciones abarcaron varios géneros literarios y si bien la poesía fue su predilecto, también escribió sobre teatro, música, fotografía y crítica literaria.¹⁸ Los últimos poemas aparecieron en 1856,¹⁹ (Campos, *La lira* 11) año en el que su carrera militar termina e inicia la redacción de sus tres manuales, donde se conjuntan la historia y la literatura.

¹⁵ En adelante aparecerán como *La Ilustración* y *El Álbum*.

¹⁶ En adelante *El Siglo* y *El Monitor*.

¹⁷ Alfonso Noriega asegura que en 1846 *El Siglo* reaparece bajo el título de *Memorial Histórico* y unos días después con el de *El Republicano* (353).

¹⁸ Su artículo titulado “Crítica literaria” aparece en *La Ilustración* en 1851 y la reseña teatral sobre la obra de Francisco González Bocanegra, titulada “Vasco de Balboa” aparece en *El Monitor* en 1856.

¹⁹ Campos en *La lira* registra dos poemas este año: “Florinda” y “A la eminente actriz doña Matilde en su álbum”, ambos aparecieron en *El Álbum* en 1856.

En 1851 publica sus primeros textos en *Presente*,²⁰ y en ellos ya figuran los temas que caracterizarían su producción: la mujer como un ser divino e inalcanzable, el amor no correspondido, el sufrimiento ante el desamparo, la contraposición entre ciudad y campo y su fascinación por lo oriental.

Su primer poema, titulado “A***”, envuelve el nombre de su musa en el misterio. Sus composiciones hablan del desamparo ante el amor no correspondido. “El desencanto de amor”, “El pensamiento de amor”, “El beso de amor” y “El juramento de amor” rematan cada una de sus estrofas con un verso que repite el título del poema a manera de una letanía o ruego. “El desencanto...” resulta hasta profético y autobiográfico, pues describe a un hombre sumergido en una profunda tristeza por un desengaño amoroso:

Si veis que algún joven cruza
Por la florida existencia,
Con síntoma de demencia
En su juvenil razón,
Aliviadle compasivos
De su terrible tortura,
pues destruyó su ventura
El desencanto de amor (1851, 327).

En el prólogo a *Presente*, Ignacio Cumplido nombra a Arróniz como uno de los jóvenes poetas que al lado de Manuel Carpio, Ramón I. Alcaraz y Alejandro Arango y Escandón engalanarían la edición con sus composiciones. Una somera revisión del volumen muestra

²⁰ Aunque en la mayoría se consigna que la fecha de escritura fue anterior a su año de publicación.

cómo el poeta recurrió de manera frecuente a la contraposición entre vicio y virtud encarnada en dos espacios, la ciudad y el campo. Tradición poética a la que Fray Luis de León rendiría tributo en “Oda de la vida retirada” en la que postula que el campo acerca más al hombre a la virtud. En “Amistad”, Arróniz describe a la ciudad como el lugar donde habita el engaño, mientras que el campo, por oposición, abriga modelos de virtud:

Buscad la amistad sencilla
en la quietud de los prados,
que en medio de las ciudades
solo encontraréis engaños
solo hallareis vil parodia [...]
Id al fondo de los campos
y hallareis bellos modelos
de sentimientos tan santos (1851, 217-18).

En su poema “El bosque”, éste reconforta al que sufre, consuela el alma y propicia la activación del pensamiento:

La media luz que tu recinto alumbra
Es muy propicia al extasis del alma
Que su vigor recobra con la calma,
Que ningún eco viene a interrumpir.

Órase aquí con más recogimiento
Que dentro de opulentas catedrales
En medio de esa chusma de mortales
Sin un rayo de fe en el corazón.

Allá, también, conmueven los sentidos
El ruido, la pompa y la belleza;
Más ¡Oh bosque! tu plácida aspereza
Al alma comunica la abstracción. (1851, 184)

La alegría también tiene cabida en la poesía arronizta. Prueba de lo anterior es “Cadiz”, poema donde se percibe el gozo ante el recuerdo de aquel puerto, donde se conjuntan dos culturas: la africana y la española. Arróniz visitó el lugar durante su viaje por Europa:

Jamás olvidaré los dulces días
Que viví en tu recinto voluptuoso
Disfrutando de puras alegrías
Bajo tu clima ardiente y delicioso (1851, 280).

Composición donde hace referencia a lo oriental, uno de los temas que apasionó al poeta durante toda su vida y que reaparece en el *Manual*:

Si Mahoma te hubiera contemplado,
Su sensual paraíso te juzgara,
Y al moribundo turco enamorado
Cual premio de su fe te señalara (1851, 275).

El paisaje nacional se hace presente en “Apariencias de la niebla”, escrito nueve años antes de la publicación del *Manual*, del que después formaría parte. El texto describe el Valle de México desde las torres de Catedral; la naturaleza aparece como la gran obra del Creador

que empequeñece las realizadas por el hombre. Años más tarde su afición por el paisaje mexicano lo hará escribir poemas dedicados a la caverna de Cacahuamilpa.²¹

Pero, ¿por qué Arróniz escribió sus manuales después de haber sido recluido? La elección de la prosa, género al que siempre consideró inferior,²² respondió a que esta tarea le significó la entrada de ciertos ingresos, aunque probablemente también obedeciera a una aguda crisis creativa que limitó la escritura de poemas. Otro factor que sin duda intervino en su decisión, fue la transformación inminente a la que fue sometida la ciudad por las Leyes de Reforma, hecho que lo obligó a describir las calles que caminó una y otra vez en compañía de amigos entrañables como Zarco o Granados Maldonado. La escritura bien pudo ser el único refugio donde se sentía seguro; sus manuales, según Ignacio Díaz Ruiz, son el resultado de una vida alejada del campo militar y producto de las decepciones amorosas.

El orden en el que escribe estos manuales nos da una idea de cuáles fueron sus principales preocupaciones. Por ejemplo, *Cronología*, escrito en 1856, está dividido en dos apartados, el histórico y el cronológico. Ambos inician en la Conquista y dominación española y terminan con el gobierno de Comonfort; la parte cronológica contiene un cuadro que registra los sucesos históricos relevantes en ese periodo. Arróniz deja ver el conservador que llevaba dentro, al escribir que al caer el imperio de Iturbide, México pierde la oportunidad de instaurar no a un monarca despótico sino uno constitucional y de integrar “una nueva y adecuada aristocracia en una nueva y grande nación.” (238) El poeta da su

²¹ Los títulos son “A la gruta de Cacahuamilpa” (*La Ilustración* II: 1851, 69) y “A la caverna de Cacahuamilpa” (*La Ilustración* IV: 1853, 55-8)

²² “De estos trajes elegantes descendamos a los vulgares, de la poesía a la prosa.” (*Manual* 135)

voto al sistema monárquico y a la creación de una nueva élite conformada por políticos, militares y artistas (“talentos literarios”). Recordemos que él siempre se movió dentro de la alta sociedad y que sus hermanos se casaron con miembros de las clases más acomodadas de la capital.

Biografía, publicado en 1857, incluye los nombres de personalidades que destacaron en las letras, la política, la historia, entre otros rubros. Para su redacción Arróniz consultó fuentes bibliográficas como el *Diccionario Universal de Historia y Geografía*²³ y la emblemática obra de Alamán *Historia de México*.²⁴ En este manual varias veces recurre a palabras como progreso, honor, patria, inmortalidad y fama, porque aspira a la construcción de una nación donde estos valores guíen a sus habitantes, únicos caminos por los que se alcanzará, desde su punto de vista, la prosperidad.

El último que redacta es el *Manual*, desde mi punto de vista el más logrado porque busca conformar una imagen de nación occidental, que no es ni la indígena de la etapa prehispánica ni la que engendran 300 años de dominación española. Su labor adquiere relevancia, pues se gesta durante el inicio del proceso de consolidación nacional, aunque no por eso deja de ser un tanto utópico, pues ignora las raíces culturales de las que se quiera o no provenía la nación de mediados de siglo. Ese complejo proceso de representación es uno de los objetivos centrales de la obra y analizarlo es la tarea que me propongo realizar en

²³ Esta obra, a decir de Vázquez Mantecón, fue actualizada para México por escritores de renombre, tanto liberales como conservadores. (*Santa Anna* 212)

²⁴ Alamán da una versión en la que los héroes de la Independencia, en especial Hidalgo, aparecen totalmente despojados de ese halo de magnificencia, valentía y bondad con la que fueron descritos por autores como Carlos María de Bustamante. Es interesante conocer la versión de Alamán porque rompe con esa imagen romántica que ha trascendido hasta nuestros días.

esta investigación. En el *Manual* se reúnen las preocupaciones de las temáticas de los dos anteriores: lo histórico y lo literario con el paisaje nacional. Me parece por tanto el más ambicioso y el que lo configura de una manera más contundente como precursor del proyecto de mexicanización de la literatura. Proyecto que intentó dotar al país de una literatura propia y al que le dedicaré todo un apartado en el capítulo tres.

1.3 Arróniz, itinerario crítico

Parte importante de la obra arronizta permaneció por muchos años condenada al acervo reservado de la Hemeroteca Nacional. De ahí, investigadores como Ángel José Fernández y Marco Antonio Campos²⁵ rescataron gran parte de su obra poética, que ahora puede ser consultada vía digital gracias al sitio Hemeroteca Digital de México.

La primera edición facsimilar del *Manual* fue elaborada en 1991 por el Instituto Mora, acción con la que se saca a la luz una de las crónicas más completas de la ciudad de México, que había permanecido olvidada durante años. Originalmente se publicó en París y, como la mayoría de los libros del siglo XIX, su distribución tuvo que haberse limitado a los amigos más cercanos. Al poco tiempo de ser publicada, Arróniz muere asesinado, por lo que esta crónica se convierte en una rareza editorial, de la que sólo algunos coleccionistas tenían noticia. En el 2008, archive.org digitaliza la edición facsimilar del Instituto Mora, por lo que ya es posible consultarla en línea de manera íntegra. En el año 2012 España

²⁵ Fernández rescata de las páginas de *Presente* el poema “Zelos”, considerado como uno de los emblemáticos del siglo XIX. Por su parte, Campos recopila poemas y traducciones de Arróniz, dispersos en revistas y periódicos de la época y fragmentos del *Manual* en *Fue en aquella ciudad de México*.

Editorial Maxtor y dos años después Conaculta hacen lo propio y publican sus propias ediciones.

Los estudios críticos sobre Arróniz son escasos e inician apenas en el siglo XXI. Los acercamientos provienen de académicos como Ángel José Fernández, Vicente Quirarte, Marco Antonio Campos y Marina Martínez Andrade.

Quirarte, si bien concede al *Manual* el privilegio de ser una de las dos crónicas más importantes escritas en la segunda mitad del siglo XIX, advierte que es el resultado de informaciones tomadas de otras obras, a las que su autor supo imprimirles su visión de poeta. A partir de este supuesto selecciona fragmentos o pasajes donde Arróniz logra “En un pionero afán nacionalista [...] registra [r] la multiplicidad de voces” (86), pues celebra el que el autor no rechace, en nombre de “un casticismo” ramplón, la riqueza lingüística de los gritos de los vendedores callejeros.²⁶ Estoy de acuerdo, la transcripción de esos gritos pierde su artificialidad porque rescata la oralidad que en diferentes momentos del día invadía las calles de la ciudad de México. Cosa que no lograron los escritores que intentaron reproducir el habla cotidiana del aguador, la chiera, el rancharo o la china porque los hacían sostener diálogos inverosímiles o plagados de barbarismos.

Atinadamente advierte que la guía de Arróniz no era para el viajero que buscaba conocer la estructura administrativa de la capital, sino para el viajero culto. Para Quirarte el esbozo literario del *Manual* se queda corto y peca de parcial, pues es juez y parte del gremio literario. No obstante, ese esbozo confirma la intención de Arróniz por describir a la

²⁶ Arróniz traduce por primera vez al español la carta VII del libro *La vida en México*.

comunidad letrada que contribuyó con sus obras a darle “identidad [a] la urbe” (87), gracias a que se agruparon alrededor de asociaciones literarias e incursionaron en la poesía y en la prosa. Desde mi punto de vista, la literatura intentó dar forma a una comunidad sitiada por la guerra civil, las disputas entre grupos políticos y la incertidumbre, los escritores conformaron un discurso literario a contracorriente.

Para Fernández, Arróniz en *Manual* opone “la cultura y los principios de la identidad republicana [a] la Conquista y el periodo virreinal”. (90) Sin embargo, me parece que lo anterior no es totalmente exacto, pues Arróniz articula su discurso de manera más compleja y problemática, pues una misma época le merece opiniones contradictorias y paradójicas. En su guía Arróniz nunca abandona por completo la idea de una Iglesia poseedora de un poder terrenal, es decir defiende una de las instituciones heredadas por España a nuestro territorio y, al mismo tiempo, critica el fanatismo religioso por su espíritu destructivo. Es decir, analizar la obra a través de un proceso de oposición implica ignorar la ambigüedad ideológica de la que fueron objeto las etapas anteriores a la independencia.

Otra de las contradicciones que advierto es que al mismo tiempo que Arróniz lamenta la destrucción de la ciudad y sus costumbres, advierte que el país debe dejar atrás un pasado que le impide alcanzar a naciones europeas como Francia e Inglaterra, aunque el proceso conlleve la creación de una identidad donde lo hispano, ya no digamos lo indígena, desaparezca.

Las características biográficas de Arróniz hacen mucho más interesante su caso: su profesión castrense lo llevo a participar con la reacción cuando sus privilegios fueron atropellados. En *Cronología* deja ver su convicción religiosa y política:

La ley Juárez extinguió los fueros; por la llamada Lerdo se intervino en los bienes eclesiásticos; Iglesias dio una sobre la rebaja de obenciones parroquiales; se han formado calles al través de los conventos, con otras providencias de este género, y llevando a efecto la ley sobre fueros en personas de alta jerarquía y de la clase más privilegiada de la sociedad; todo ha llevado el nombre de reformas, y sin embargo con ellas no ha avanzado el país en su ejército, marina, comercio, agricultura, minería, hacienda; las conspiraciones han continuado sin término, se ha derramado más sangre mexicana y el porvenir de nuestra adorada patria está todavía muy sombrío. (306)

Como ya mencioné, a pesar de ser un defensor de la Iglesia, despreciaba el fanatismo religioso, pues lo culpaba de ser el causante de la destrucción de los “monumentos de la civilización de los Aztecas” (*Manual* 178), pero cuenta cómo los indígenas al ser sometidos, sólo encontraban consuelo en: “las dulzuras de la religión”. (184) Los mismos juicios contradictorios le merecen los españoles, pues si bien destruyeron el esplendor prehispánico, su llegada trajo la civilización a nuestro territorio. En conclusión, no se puede asegurar que la intención de Arróniz en el *Manual* fue oponer los principios republicanos a la Conquista y la Colonia, pues hacerlo implicaría ignorar la complejidad de la propuesta del autor.

Campos se aboca al rescate de la obra poética de Arróniz, cosa que no es poco sino muy alabable, pues a excepción de Fernández quien dedica un artículo a “Zelos”, nadie se había dado a la tarea de rescatar los poemas que dispersos yacían en las páginas de revistas como *Presente*, *La Ilustración* y *El Álbum*. Sin embargo, los datos biográficos que Campos maneja de Arróniz se invalidan gracias al árbol genealógico elaborado por Sanchiz: su lugar y fecha de nacimiento y detalles familiares, que si bien no demeritan su recopilación poética, no son fieles a la verdad. Además, deja fuera las prosas poéticas porque desde su

punto de vista no reflejan el talento de su autor, cosa en la que estoy parcialmente de acuerdo, porque al descalificarlas en conjunto deja de lado, por ejemplo, a “Apariencias de la niebla”, texto fundamental para entender el interés temprano de Arróniz por crear un discurso identitario por medio de la descripción del paisaje.

La última ocasión que Campos se acerca a mi autor es para decir que el suyo es uno de los pocos manuales que describen a detalle la “vida urbana, social, intelectual y artística” (*Fue en aquella* 17) de la ciudad de México.

Quien se ha acercado al *Manual* a partir del concepto de viaje es Marina Martínez Andrade. El mérito de Arróniz, según Martínez, consiste en que describe al país, habla de cómo se le ha visto, en suma: “proyecta una imagen de lo que somos o de cómo este joven escritor ve a su país y a sus habitantes” (“*El Manual* 94), para contraponerla a la forma en la que nos veían los extranjeros. Sin embargo, estoy parcialmente de acuerdo con la aseveración de Martínez, porque me parece que si bien Arróniz refuta a los viajeros extranjeros que hablan mal de México en sus libros, también comparte muchos puntos de vista con ellos. Es decir, la defensa de Arróniz no se caracteriza precisamente por una posición unívoca respecto a la patria. Más bien deja ver una enorme necesidad por transformar su apariencia, sus pensamientos y costumbres para alcanzar aquello que no posee y que admira del otro. Arróniz más bien describe a México como un país que por su juventud había cometido errores debido a su inexperiencia, pero que se esforzaba en alcanzar la perfección de las naciones más civilizadas. De ahí que incurra en contradicciones, que develan el pensamiento escindido y un tanto colonizado de este letrado mexicano. Por lo tanto no se puede aseverar que Arróniz simplemente se ocupó de

elaborar una imagen que se contrapusiera a la de los viajeros extranjeros, como lo afirma Martínez Andrade.

Pienso, en cambio, que Martínez acierta cuando advierte que el proyecto de mexicanización de la literatura se desplegó en cuadros de costumbres, memorias, poesía popular y viajes por la patria, como el de Arróniz. En consecuencia, analizaré el *Manual* como un intento por darle continuidad a la labor emprendida por la Academia de Letrán y por revistas como *Año nuevo*, *El Mosaico Mexicano*, *El Museo Mexicano*, *Revista científica y literaria*, *La Ilustración*, por mencionar algunas. Mi hipótesis de trabajo consiste en analizar esta obra como una pionera aportación al proyecto de mexicanización de la literatura, encabezado por Altamirano años después, en la que como un cajón de sastre Arróniz incluyó todo aquello que representaba lo mexicano, elección que al ser valorada a la luz de lo que a finales de siglo y después de la Revolución de 1910 cuajaría como mexicano, podemos advertir los aciertos de memoria y olvido en la representación de la nación que el autor lleva a cabo, así como sus certeras valoraciones en la apropiación de un pasado colonial justamente resignificado como nacional.

1.4 Breve panorama histórico

Algunos hechos que propician la reflexión sobre el pasado inmediato y el futuro que nos esperaba como país independiente son las guerras de castas y la invasión norteamericana, desatadas entre 1846 y 1847. Para historiadores como Elías Palti la derrota ante Estados Unidos representó el punto de una completa desintegración nacional. Y no era para menos, México había perdido más de la mitad de su territorio y había quedado al descubierto la vulnerabilidad del país, que era protegido por un pésimo ejército. La posguerra provocó una

profunda depresión entre los habitantes, quienes desmoralizados perdieron la confianza en las autoridades. Incluso, al término de la guerra, los capitalinos aseguraban que las tropas invasoras de haber querido hubieran cometido mayores abusos.

Charles Hale menciona que la frase más controvertida y sorprendente que se lanza en la época es la de Mariano Otero: “En México, no hay ni ha podido haber eso que se llama espíritu nacional, porque no hay nación” (16-7). Terminada la guerra, *El Siglo* fue uno de los medios donde se publicaron artículos que cuestionaban si éramos una nación o no y si existían costumbres propiamente mexicanas.²⁷ Estas notas periodísticas daban cuenta de cómo la vida cultural estaba detenida; contaban que ya no había sociedades literarias y que los escritores habían callado. Según estas notas, los artículos de costumbres ya no eran más la “biografía contemporánea” de la sociedad, porque la “fisonomía moral” del país se había desdibujado:

¿no es cierto que las costumbres, para serlo en el sentido de que tratamos, es necesario que sean propias y no postizas, y que como las facciones en una cara, compongan la fisonomía moral de la clase o del pueblo que se pinta? [...] ¿Cuál es la fisonomía del pueblo de México? ¿Qué rasgos puede trazar el escritor, después de leer los cuales pueda exclamarse: este es México? Desgraciadamente ningunos. (3 de junio de 1848, 2)

Rosalba Cruz Soto menciona que la labor de los impresos fue difundir, formar opinión y de esta manera participar en la legitimación del proyecto de nación que sus dueños, editores y

²⁷ En el sitio de la HNDM (Hemeroteca Nacional de México), en el ejemplar del 1º de junio se incluyó un índice correspondiente de junio a diciembre de 1848. Se trata de una copia muy estropeada e ilegible, que se debió subir para que el lector conociera por lo menos el contenido de las ediciones del segundo semestre de aquel año. No aparecen digitalizadas las ediciones del 2, 4, 5, 6, 8, 9, 10, 11, 13 y 15 de junio.

redactores apoyaban. Aunque debo decir que a lo largo del siglo XIX pocos periódicos sobrevivieron a una política de prensa al contentillo del presidente en turno. Situación que provocaba que muchos de ellos cerraran al poco tiempo de haber iniciado sus trabajos. Es decir, el margen de libertad para discutir sobre política, religión, cultura, etcétera fue muy pequeño. Durante la última dictadura de Santa Anna las notas publicadas contenían fundamentalmente información gubernamental y literaria.

Pero existió una postura ideológica, la de mi autor, que indirectamente fue beneficiada con la derrota: me refiero al pensamiento conservador. Éste se cristaliza durante la guerra, pues los habitantes lo consideraban el único capaz de detener a Estados Unidos y de poner orden. Hale rechaza que la consolidación de este pensamiento se deba sólo al conflicto armado, pues el fortalecimiento del conservadurismo, asegura, se dio a partir de la década de 1830 e incluso desde 1810. Los conservadores empezaron a cosechar triunfos importantes a partir de 1849, año en el que gobiernan la ciudad de México y cuatro años después, junto con los santanistas, logran llevar al poder a Santa Anna.

La división de la primera mitad del siglo XIX planteada por Will Fowler ilustra los altibajos y reveses que llevaron a los mexicanos a concluir que los conservadores podían poner fin a tantos males. Fowler divide este periodo en cuatro etapas: de la esperanza, de 1821 a 1828; del desencanto, de 1828 a 1835; de la decepción, de 1835 a 1848 y de la desesperación, de 1848 a 1855. (*El pensamiento* 60)²⁸

²⁸ Yo me centraré en la última etapa, porque es el periodo donde mi autor formó parte de la vida cultural y política de la capital.

En la etapa llamada de la esperanza se diseña una constitución a imagen y semejanza de la de E. U. Sentimientos de optimismo y orgullo inflan los ánimos de la nueva nación. Libres los criollos del régimen colonial se dieron a la tarea de organizar al nuevo país para llegar a ser una nación próspera y respetada. En la siguiente etapa, la del desencanto, fracasa la implantación de sistemas de gobierno extranjeros. México se encontraba en la bancarrota y claudican los intentos por reestructurar la economía, entre otras razones por la guerra civil. Este periodo concluye con la secesión de Texas y la percepción unánime de que el sistema federal “favorecía la desintegración del territorio nacional”. (Vázquez, *Nueva historia* 158) En la tercera etapa, la de la decepción, Texas declara su independencia, Francia reclama una cuantiosa indemnización y en 1846 Estados Unidos declara la guerra a México. En 1847, Nuevo México y California se anexan al país del norte y en septiembre de ese mismo año entra el ejército invasor a la ciudad de México. En la última etapa, llamada por Fowler la de la desesperación, prevalece un ambiente de profunda depresión, se suscitan rebeliones indígenas y disputas entre federalistas moderados, radicales y monarquistas. En aquel periodo los artículos que se publicaron en *El Siglo* sobre la guerra de castas señalan al indígena como el responsable de la violencia sufrida por los habitantes blancos. Había una condena casi unánime hacia aquellas poblaciones que trataron de defender su territorio y sus costumbres. Los indígenas decimonónicos no eran vistos como parte de la nación, aunque paradójicamente sus antepasados sí se incorporaron al pasado glorioso del país.

En 1849 se funda el partido conservador que obliga a los federalistas a unirse en el partido liberal. En ese mismo año, como ya lo dije, los conservadores gobiernan la capital y en el 53 se unen con los santanistas para llevar al poder a Santa Anna. Dos años después

éste es derrocado y huye del país. Los siguientes tres años están marcados por las leyes de Reforma, las batallas al grito de “religión y fueros”, la vuelta al poder de los conservadores en 1858 y la guerra civil, año en el que muere Marcos Arróniz.

La división planteada por Fowler inicia y concluye con el lapso que Hale considera el de la consolidación del plan nacionalista, y tiene lógica. 1821 es el año en el que España reconoce oficialmente la independencia de nuestro país; por un breve lapso se ensaya un gobierno monárquico; al fracasar inicia un proceso donde se alternan sistemas gubernamentales centralistas, federalistas y dictaduras. En el campo literario, revistas y periódicos, incluso mucho antes de esa fecha, fungieron como los difusores de escritores mexicanos que se dieron a la tarea de describir la ciudad y sus habitantes, los cuales no permanecían incólumes ante las invasiones extranjeras, guerras civiles y las leyes reformistas. La década de los años 50 ve nacer la revista *La Ilustración*, donde publicaron los miembros del Liceo Hidalgo y salen de prensa *Los mexicanos pintados por sí mismos*, *México y sus alrededores* y el *Manual* que me ocupa. Proyectos creados para darle identidad a la literatura del país y para que en el exterior se conociera una imagen hecha por escritores mexicanos. Aunque Arróniz propone en su guía una mezcla entre el discurso histórico y el literario que diera “grosor histórico” a la nación y la literatura en ciernes.

1.4.1 Conservadurismo: nacimiento

A partir de la Revolución Francesa, el pensamiento político se orienta en dos sentidos: el demo-liberal y el contrarrevolucionario. El primero se define por dos principios: la democracia y la libertad. El segundo por la defensa contra la reforma y la revolución, por la continuidad y el cambio gradual.

La crisis de conciencia provocada por esa revuelta parisina da origen al conservadurismo. En 1790 el irlandés Edmund Burke, presa de ese sentimiento, publica *Las reflexiones sobre la Revolución Francesa*. En este texto, el conservadurismo aparece como “doctrina y como tesis” (Noriega 45).

El origen del término conservador se encuentra en 1818. Chateaubriand y Lammenais fundan el diario *Le Conservateur*, que combatía a los promotores de la Revolución Francesa. Los conservadores no rechazaban los cambios por sí mismos, sino aquellos que violentaban las tradiciones y costumbres heredadas por sus antepasados. Aceptaban el cambio que se produce a través del tiempo y de manera natural, según la evolución de cada sociedad.

Alfonso Noriega describe puntualmente las enseñanzas del conservadurismo: el orden civil y el natural deben regirse por la religión, la moral y las costumbres y evolucionar de manera gradual;²⁹ las obras de la Naturaleza y las costumbres son superiores a las leyes de los hombres.

El pensamiento conservador con el que se identifica a Arróniz reconocía la superioridad de las obras divinas sobre las humanas, por tanto el poder de Dios y su Iglesia debía prevalecer y conservarse. En el *Manual* las obras de la Naturaleza son descritas como sublimes y las del hombre como puntos pequeños que se pierden en la Omnipotencia.

Uno de los intelectuales más importantes del conservadurismo mexicano fue Lucas Alamán, quien se declaró enemigo del *espíritu del siglo*, producto de la Revolución

²⁹ Los continuadores de Burke fueron Canning, Coleridge, Southy y Wordsworth, en Inglaterra. En Francia y Alemania: De Maistre, Bonard, Gentz, Metternich y culmina en Tocqueville (Noriega 45). Gran parte de ellos fueron leídos por Alamán.

Francesa. En su obra *Historia de México* utiliza el término “instrucción indigesta” (122) para aquellos que leyeron los escritos de los promotores de esa revuelta. Vale la pena hacer un recorrido por sus ideas principales para entender la corriente del pensamiento a la que pertenece Arróniz y que influye en la redacción de sus escritos.

Pablo Mijangos, quien ha estudiado con detenimiento el pensamiento religioso de Lucas Alamán,³⁰ lo describe como un católico ilustrado, pues distinguía “la religión de la superstición” (62) y se apegaba a “las enseñanzas fundamentales de la iglesia católica.” (62)³¹ Alamán aseguraba que el hombre dependía de la Providencia divina y de la Revelación para acceder a la verdad. En suma, pensaba que el ser humano necesitaba de Dios para que la verdad le fuera revelada: “Si la Revelación y la Iglesia constituyen el espacio primordial para el cumplimiento de la razón y la libertad humanas; se concluye necesariamente que ambas son el centro alrededor del cual debe construirse la vida individual y social.” (65) Este es a muy grandes rasgos el pensamiento del conservadurismo en nuestro país y del que proviene Arróniz.

La religión católica tenía raíces muy profundas en la cultura del país recién creado. Según Brian Connaughton se pensaba que la Iglesia había cumplido con la difícil tarea de civilizar los territorios descubiertos por los españoles. Al mismo tiempo se le rodeaba de un aura salvadora: se le veía como la única capaz de encausar al país, ante el desconcierto que reinaba al inicio de 1850.

³⁰ <http://biblioteca.itam.mx/estudios/60-89/68/PabloMijangosElpensamientoreligioso.pdf>. Consultado el 23 de junio de 2014.

³¹ Alamán, al igual que Arróniz, fue muy crítico con la paganización de las fiestas religiosas.

Para Alamán la nación se debía construir a partir del fortalecimiento de la Iglesia; para el bando de los reformistas, como Valentín Gómez Farías y José María Luis Mora, había que debilitar ese poder. Éste último hace la diferenciación entre la Iglesia como una guía espiritual y la institución que gozaba de privilegios en la vida civil. En cambio, para los conservadores la Iglesia era un Estado dentro de otro Estado.

Sin embargo, en la práctica los programas educativos, como el implementado durante el gobierno de Gómez Farías, no erradicaron la religión de un día para otro. Los alumnos debían asistir dos veces al día a misas y rosarios. “El hombre positivo de Mora, asegura Hale, no sería el secularista de Bentham, sino un individuo arraigado en la cultura hispánica.” (179)

Fue difícil despojar a la religión católica del enorme poder del que gozó por siglos; en la década de 1830 existieron coincidencias entre grupos políticos que supuestamente eran opuestos. Los liberales aunque planteaban una práctica del culto católico fuera de las aulas, no promovieron el abandono de parte de los alumnos de ceremonias y actos devotos como parte de su formación integral. A Arróniz, alumno externo del Colegio de Minería, le tocó vivir de cerca el plan donde lo religioso ocupaba un lugar preponderante y que sería desplazado, según Hale, hasta la llegada de Gabino Barreda.³²

Pero para el año de 1846, en la antesala de la invasión norteamericana, Alamán funda el periódico *El Tiempo*, donde emplea el término conservador para referirse a los

³² Barreda fue el fundador del partido positivista, heredero directo de Augusto Comte, quien escribe entre 1830 y 1842 su *Cours de philosophie positive*. Juárez invita en 1867 a Barreda a colaborar en un programa educativo donde la Iglesia era desplazada. Así se inicia en México la implantación del positivismo “adversario del catolicismo dogmático y conservador” (García Barragán 34), que en el porfiriato alcanzó la cúspide. (1876-1880 y 1884-1911)

principios que regirían ese medio de difusión: “nuestros principios son esencialmente conservadores” (citado por Hale 18).³³ Dos años después Alamán fundaría *El Universal*. En sus páginas este personaje supo aprovechar la percepción general de los mexicanos de que el régimen federalista acarreó el despojo de casi medio país y publicó artículos que pugnaban por ver reunidas sus iniciativas en un partido.³⁴ Los conservadores³⁵ fueron favorecidos, si bien indirectamente, por las derrotas y las crisis económicas.

En *El Universal* del 9 y 10 de enero de 1850 se publican dos artículos que definen a los conservadores:

nosotros nos llamamos conservadores porque queremos primeramente *conservar* la débil vida que le queda a esta pobre sociedad, a quien habéis herido de muerte, nosotros somos conservadores, porque no queremos que siga adelante el despojo que hicisteis: despojasteis a la patria de su nacionalidad (1)³⁶

Edmundo O’Gorman apunta que hay que dejar atrás la imagen de un grupo conservador maléfico. Los conservadores no eran un grupo marginal; sus ideas contaron con resonancia popular. Las ideas liberales las rechazaba el pueblo, quien reprobaba la instauración del

³³ *El Tiempo* duraría sólo algunos meses.

³⁴ Se trata de los correspondientes al 7 de julio, “Un golpe decisivo”; 2 de agosto, “La libertad” y el del 6 de agosto, “Dos palabras al Trait d’Union. La Europa y México. Necesidad de nuestra República. Libertad”, publicados en el año de 1849. En realidad aparecían sin firma, pero investigadores como Noriega y Hale aseguran que eran del puño y letra de Alamán.

³⁵ El antecedente del partido conservador fue el partido escocés, formado por propietarios y gente acomodada, que buscaba mantener el orden público. Los opositores a este partido formaron el partido yorkino, que también se hizo llamar *partido del pueblo* (Noriega 65-6).

³⁶ Alfonso Noriega considera estos artículos como parte del testamento político de Alamán.

sistema federal, imitación del estadounidense, sobre todo cuando la invasión norteamericana estaba tan reciente.

A partir de la invasión norteamericana: “la iglesia católica era el alma misma de la nacionalidad mexicana” (Mijangos 75); los conservadores promovieron la unidad religiosa de la Iglesia, que unía razón con fe y Dios con los hombres. En 1852 a *El Universal* se unieron *El Ómnibus* y *El Orden*, desde donde se atacaron los principios republicanos y defendieron los monarquistas. La prensa opositora al liberalismo iba en aumento, lo que hace suponer que las ideas conservadoras se difundieron cada vez más entre los habitantes.

El sistema de gobierno del país del norte ejerció una atracción inevitable en muchos liberales mexicanos, quienes veían en Estados Unidos un ejemplo a seguir. Sin embargo, la admiración que sintieron por él personajes como Lorenzo de Zavala se basó en una postura donde la visión crítica estaba ausente. Al término de la guerra con aquel país, la nueva generación de liberales fue incapaz de señalar defectos en el sistema que tanto admiraba; incluso, Hale habla de una confusión en sus opiniones al respecto y de periódicos donde se proponía que México se anexara a Estados Unidos (Hale 193-220).³⁷ Luis Mora quizá fue uno de los pocos ideólogos del liberalismo que no manifestó gran entusiasmo por aquel país. Reflexionó sobre cómo implementar reformas en México, pero adaptadas a su situación; rechazó la posibilidad de que Estados Unidos fuera su modelo, quería modernizar a México sin norteamericanizarlo y sin “sacrificar su identidad nacional”. (Hale 220)

³⁷ Durante la última dictadura de Santa Anna los personajes que promovían una posible anexión con EU eran desterrados. El dictador ordenó que una policía en cada estado vigilara a los posibles propagadores de estas ideas. El cargo por el que serían juzgados, en caso de ser descubiertos, era por traición a la patria. (Vázquez Mantecón, *Santa Anna* 219).

Los conservadores en general mostraron mucha más consistencia en su posición respecto a Estados Unidos y su fiebre expansiva. Alamán admiraba el sistema norteamericano, pero sabía que ambos países poseían orígenes diferentes, lo que impedía la implementación del modelo extranjero en México. En sus textos y los de José María Gutiérrez de Estrada se hacen algunas advertencias respecto a la amenaza que representaba aquel país para México: no debemos emular sus valores y cultura; Estados Unidos adoptó el federalismo con éxito pero México no, porque poseía un desarrollo histórico distinto; y, por último, había que colonizar las tierras del norte con católicos. Después de 1846 la hostilidad fue franca. En *El Tiempo* y en *El Universal* proponían la defensa de la tradición y valores hispánicos; denunciaban que la guerra había sido la más injusta y proponían construir “una barrera entre el país y los Estados Unidos.” (Hale 219) En suma, los conservadores mostraron una postura nacionalista, aunque Hale advierte que cayeron “en punto muerto al solicitar ‘traidoramente’ la venida de un monarca extranjero” (219).

Por lo dicho anteriormente, se entiende por qué a partir de 1846 se puede hablar de una firme separación entre las posturas de los liberales y los conservadores.³⁸ En 1849 ambos diseñaron proyectos diferentes de acuerdo a lo que cada uno pensaba que convenía al país. Josefina Zoraida Vázquez expone que ambos partidos aspiraban al progreso, pero la manera de alcanzarlo era distinta. Los conservadores proponían “un sistema monárquico y una sociedad corporativa, apuntalados por una Iglesia y un ejército fuertes.” (170) Mientras que los liberales querían una república representativa, federal y popular, a manera del

³⁸ Los temas conservadores se pueden resumir en: desprecio por la innovación con carácter revolucionario, protección a los fueros y privilegios del clero y la milicia, centralismo jurídico, político y administrativo y sistema oligárquico. (Noriega 64)

modelo norteamericano y: “consideraban urgente borrar toda herencia colonial, eliminar corporaciones y fueros, y desamortizar los bienes del clero y las propiedades comunales para convertir a México en un país de pequeños propietarios.” (170)

Durante prácticamente la primera mitad del siglo XIX, las posiciones respecto a la política religiosa fueron arduas, contradictorias, vacilantes. Valentín Gómez Farías es el primero en dar el paso hacia una reforma eclesiástica en 1833; sin embargo, las propuestas siempre lograban ser neutralizadas y la Iglesia fue intocable por más de veinte años.

1.4.2 Los santanistas

El periodo de 1853 a 1855 resulta de vital interés para mi investigación, pues Arróniz fue uno de los intelectuales que apoyó la dictadura como miembro del ejército y compuso una Oda al dictador.³⁹ Años después recordaría con nostalgia las fiestas que el excéntrico general celebraba: “Esta época tuvo cierto esplendor aristocrático [...] los saraos de palacio encantaban por su magnificencia”. (*Cronología* 292) Incluso en el *Manual* enumera los logros de su administración.

Santa Anna poseyó la habilidad para aliarse con diferentes bandos políticos, pues gozaba de aceptación entre los habitantes. En 1853, Alamán escribió una carta donde le ofrecía representar al partido conservador y conceder privilegios a la Iglesia; para convencerlo le pide fortalecer al ejército, pues sabía que este le era fiel contra viento y

³⁹ “Oda”. *El Siglo XIX*, México: 18 de septiembre de 1853, p. 2. Web 21 de noviembre 2013.

mareas.⁴⁰ Carmen Vázquez Mantecón cuenta que el encargado de entregar la misiva fue Antonio de Haro y Tamariz; Alamán advierte a Santa Anna que no podrá irse a sus haciendas y abandonar el gobierno y que debía evitar rodearse de aduladores. Si esa era su intención debía quemar esa carta y olvidarse del asunto. Los liberales también se acercaron al zempoalteca, pero no llevaban una carta; Miguel Lerdo de Tejada lo que hizo fue describirle la precaria situación por la que atravesaba la república. La estrategia de Alamán surtió efecto y Santa Anna eligió a los conservadores.⁴¹ La unión buscaba consolidar un proyecto que tuviera en la Iglesia y la milicia sus dos pilares. Cuando Alamán decide invitar a Santa Anna es porque considera su gobierno como el primer paso hacia la monarquía.⁴²

Santa Anna al organizar su gabinete colocó a José María Tornel en el Ministerio de Guerra, pero Alamán se opuso. Ante la negativa de Santa Anna de retirar a Tornel, Alamán aceptó con la condición de poner a Teodosio Lares en el de Justicia. El dictador no podía hacer a un lado a su viejo colaborador porque representaba los intereses de los santanistas, que en su mayoría eran militares. La enemistad entre Tornel y Alamán provenía, entre otras cosas, desde que éste lo cesó en su función diplomática en EU. Además, en 1849 se enfrentan a través de las páginas de *El Siglo* y *El Universal*. Quién diría que años después serían compañeros en el mismo gabinete. La discusión se inicia cuando Tornel pronuncia

⁴⁰ Alamán recomienda a Santa Anna: “usar y controlar las ambiciones políticas de los militares para impulsar un proyecto regenerador del país” (citado por García Ugarte 444). Aunque esta estrategia fue más bien utilizada por Alamán para convencer a Santa Anna.

⁴¹ La misiva de Alamán, a decir de Noriega, es parte de su testamento político, junto con los artículos mencionados en la nota 36.

⁴² Hay que recordar que Alamán impulsó desde 1844 la imposición de un príncipe europeo, en específico de don Enrique Borbón, primo hermano de Isabel II. (Antonia Pi-Suñer Llorens, citada por García Ugarte 232).

un discurso donde defiende al cura Hidalgo en estos términos: “varón insigne, el pastor de un humilde pueblo” y refuta a quien con “mano audaz e impía cavó la huesa del inmortal Hidalgo”. (*El Siglo* 17 de septiembre de 1849, 1) Su interlocutor era Alamán, quien había publicado su *Historia* y en *El Universal* un artículo donde se ultrajaba “el nombre santo y respetable del cura de Dolores”.⁴³ Este periódico tachó el discurso de Tornel como pueril, inexacto, vago y al autor de pedante sin talento: “¿Necesita México mentiras y cuentos ridículos para poder vanagloriarse de tener una gloriosa historia?” (*El Universal* 19 de noviembre de 1849, 1) Alamán utilizó frases que descalificaban el discurso de Tornel porque decía mentiras, en cambio, ellos querían “héroes verdaderos” no “falsos ídolos”. Dos días después Tornel defendió su postura: “Les advierto que todavía creo a pie firme, que la independencia fue justa, y heroicos sus propugnadores; que la soberanía es un dogma fundamental en todos los gobiernos republicanos, y un principio de organización en todos los representativos, que la república en México es una necesidad”. (*El Siglo* 21 de noviembre de 1849, 626)

Sin embargo, cuatro años después, quien esto afirmaba tan vehementemente, ocupó durante la última dictadura santanista el ministerio de Guerra; Alamán el de Relaciones interiores y exteriores y Lares el de Hacienda.

Cuando Tornel ocupó ese ministerio en 1853 aparecían: “Diariamente... bandos que creaban nuevos regimientos de caballería, baterías activas o lanceros.” (249) El ejército mantuvo un control riguroso sobre los habitantes de la ciudad y persiguió a los disidentes

⁴³ Esta declaración aparece en *El Siglo* el 17 de septiembre de 1849.

de Santa Anna. Dice De la Portilla: “la persecución no conoció límites y los habitantes de México no pudieron ya exhalar un suspiro, ni murmurar una queja, sin que de pronto los amagase el sable de un soldado o la mano de un esbirro” (9). El ejército estaba por encima del clero y de los hacendados, pues los santanistas sostenían que un sistema de gobierno para consolidarse necesitaba del respaldo de un ejército fuerte. Tornel pagó la fidelidad de la tropa promoviendo su educación; la iniciativa no sólo abarcaba el nivel básico, también impulsaba: “la enseñanza científica [...] la creación de cuerpos efectivos de ingenieros, artillería y sanidad militar, un sistema equitativo de reemplazo, y un sistema estable de pensiones para las viudas y los huérfanos de los soldados difuntos.” (Fowler, *El pensamiento* 38)

Aunque no se conoce cuándo exactamente Arróniz ingresó a la milicia,⁴⁴ la relación amistosa que mantuvo con Tornel pudo haber influido para que el poeta se convirtiera en capitán de Lanceros. Su amistad provenía desde que ambos asistían a las reuniones que el Liceo Hidalgo celebraba en 1848 en el Colegio de Minería, lugar que de manera casi vitalicia fue dirigido por Tornel. El 30 de octubre de 1853 Arróniz publica “Canto del lancero” donde apunta: “Que no hay placer mayor como el que encierra / combatir por la patria con valor” (Campos, *La lira* 165). Versos donde Arróniz describe la misión del ejército, resumida con las siguientes palabras por Vázquez Mantecón: “El espíritu militar es el que mueve a consagrar la vida al dolor, a una muerte prematura, a privaciones y

⁴⁴ Fernández consigna que el 20 de julio de 1853 Arróniz obtuvo el grado de Capitán de Caballería. (79)

disgustos, a la humillación de una disciplina pasiva y a la entera abnegación de sí mismo por la gloria y la salvación del Estado.” (*Santa Anna* 255)

A pesar de los esfuerzos de su amigo Francisco Zarco de atraerlo a las filas liberales, el capitán de Lanceros nunca claudicó. Luis G. Ortiz escribe el poema “Al Capitán de Lanceros de la Guardia Marcos Arróniz pidiéndole versos para un álbum” donde lo invita a “dejar las armas del soldado y retomar la lira apolínea” (Campos, *La lira* 19).⁴⁵ Arróniz, dice Campos, pudo haber respondido con los versos siguientes: “¡Mi lanza! ¡Mi bridón! Nunca os trocara / Por todos los tesoros de la tierra.” (*La lira* 19) Las citas anteriores revelan que tanto el poeta como el militar compartían la devoción por su país y su profesión. En ese mismo canto el poeta escribe: “Y entonces servirá de vil alfombra / El altivo pendón de las estrellas.” (*La lira* 19). Versos que revelan el dolor ante la invasión de un enemigo que se apoderó de más de la mitad del territorio mexicano, y que fue un detonante del discurso nacionalista que marcaría a la generación de Arróniz.

Sin embargo, las esperanzas cifradas en un personaje como Santa Anna se desplomaron rápidamente gracias a varios factores. En primer lugar, con la muerte de Alamán, en junio de 1853, se esfumó la única figura que se atrevía a frenar a Santa Anna. El general, ya sin la presencia de aquel ministro, dio rienda suelta a una política caracterizada por el despilfarro y el dispendio; gobernó sin congreso, sin constitución, sin Consejo. La caída del régimen fue producto de una serie de medidas desproporcionadas, por ejemplo su gabinete debía portarse como una corte europea. Los lacayos de los

⁴⁵ El poema aparece por primera vez en *La Ilustración*, V: 1855, 182.

carruajes de los ministros debían portar rosetas de colores que los distinguieran: “los del ministro de Relaciones una roseta blanca en la librea, los de Gobernación, verde; los de Justicia Amarilla; los de Fomento violeta; los de Guerra, encarnada y los de Hacienda, aplomada.” (Vázquez Mantecón, *Santa Anna* 269)

Además, Santa Anna rehabilita la Orden de Guadalupe, que premiaba los méritos militares, eclesiásticos y civiles, así como los servicios prestados a la nación y la Independencia. El agio se apoderó del dinero del erario gracias a que supo adular al dictador. El conde de la Cortina le obsequia “el manto del gran maestro” que era el jefe supremo de la Orden. Otra medida que mereció el repudio general fue la imposición de impuestos excesivos. Además, se hace llamar Alteza Serenísima y el colmo, vende La Mesilla a los Estados Unidos. Con el dinero obtenido sostiene sus extravagancias, envía dinero a Europa para que se gestione la llegada de un príncipe a México y paga al agio.⁴⁶

También fracasaron las expectativas de reunir un numeroso ejército de casi 100 mil elementos, pues se alistaron poco menos de 3 mil en todo el territorio nacional. De lado de la prensa se implementó la famosa Ley Lares para controlar lo que se publicaba en los periódicos. De hecho, durante la dictadura desaparecieron muchos impresos porque se atrevían a criticar el proceder de Santa Anna o de su gabinete. El control de la libertad de

⁴⁶ Francisco de Paula y Arrangoiz, conservador, tomó una parte del dinero que EU pagó en calidad de indemnización por la venta de La Mesilla. Este personaje al ser despedido denunció los malos manejos que se hicieron con ese dinero, por ejemplo cómo él mismo se encargó de mandar ciertas cantidades a los plenipotenciarios que estaban en Europa, dizque para misiones secretas. Además, aseguró que la mayor parte del dinero se la entregó a Manuel Escandón en Londres. (Vázquez Mantecón, *Santa Anna* 262)

expresión llegó a afectar incluso a periódicos como *El Universal* (Vázquez Mantecón, *Santa Anna* 216).⁴⁷

Con el pretexto de mantener paz y orden Santa Anna abusó del poder depositado por los conservadores, quienes al darse cuenta no tuvieron la suficiente fuerza para detener sus caprichos. Algunos de ellos intentaron sacar el mayor provecho de la situación, mientras otros que denunciaron los abusos fueron eliminados o simplemente expulsados de la cúpula política. Santa Anna era la imagen fuerte que necesitaban los conservadores para mantener el poder mientras llegaba el príncipe europeo; sin embargo, fue la peor elección que pudieron hacer. Carecía de sentido práctico, era derrochador, vanidoso y soberbio.

Ante las protestas contra su administración, Santa Anna huye la noche del 9 de agosto de 1855. Fue acompañado, asegura Noriega, por “una escolta de lanceros” (382) y salió hacia Veracruz. Entre esta escolta bien pudo haber estado nuestro poeta y cronista, no se puede saber. Lo que sí sé con certeza es que alabó al general Santa Anna en una “Oda”, que fue leída la noche del 15 de septiembre de 1853 y publicada en *El Siglo*.⁴⁸

Existen discusiones acerca de si el santanismo fue un pensamiento político o no. Para William Fowler sí lo fue, sin embargo este punto de vista se contrapone al enorme *corpus* historiográfico que describe a este grupo como “una pandilla de oportunistas cínicos cuyo único propósito era hacerse ricos a expensas de la nación”. (*El pensamiento* 3) En el siglo XIX la gran mayoría de la elite política cambió de bando una o dos veces a lo largo de su carrera. Zoraida Josefina Vázquez analiza este fenómeno y apunta: “eran tiempos de

⁴⁷ En 1855 los revolucionarios que apoyaban el Plan de Ayutla destruyen la imprenta de este periódico.

⁴⁸ “Oda” aparece en *El Siglo* el 18 de septiembre de 1853, p. 2. Sin embargo, en su libro *Cronología* critica el poder ejercido por el general, durante el año de 1843 y lo tacha de: “arbitrario” (273).

transformaciones, en donde los hombres debían responder a una realidad cambiante. Ellos no observaban los acontecimientos como nosotros, los vivían, los sufrían y ante todo no los entendían” (Vázquez citada por Fowler 5).⁴⁹ Pero lo que sí entendían es que permanecer fiel a una ideología política los ponía en riesgo de perder su posición de poder, cualquiera que esta haya sido. Arróniz en *Cronología* culpa a este mimetismo político de hundir al país en el caos:

todas estas contradicciones, vacilaciones, cambios, en personas que por sus altos servicios debían ejercer una marcada influencia en lo sucesivo, han sido los gérmenes y elementos de discordia para lo futuro, principiando la serie interminable de desgracias y pronunciamientos en diversos sentidos, que han causado tanto daño a la República, impidiendo consolidarse, lo cual es natural cuando en sus hijos no hay todavía una verdadera e íntima consolidación de ideas. (234)

Santa Anna es el personaje histórico que fue capaz de adaptarse a diversas ideologías políticas con tal de alcanzar el poder, representó al proyecto político republicano, al centralista y al conservador. Durante todos sus periodos en la Presidencia estuvo acompañado por el ejército. Sector que fue utilizado para desestabilizar a aquel gobierno que lanzaba iniciativas que lo afectaran, de ahí los continuos pronunciamientos y guerras civiles. Los bandos políticos decimonónicos eran tan diversos que resultaba muy difícil contenerlos en grupos bien definidos, es decir, en el siglo XIX no fueron capaces de contener a sus partidarios en un programa político consistente; sin embargo es durante la

⁴⁹ El mismo Luis Mora fue monarquista y después se convirtió en uno de los ideólogos más importantes del liberalismo; el Alamán empresario practicó un liberalismo moderado.

época de posguerra y la última dictadura de Santa Anna que el grupo conservador se consolida, pues tenía a la cabeza a intelectuales tan relevantes e inteligentes como Alamán.

Las declaraciones de Arróniz descalifican ese mecanismo de pronunciamientos y derrocamientos continuos que impidieron la consolidación de la República, encabezada por una elite política y militar de la que él formó parte. Hay que advertir que *Cronología* la redacta cuando la dictadura ya había caído y él se encontraba en prisión por haber participado en la Batalla de Ocotlán. Es decir, son las declaraciones de un hombre que de la cúspide había sido arrojado a una prisión y vivía en carne propia la etapa de transición de un grupo político que no era el suyo.

En síntesis, mi intención en este apartado fue describir la vida y la obra de Marcos Arróniz, contextualizar la etapa histórica en la que desarrolla su trabajo escritural y analizar a la crítica que se ha ocupado de su trabajo.

La primera mitad del siglo XIX estuvo marcada por la obtención de la independencia y el cambio continuo de gobiernos que por una u otra razón eran derrocados por pronunciamientos continuos. La situación se agrabó por las invasiones extranjeras y la separación de algunas regiones del norte que se independizaron y unieron a los Estados Unidos de América. Esta paulatina desintegración, que culminó con la pérdida de más de la mitad del territorio mexicano, provocó una depresión general y avivó sentimientos patrióticos. La ocupación de calles y edificios por parte de las tropas extranjeras se vivió como una afrenta y la población reconsideró la posibilidad de elegir un gobierno conservador que tuviera en la Iglesia a uno de sus principales pilares. Muchos veían en esta institución a la representante de la identidad nacional. En consecuencia, el grupo político

relacionado directamente con esa institución, es decir el conservador, fue el favorecido en las elecciones de gobierno en la ciudad de México en 1849.

Arróniz participa en la alianza entre los conservadores y los santanistas durante la última dictadura de Santa Anna. Su participación desde las filas del ejército como capitán de un batallón de lanceros de la guardia llega hasta sus últimas consecuencias al participar con la reacción al grito de “religión y fueros” en la Batalla de Ocotlán. Es decir, política y moralmente estuvo del lado conservador y santanista, pues arriesgó su vida en defensa de la Iglesia y el Ejército. Instituciones que, en ese momento, fueron el blanco de ataque de los reformistas, por lo que Arróniz sufrió las represalias que en ese tiempo implicaba ser un militar conservador.

El *Manual* objeto de esta investigación, se convierte en la obra que reúne todas aquellas inquietudes que preocuparon a Arróniz a lo largo de su vida: consolidar una patria fragmentada por conquistas, guerras civiles, pleitos entre grupos políticos, invasiones extranjeras; reivindicar la supremacía de las obras de Dios sobre las humanas y su convicción de que la posesión de una literatura propia, era signo de una sociedad civilizada.

El olvido en el que se le tuvo por mucho tiempo se debió entre otras cosas a su muerte prematura y, no sólo a su orientación política. A esto hay que sumar el prejuicio que señala al siglo XIX mexicano como una centuria que literariamente no ofrece mucho. Lugar común que queda invalidado gracias a la labor de académicos como Vicente Quirarte, Ángel José Fernández y Marco Antonio Campos, quienes se han dado a la tarea de desempolvar los numerosos archivos del Acervo Reservado de la Hemeroteca Nacional, que ahora está abierto casi en su totalidad de manera digital y que ofrece un campo de estudio amplísimo.

En suma, todo lo anterior me parece fundamental para entender la manera en la que Arróniz redacta el *Manual*, donde desde mi punto de vista, conjugó sus pasiones, fobias y desamores.

CAPÍTULO 2

PROYECTO DE MEXICANIZACIÓN DE LA LITERATURA: EL LICEO HIDALGO Y *LA ILUSTRACIÓN MEXICANA*

La historiografía sobre el siglo XIX, tanto la histórica como la política o la literaria, ha encontrado en los estudios sobre la nación y los procesos de consolidación nacional una rica veta de estudio. Mi propuesta de lectura se finca en procesos que buscaron consolidar una literatura mexicana cuando ésta daba sus primeros pasos; por tanto, definir un concepto operativo de nación resulta fundamental para comprender una de las premisas de este trabajo: ubicar al *Manual* dentro del proyecto de mexicanización de la literatura que definiría años más tarde Altamirano desde sus *Revistas Literarias de México* (1868), pero que ya es posible observar en la práctica de Arróniz y en la literatura de viajes que cultivó. Con este fin me ocupo del estudio de los primeros pasos de mi autor en el movimiento literario en México, que se cifran en su participación en el Liceo Hidalgo y en la revista *La Ilustración Mexicana*.

Por último, hablo del género en el cual se circunscribe el *Manual*, es decir, en las guías de forasteros y su importancia en el proceso de simbolización histórico y literario de un territorio, por medio de operaciones discursivas que tendrían un gran impacto en la conciencia letrada de ese entonces y, que desde mi perspectiva crítica, nos ofrecen ya un archivo de representaciones de lo que ahora propiamente podemos llamar repertorio nacional.

2.1 Nación

Existen muchos acercamientos teóricos que se sumergen en la complejidad que implica definir a la nación. Mi investigación no pretende ni siquiera repasar a vuelo de pájaro por todas ellas, tarea que rebasa en mucho mi objetivo, el cual consiste en el análisis de una obra que describe al país en pleno periodo de reconstrucción nacional. Es decir, cómo un autor echa mano del relato de viajes para reunir en una guía de forasteros todo aquello que se pensaba era representativo de la nación. Mi perspectiva teórica parte del concepto de comunidad imaginada a la que Benedict Anderson da ese nombre porque: “aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión.” (23) La propuesta andersiana explica a la nación como una construcción histórica relacionada con fenómenos de orden cultural que intervienen en el surgimiento de identidades a las que se les hace preciso ser narradas para crear una “imaginación común”.

En Hispanoamérica el intento por definir la nación nace en el siglo XIX debido a los movimientos independentistas. Los acontecimientos políticos propician procesos escriturales que buscan crear una literatura propia; a partir de este supuesto, personajes como Prieto hablan de mexicanizar la literatura. Esta mexicanización implica como proceso cultural fundacional hallar un origen, el cual encuentran de manera mítica y fundante en la etapa prehispánica o la independencia: en la primera hallamos a un príncipe indígena poeta y en la segunda a escritores que hacen loas a las batallas o a los héroes: un pasado glorioso y un panteón cívico y secular.

La literatura configura a la comunidad que sustenta el discurso que parte de un origen u otro. Sus integrantes crean lazos donde se sostiene su identidad; su objetivo fue la

creación de imágenes que representaran de manera genérica los rasgos o características de todo un grupo, sin detenerse demasiado en matices que complicaran el proceso de representación.

La escritura juega entonces un papel crucial porque ofreció un sinnúmero de géneros literarios a disposición de todo aquel decidido a picar piedra respecto al discurso nacionalista. Precisamente, la literatura de viajes por su peculiaridad híbrida reunió la historia y la literatura, espacios discursivos donde tuvieron cabida la fundación de la ciudad prehispánica, de la ciudad moderna, escenas costumbristas, esbozos literarios y crónicas de viaje, por mencionar algunos.

En la configuración de la comunidad literaria imaginada, a decir de Anderson y Susana Montero, intervienen los impresos y las asociaciones literarias. Sin embargo, ese proceso de representación no está libre de fisuras que ponen en entredicho la supuesta imagen de literatura nacional monolítica, coherente con un discurso civilizatorio que parte del centro del país a la periferia. A la literatura mexicana del siglo XIX la crean hombres que hablan y escriben en español por lo que sólo voltean a ver las manifestaciones que respondían a esos códigos. La literatura aparece entonces despojada de la heterogeneidad cultural que conformaba al país. Precisamente, Homi Bhabha pone en tela de juicio esta idea de nación, pues considera que el concepto es ambivalente, problemático y contencioso: “en literatura [es usada] para marcar cierta unidad: literatura mexicana, literatura argelina, etcétera.” (228) Bhabha pone énfasis en la “incomplitud constitutiva” (citado por Palti, *La nación* 117) de todo discurso homogeneizador al hacerse presente una minoría que haga evidente su carácter ficticio.

El contexto anterior es fundamental para entender la manera en la que la minoría criolla construye la nación a través de un proceso de selección de lo que sí y lo que no debía formar parte de la “nueva” nación o permanecer en el recuerdo del “nuevo” mexicano. Palti, un estudioso argentino del tema, llama principio evolutivo al elemento en el que toda nación debe sostenerse. A decir de este académico, este principio debe cumplir con dos características: la unidad, que consiste en rasgos comunes existentes en connacionales de todos los tiempos, regiones y clases y, la exclusividad o rasgos que distinguen a una comunidad nacional de las demás. Palti sostiene que el principio evolutivo válido es la historia nacional fincada en un pasado heroico y que tiene como capital social el valor indígena, la religión, el populacho, la naturaleza y una historia noble. Es curioso que precisamente en el siglo XIX en México y en gran parte de Hispanoamérica, la literatura en su afán por crear patria eche mano de estos elementos para armar un proyecto literario que busca definir un rostro propio. Precisamente el análisis de esta imagen constituye la parte medular de mi investigación, por lo que en este apartado, y antes del análisis propiamente dicho del *Manual*, revisaré la labor de algunos de los que contribuyeron a dar fuerza a ese proyecto literario.

2.1.1 Consolidación de una nación

Los grupos políticos una vez consumada la independencia eligieron el pasado que se acomodara a sus intereses. De ahí que Octavio Paz en *Los hijos del limo* asegure que los independentistas “se apresuraron a tallarse patrias a su medida” (123) y es que no tenían otra opción, debían unificar una identidad dispersa. Las historias literarias que se

elaboraron en esa etapa, a decir de González Stephan, intentan unificar lo que “los estados a duras penas habían podido lograr”. (43)

Los periódicos desempeñaron un papel fundamental en esta tarea. Virginia Guedea menciona que entre 1808 y 1821 los impresos fueron un instrumento indispensable en la formación cultural de los ilustrados y conformaron una incipiente conciencia nacional porque reforzaron: “la identidad americana o criolla como distinta de la europea o peninsular” (35); la exaltación del paisaje americano, las costumbres y el pasado remoto e inmediato perseguían este fin. Desde estos incipientes años inicia la construcción de nuevos símbolos que los miembros de la Academia de Letrán y el Liceo Hidalgo después sistematizarían:

De hecho, en ellos [los impresos] empezó a aparecer, como ocurría con otras publicaciones y escritos de la época, una nueva visión de la historia que sustentaba una nueva visión de la Nueva España y de su futuro, visión que poco a poco se impondrá, a partir de la independencia, hasta convertirse en la oficial en la segunda mitad del siglo XIX. (Guedea 36)

Palti sostiene una postura muy crítica respecto a los relatos de nacionalidad en América Latina, pues señala que el fenómeno es tardío y complicado, porque la Independencia enfrentó a españoles americanos y españoles europeos. Para “ellos” no era una lucha nacional, sino un enfrentamiento entre principios opuestos, por lo que, desde su punto de vista, no existían criterios de identidad. Aunque enseguida matiza y escribe: “El hecho de que no existiera aún un concepto de nacionalidad, no quiere decir que no haya surgido un cierto sentido de nación [...] De no ser así, la idea independentista habría sido simplemente

inconcebible.” (*La nación* 133) En suma, Guedea marca el inicio del proceso identitario desde la época novohispana, como antecedente que se suma a los movimientos independentista y posindependentista; mientras Palti ve a estos procesos como producto de una difusa conciencia de nacionalidad.

En pleno siglo XIX, la construcción de una identidad implicó una serie de dificultades para los grupos políticos o personajes que realizaron esa tarea. Samuel Ramos afirmaba que la construcción de la cultura debía surgir a partir de la reflexión, quehacer que no podía realizarse en ese convulsionado siglo. Por tanto, ese proyecto tuvo que ser forzosamente utópico. Pero, ¿en qué consistió esa utopía? Según Ramos en negar que la cultura mexicana era una cultura derivada, porque provenía de la española y de la prehispánica.

Pero, ¿cuál era la postura de los grupos políticos respecto a este asunto? Para algunos liberales la herencia hispánica debía eliminarse porque simbolizaba atraso y esclavitud; por lo tanto imitaron el sistema estadounidense, ejemplo a seguir de sociedad utilitaria.⁵⁰ En cambio, los conservadores deseaban construir la identidad nacional con base en la herencia hispánica. Respecto a la cultura indígena, ni unos ni otros incorporaron al indio en su proyecto de nación. Para Luis Mora, éste y su cultura no podían ser considerados la base de la identidad nacional, debido a su barbarie. Alamán propuso un sistema de misiones, donde el indio sería educado y se le respetaría su cultura; aunque no por ello tendría los mismos derechos que los criollos. Ambos pensaron en un proyecto de

⁵⁰ Luis Mora pensaba que lo hispánico era un lastre, pero que no se podía erradicar porque era parte del origen mexicano. En cambio, Otero pensaba que todas las instituciones hispánicas tenderían a declinar y sí deseaba imitar el sistema estadounidense.

nación, donde lo indígena sólo era concebido como un pasado glorioso pero clausurado. Las poblaciones indígenas debían ser eliminadas de aquellas partes del país donde habitaban; incluso, se pensaba que una vez exterminadas, los territorios debían ser poblados por blancos católicos.

En el campo literario, las cosas no fueron diferentes, el proyecto de mexicanización idealizaba el pasado indígena y, al mismo tiempo, criticaba su “barbarie”. Los escritores nos presentan a indios urbanizados y despojados de su lengua y tradiciones y describen a la clase alta como imitadora de las formas de vida europeas. La palabra confiere carácter a las naciones, según González Stephan, pues los escritores debieron debatirse “entre un pasado, que debían o no asumir, y un presente, que implicaba europeizarse para progresar.” (42)

La intención era homogeneizar lo heterogéneo y refutar a aquellos libros donde se describía al mexicano lleno de vicios e incivilizado. Intentaba, además, proyectar una imagen de literatura nacional sin fisuras internas, donde sólo quedaba lugar para las manifestaciones literarias escritas y en español. La propuesta de los intelectuales consistió en crear “modelos” o personajes con características comunes a todos ellos. En esa clasificación, supuestamente, estarían representados miembros de todos esos tipos raciales.

A este incipiente afán se sumaron en la primera mitad del siglo XIX hechos históricos y literarios que le dieron una vuelta de tuerca al discurso nacionalista. Me refiero a las invasiones extranjeras y a los libros de viajes que proyectaban una imagen negativa de México hacia el exterior. La derrota y la pérdida de territorio propiciaron una escritura donde se evidenciaban el dolor, la frustración e, incluso, la esperanza de un renacer como país e impulsaron la escritura de artículos, relatos de viajes a través de la patria, como el que me ocupa, donde los mexicanos se pintaban a sí mismos.

Esta situación provocó el nacimiento de proyectos editoriales donde el tema “México” tuvo un nuevo impulso. En 1855 se publica la colección de tipos *Los mexicanos pintados por sí mismos* (1855), donde se reúnen 33 artículos de costumbres. Destaca la división entre personajes populares y aquellos que formaban parte de la clase alta. Los primeros poseen virtudes como la laboriosidad y la honradez, aunque con algunos rasgos de picardía; mientras a los segundos se les identificaba con la hipocresía, la inutilidad y la vanidad. El objetivo de este libro fue imitar a colecciones europeas como *Les Français peints par eux-mêmes* o *Los españoles pintados por sí mismos*, escritas para refutar libros que describían un país que no era el suyo. Hilarión Frías y Soto hará decir al aguador lo siguiente: “Calcula, hijo. Que hoy los mexicanos hemos dado en pintarnos a nosotros mismos”. (1855 2)⁵¹ Confesión que lo único que provoca es extrañeza en ese personaje, que no entiende qué puede tener de interesante su forma de vivir. Es decir, el retrato es hecho por alguien ajeno al mundo que pretende retratar. El supuesto diálogo que entablan el escritor y el aguador busca borrar esa lejanía y darle credibilidad al artículo. El autor deja de ser una persona que contempla a distancia a su modelo, ahora mantiene una relación, si bien no podríamos decir fraterna, sí cercana.

En este mismo sentido, Altamirano escribiría años después: “Corremos el peligro de que se nos crea tales como se nos pinta, si nosotros no tomamos el pincel y decimos al mundo: *Así somos en México.*” (citado por Díaz de Ovando 40) Pero incluso este escritor,

⁵¹ Existe un correlato pictórico en estas colecciones, pues desde el título sus editores hacen alusión a la cercanía entre la escritura y la representación plástica de un modelo. De ahí que frecuentemente se empleen verbos como retratar y pintar, muy relacionados con el hecho de que estos artículos iban acompañados de una litografía del tipo que describían.

conocido como el padre de las letras nacionales, apostó a la incorporación del indio a la vida nacional por medio de un programa donde el español desplazara a cualquier otra lengua. Su apuesta es hacia la homogeneización cultural, ni más ni menos que a partir de la aniquilación de una de sus partes. La propuesta por crear una literatura nacional partiría en un principio de una superficial e incompleta representación de lo mexicano.

Palti hace referencia al proyecto político y asegura que ni liberales ni conservadores fueron capaces de crear una “comunidad imaginada” consistente. ¿Acaso en la literatura los escritores pudieron crearla?, por lo menos, lo intentaron. La cuestión aquí es analizar el discurso nacional en el que se sustentó el proyecto literario, que buscaba construir una identidad bien acotada. Además, revisar cuáles fueron las características de esa nación tan llevada y traída en el discurso literario. Sobre todo, ver cómo Arróniz propone en su *Manual* formas de representarla.

2.1.2 Asociaciones literarias

En el siglo XIX estas agrupaciones toman el lugar de los institutos de educación superior. Al reunirse anhelaban engendrar la literatura mexicana, es decir cumplen la función de socializar un conocimiento e impulsarlo, por ello son instituciones importantes en el proceso de consolidación nacional y de la disciplina literaria. Entre 1836 y 1866, según José Luis Martínez, había 32 asociaciones que servían, a decir de Alicia Perales Ojeda, como un excelente vehículo de divulgación. Sin embargo, la gran mayoría desapareció sin dejar testimonios escritos que dieran fe de su existencia.

2.1.2.1 Academia de Letrán

El 11 de junio de 1836 José María y Juan Nepomuceno Lacunza, Manuel Tossiat Ferrer y Guillermo Prieto fundan la Academia de Letrán. A ésta le antecedieron una serie de reuniones informales donde se leía poesía y se opinaba sobre aquellos versos. Pero, en la fecha antes citada, decidieron convertirse en Academia (Prieto 177). Después se unirían a ellos Manuel Carpio, José Joaquín Pesado, Fernando Calderón, Antonio Larrañaga, Ignacio Rodríguez Galván, Manuel Payno, Ignacio Ramírez, José María Lafragua, Ignacio Aguilar y Marocho, Luis Martínez de Castro, Félix María Escalante, Casimiro del Collado, Agustín A. Franco, Andrés Quintana Roo, José María Tornel (quien también formó parte del Liceo Hidalgo), Isidro Rafael Gondra, entre otros. Prieto enuncia el objetivo principal de sus reuniones: “lo grande y trascendental de la Academia fue su tendencia decidida a mexicanizar la literatura, emancipándola de toda otra y dándole carácter peculiar.” (Prieto 221)⁵² Acto que implicaba rebelarse ante aquellas revistas repletas de traducciones del francés e inglés y desespañolizar la literatura, es decir eliminar el voseo y formas castizas, además de introducir los famosos tipos mexicanos y nuestras costumbres. Prieto le apostaba a la literatura hecha por mexicanos que escribieran sobre el indio, el paisaje nacional o los usos y costumbres populares, es decir, su propuesta se centraba básicamente en una cuestión temática:

¿Cómo encontrar simpatías describiendo el estado miserable del indio...? El resto de las costumbres españolas también las ocupamos con vergüenza, mientras que el anciano

⁵² He aquí por qué hablo de proyecto de mexicanización de la literatura.

venerable de una familia representa al célebre viejo de fígaro, el niño mimado de la casa es un *lion* parisiense... acostumbrado a mentar los boulevards y los Champs-Elissés, se heriría a los nuestros de Ixtacalco y Santa Anita. Esta es la causa de la rechifla en contra de los que conociendo la noble misión de formar una literatura nacional, se hayan referido en sus composiciones a los objetos que tenían ante sus ojos (1845, 28)

Estas declaraciones aparecen en la *Revista Científica y Literaria* nueve años después de la fundación de la Academia de Letrán y representan la idea de conformar una literatura propia que se sostuviera con base en lo mucho o poco que esa literatura reflejara de la realidad. Pero, ¿qué pasa cuando esa realidad queda seriamente fragmentada gracias a la invasión norteamericana? Surgen artículos, como el publicado en *El Siglo*, que ponen en duda la existencia de costumbres propiamente mexicanas y que aseguran que ahora los artículos de costumbres ya no tienen de qué hablar. El siguiente paso lo dan los miembros del Liceo Hidalgo, quienes en 1849 deciden reunirse para unir los fragmentos de ese movimiento literario estancado por aquel sacudimiento bélico.

2.1.2.2 Liceo Hidalgo

En 1847 la casa de Florencio M. del Castillo será el centro de reunión que daría origen, dos años más tarde, al Liceo Hidalgo (Fernández 99). En ese año, tropas norteamericanas convierten el Colegio de Minería en su cuartel y la vida cotidiana de la capital se altera; renacen la tertulia y el espíritu patriótico de los capitalinos. Leticia Mayer refiere cómo, por órdenes de Tornel, se amontonaron piedras en las azoteas para desde ahí arrojarlas a los invasores:

Por un corto espacio de tiempo se borraron las diferencias sociales. Pero en realidad no fue la educación la que desvaneció las diferencias... sino la defensa de un valor axiomático ligado a un símbolo dominante: tanto léperos como catrines estaban unidos preservando a la patria y su bandera. (28)

Dos años más tarde, el 15 de septiembre de 1849, se inaugurará formalmente el Liceo Hidalgo. Los críticos manejan dos posibles fechas de inauguración, 1849 y 1850. Hallé algunos datos que coinciden en señalar 1849 como el año de apertura de sesiones del Liceo. El primero aparece en el *Manual*: “unos cuantos jóvenes desconocidos en la república de las letras [...] fundan el Liceo Hidalgo, y trabajan con una asiduidad y constancia que los honra, y el 15 de septiembre de 1850, en celebridad del primer aniversario de su instalación, ofrecen una función literaria.” (210) El segundo dato aparece en *La Ilustración*, en el artículo “Elogio de Sócrates, leído en el Liceo Hidalgo” y fechado el 1 de enero de 1851: “Hace algunos meses que, al celebrar este Liceo el primer aniversario de su instalación...” (110), lo que hace suponer que el festejo se llevó a cabo en 1850.

José María Tornel cobijó al Liceo en las instalaciones del Colegio de Minería para que celebrara sus reuniones. (Vázquez Mantecón, *La palabra*)⁵³ El general siempre mostró predilección por las artes y la literatura; Alicia Perales Ojeda asegura que éste asistía algunas veces a las tertulias y fue él quien sugirió el nombre. Recordemos que precisamente en 1849 Tornel pronunció un discurso en favor de Miguel Hidalgo. La polémica desatada en *El Siglo* y *El Universal* entre Tornel y Alamán ocupó las páginas de esos periódicos por varios días.

⁵³ Tornel fue el director vitalicio de ese lugar e incluso vivió por mucho tiempo en uno de sus pisos.

Sus integrantes fueron Marcos Arróniz, Florencio M. del Castillo, Fernando Granados Maldonado, Francisco González Bocanegra, Francisco Zarco, José Tomás de Cuéllar, Luis G. Ortiz, Domingo Villaverde, Fernando de Orozco y Berra.⁵⁴ Además, se unieron al grupo Mariano María Morali, Emilio Rey, Juan Suárez Navarro, José María Rodríguez y Cos, José María Reyes, Hilarión Frías y Soto, Justo M. Rodríguez, Francisco Aranda, José Galindo, Mariano G. García, Luis Rivero Melo, Fernando Rodríguez Gallaga.

Esta asociación reunió a la segunda generación del romanticismo mexicano; sus miembros incursionaron en la poesía, la crónica, el teatro y la novela.⁵⁵ En sus filas podían hallarse liberales moderados como Ortiz y Cuéllar; liberales rojos como Zarco y conservadores como González Bocanegra, Sebastián Segura y el propio Arróniz.⁵⁶ Aunque la consigna de su unión era conmemorar el grito de Independencia y hacer un homenaje a quien lo dio, su objetivo no era otro más que exaltar el espíritu nacional.⁵⁷

Arróniz en el *Manual* hará énfasis en el profundo silencio que guardaron las letras nacionales hasta la inauguración del Liceo Hidalgo. Su intención fue enaltecer la actividad literaria de los jóvenes escritores que lo conformaron. Sus integrantes decidieron darle

⁵⁴ Los presidentes de esa asociación fueron Granados Maldonado (1849), González Bocanegra (1850), Arróniz (1851) y Zarco (1852). Sin embargo, *La Ilustración* publicó un discurso de Zarco con fecha del 1 de junio de 1851, con motivo de la toma de posesión de la presidencia de ese grupo.

⁵⁵ La primera generación se concentró en la Academia de Letrán.

⁵⁶ Casi todos los integrantes del Liceo incursionaron en la poesía, Juan R. Navarro los reúne en su *Guirnalda poética...*: Arróniz, Granados Maldonado, González Bocanegra, Zarco, Cuéllar, Ortiz, Villaverde, Orozco y Berra.

⁵⁷ Arróniz, a pesar de ser conservador, no denostó la figura de Hidalgo, como sí lo hizo Alamán; compartía la convicción de que gracias a Iturbide se logró que España reconociera la independencia de nuestro país. Al cura lo considera el inspirador, “el oráculo, la esperanza”; a Iturbide le confiere “la acción, el cálculo, el valor” (Arróniz, *Cronología* 21) Estas contradicciones entre miembros del mismo partido no deben sorprendernos, ya que los conservadores definieron y delimitaron las bases de sus programas durante la última dictadura santanista, es decir de 1853 a 1855.

formalidad y elaboran “un reglamento sencillo”: “se nombró presidente, secretario, tesorero y bibliotecario: se levantaban actas de todas las sesiones que tenían lugar los días festivos: sus socios pagaban una corta contribución mensual para atender a los gastos” (211).

La preocupación de Arróniz por la creación de una literatura nacional se puede rastrear a partir de esta época. En *La Ilustración* algunos de sus miembros publicaron artículos sobre la conformación de una literatura nacional y el objeto de la misma, donde se muestra el interés por construirla a través de la lectura de autores europeos. Arróniz leyó y tradujo a Byron, Petrarca, Mary Hope, Samuel Rogers, Víctor Hugo, Madame Calderón de la Barca e Isidore Löwenstern; además dedicó algún artículo a José de Espronceda. Su escritura fue influida por esas lecturas.

2.1.2.2.1 La literatura y su objeto de estudio

En *La Ilustración* Francisco Zarco, Pedro Bejarano y Fernando Granados Maldonado⁵⁸ publicaron en 1851 una serie de artículos sobre la creación de una literatura propia y el objeto de la misma.

Si bien Zarco no abandonó la idea de una literatura con fin didáctico, sostenía que ésta no tenía por qué estar peleada con la belleza, la virtud y el gozo: “amo con entusiasmo las bellas letras, no sólo porque son el más dulce solaz, el más agradable entretenimiento, sino porque miro en ellas un medio poderosísimo de civilización y de adelanto” (161). Bejarano radicaliza este punto de vista y rechaza el hecho de que esta disciplina sea el

⁵⁸ “Discurso sobre el objeto de la literatura, por Zarco, al tomar posesión de la presidencia del Liceo Hidalgo”; “La literatura en sus relaciones con la época”, de Pedro Bejarano y “Observaciones sobre el género a que pertenece la literatura sentimental...”, de Granados Maldonado.

depósito de pasiones exaltadas, según él su misión debía ser la de “ennoblecere y perfeccionar las facultades y la vida humanas”, es decir un medio para alcanzar la civilización, la moral y la fe hacia Dios: “Si la palabra de Dios hizo al mundo, la palabra del hombre ha hecho la sociedad”. En cambio, para Granados Maldonado la literatura no era una guía hacia la virtud, sino el espejo fiel del espíritu de la época y como el siglo XIX era un caos, una ruina, los poetas debían reproducirlo: “El arte no hace más que desarrollarse según la naturaleza de la sociedad y las obras de todos los artistas son conformes a la época en que se ejecutan” (193).

Estos discursos se escriben justo cuando los recuerdos de la invasión norteamericana y la derrota estaban aún muy frescos. En Bejarano y Granados existe una conciencia clara de que la constitución de una literatura nacional debe estar abierta a la influencia europea y que su consolidación se ha retardado por el caos socio-político.

Respecto al objeto de la literatura las respuestas se orientan en dos sentidos: uno, la literatura debe civilizar la sociedad y dos, la literatura no conduce a la virtud sino al caos y a la melancolía. La primera postura es propia del pensamiento ilustrado o sus reminiscencias; la segunda es romántica porque contiene los estados subjetivos de un yo que sufre ante el caos. La usina iluminista es la responsable de la primera postura, pero también es parte del sentimiento que animó a algunos escritores, quienes veían en la derrota ante Estados Unidos una nueva oportunidad de crecimiento; esta opinión era compartida por Zarco y Bejarano quienes veían en esta disciplina un medio para difundir lo mejor del hombre. La otra postura habla de la literatura como un arte al servicio no de la ciencia ni de la virtud sino del alma atormentada del artista del siglo XIX, quien es testigo del caos.

Arróniz se coloca justo en medio de las dos, como cronista está dominado por la primera, pero como poeta combina ambas opiniones.

2.2 Revistas

La Ilustración fue el órgano editorial del Liceo; en ella publicaron la mayoría de sus integrantes. Su editor Ignacio Cumplido, patrocinó además *Presente* y *El Álbum*, revistas en las que colaboraron Arróniz y los hidalguenses. Pero *La Ilustración* tuvo una mayor duración, pues se publicó durante cuatro años y reunió cinco tomos.

2.2.1 *La Ilustración*⁵⁹

En 1851 apareció este semanario, en el que se incluyeron artículos sobre el paisaje, historia de México y biografías de mexicanos ilustres. La principal diferencia entre esta revista y *Presente* consistió en el concepto que de literatura sostenían uno y otro. *Presente* se publica por primera vez en 1847, pero la guerra interrumpe su salida y aparece en 1851 y en 1852. Su objetivo principal fue entretener e instruir a la mujer, a quien estaba destinado el papel de hija, esposa y madre. Sus artículos estaban orientados hacia la enseñanza de cómo realizar de la mejor manera aquellos roles, por lo que difundían los valores morales y religiosos con los que debía contar aquel miembro de la familia encargado de inculcar la fe con esmero y dedicación. Aquellas mujeres que no poseían estas virtudes eran condenadas: “Si alguna careciera de religión, sería un monstruo”. (1847, I 18)

⁵⁹ En adelante el título de este semanario aparecerá como *LI*.

Para *LI*, en cambio, la literatura debía establecer vínculos entre la humanidad y ser el medio de expresión de los adelantos sociales; ya no sólo servía para entretener a la mujer, ahora “[había] tomado un carácter más elevado” (*LI*, I: 1851). Ante todo, el contenido debía ser útil y por ello se incluían artículos científicos con el fin de aplicar los principios de las ciencias a las artes. Las secciones de este semanario eran misceláneas y muchas de ellas se dedicaban a ciencias que relativamente habían sido recién creadas. En específico, en la sección de “Geografía y viajes” se publicaron artículos sobre ruinas arqueológicas o grupos indígenas. Además, en la sección “Ciencias, artes y conocimientos útiles” aparecían textos sobre astronomía, medicina, economía política, zoología, fotografía, aritmética, entre otras disciplinas. Los textos estaban acompañados de litografías, grabados y viñetas que Cumplido seleccionaba personalmente. Si en el primer tomo los redactores evaden la polémica de si México “tiene o no una verdadera literatura nacional” (*LI*, I: 1851), en el tomo II aseguraban que su trabajo había contribuido al movimiento literario del país y que éste no permanecía estancado.⁶⁰

Los relatos de viaje incluidos en esta revista son sólo un ejemplo de la escritura de viajes por la patria que en el siglo XIX se practicó. Algunos de ellos tratan sólo de pasar al papel aquello que observaron, mientras otros convierten al paisaje en el pretexto para la

⁶⁰ Los colaboradores de los cinco volúmenes son los miembros del Liceo Hidalgo. Arróniz publicó en el primer tomo dos biografías, una de Daguerre y otra de Espronceda; un artículo sobre crítica literaria; el poema “A un celaje” y dos traducciones de poemas de Samuel Rogers y Lord Byron. En el tomo II se incluyen 17 colaboraciones del poeta; en el tercero en el cuarto y en el quinto seis, respectivamente. Francisco Zarco fue el más prolífico, tan sólo en el primer número publicó 44 artículos; le sigue Luis G. Ortiz, José Tomás de Cuéllar y Fernando Orozco y Berra; además de una que otra colaboración de otros miembros del Liceo.

creación artística. Ambas posturas fueron formas diferentes de crear una identidad y es importante comentarlas porque se despliegan en el *Manual* de Arróniz.

2.2.1.2 Relato de viaje

En el semanario aparecían artículos sobre paisajes o monumentos arquitectónicos o arqueológicos de muchos estados de la República, entre los que se encuentran: Puebla, Veracruz, Jalisco, Tlaxcala, Baja California Sur, Estado de México, Yucatán, Campeche, Oaxaca, Toluca, Hidalgo, Zacatecas y Sonora.⁶¹ *LI* no podía dejar de lado los artículos en los que se describiera al paisaje. Viajar al interior era una forma de favorecer el autoconocimiento y el de los otros (Martínez Andrade, *De orden suprema*), por lo que estaba estrechamente relacionado con la identidad; proceso que se constituyó a través de la comparación con lo diferente.

Carolina Depetris clasifica los relatos de viaje dentro de dos modalidades discursivas: la descripción y la narración. La descripción remite a la mimesis y la narración a la diégesis. En el recorrido por la literatura de viajes publicada en *LI* se aprecian claramente estas dos estrategias discursivas: una donde domina el tono descriptivo e

⁶¹ En el tomo I aparecen: “Ascensión al Popocatepetl” y “Un paseo a la cumbre de la Malintzin” de Jesús María Ríos; “En el Álbum de Cocoyotla” de Zarco; dos artículos dedicados a Puente Nacional de Isidro Rincón y “Viaje a Loreto y a San Javier. En la Baja California” de Rafael Espinosa. En el tomo II se publican cinco artículos: De Juan Soto “Cascada de Ellipantla (*sic*)” y “Laguna de Catemaco”; de Justo Sierra “La catedral de Mérida” y “Xtacumbilxunaan” y de Zarco “El Monte de las Cruces”. En el tomo III, correspondiente al año de 1852, sólo se publicaron dos artículos sobre paisajes nacionales: “Cascada de Regla” y “Cuilapam”. En el tomo IV, correspondiente a 1853, se reduce la sección de viajes y por ende los textos sobre México. Aparecen “Los Baños de Atotonilco de Santa Cruz”, firmado por S. C.; “Los Ceris”, sin firma y “Barranca del Tecuán” de Pablo J. Villaseñor. En el tomo V no aparece ningún artículo donde se describa un lugar de la República. En la introducción del volumen correspondiente a 1854 *LI* sufriría los estragos de la Ley Lares, motivo por el cual sólo se publicaban textos literarios y boletines oficiales.

informativo y se maneja un lenguaje especializado y otra donde prevalece el relato y el narrador en primera persona.

La mimesis pretende borrar la separación entre lo que se percibe y la escritura, es lo que Roland Barthes llama “ilusión referencial” (Depetris 26) y Genette “ilusión de mimesis” (Depetris 26). Se borra la distancia entre ficción y dicción y aparenta mostrar la realidad tal cual es. En la segunda, la habilidad literaria desplaza a la descriptiva.

Algunos ejemplos donde prevalece la función descriptiva e informativa se encuentran en las colaboraciones de Isidro Rincón sobre Puente Nacional.⁶² En el primer artículo consigna el origen, significado histórico y militar y la descripción física y geográfica de este monumento. El segundo ofrece datos sobre los materiales empleados en su construcción, costos de mano de obra y material. Además, agrega un dato que le confiere veracidad a su texto, donde aclara que el puente fue construido por José Rincón, su padre, y no por Tolsá.

Otra muestra de la función mimética de la que hablo, la ofrece “La Cascada de Regla”⁶³ donde se emplea un lenguaje especializado: “La masa de aquellos basaltos es muy homogénea: Mr. Bonpland observó que tenían núcleos de olivina o de peridoto graniforme, rodeados de mesotipo cristalizado.” (304). Depetris señala que la descripción del relieve le confiere al texto “ilusión de realidad” (88) y emplea el concepto “testigo de vista”, que define como aquel que sustenta su relato en el ejercicio de la observación y de la

⁶² *LI*, I: 1851, 99-100 y 437-9, respectivamente.

⁶³ *LI*, III: 1852, 303-4.

experimentación. El narrador de “La Cascada de Regla” enfatiza la función del observador, que en este caso es un científico:

Al recorrer la vista por este diseño, reconoce el mineralogista viajero la forma de los basaltos de Vivares, los de los montes Eugáneos o del promontorio de Antrim en Irlanda. Los menores accidentes observados en las rocas columnarias de Europa, se encuentran en aquel grupo de basaltos de México. (304)

En estos textos la función del narrador se remite a registrar todo lo observado directamente en el papel, “y sin a priori lo que aparece y se ve” (Depetris 23). Aunque en ocasiones se rompe la transcripción objetiva con algunas apreciaciones personales del narrador: “Bajo todos los climas la corteza pedregosa del globo presenta el mismo aspecto al viajero; en todas partes reconoce, y no sin cierta emoción, en medio de un mundo nuevo, las rocas de su país natal” (304). Frase con la que intenta explicar que el paisaje es una manera de articular un sentido de identidad.

La función diegética, recordemos, remite al predominio de la primera persona y a la narración. En *LI* encontramos un buen ejemplo en los artículos “Ascensión al Popocatepetl”⁶⁴ y “Un paseo a la cumbre de la Malintzin”⁶⁵ de Jesús María Ríos. Se trata de dos textos donde prevalece un lenguaje coloquial y el narrador en primera persona. En el segundo relato el narrador dice viajar: “con solo el objeto de conocer mi país” (442) Esta frase es la carta de presentación del viajero, su discurso lo emite una persona que movida

⁶⁴ *LI*, I: 1851, 423.

⁶⁵ *LI*, I: 1851, 442-3.

por la curiosidad decide ascender a la cúspide de esa montaña. “Ascensión al Popocatepetl” no inicia con la descripción de la ubicación geográfica del lugar, sino con un consejo: “El hombre de buena salud, y con propósito de subir a esa montaña puede hacerlo en seis horas sin mayor fatiga desde Tlamacas” (423). Sus descripciones remiten no sólo al sentido de la vista, sino al del oído y el olfato:

Al aproximarme al cráter se oye un ruido parecido al de la (*sic*) agua que descende de una cascada y este lo ocasionan los respiraderos del fondo que vomitan humo [...] subí al *Espinazo del Diablo* sumiéndome a veces en la nieve hasta las rodillas, apliqué el olfato a varios respiraderos de humo que huelen a azufre. (423)

La verosimilitud del relato se basa en estas descripciones, entendido el concepto de verosímil como: “lo susceptible de ser tomado como verdadero” (Depetris 66). Depetris menciona que la verosimilitud tiene dos sentidos diferentes: uno donde se alega que el discurso es un reflejo fiel de la realidad porque se basa en la observación de un “testigo de vista” y a través de esa observación se aprehende el objeto. El otro sentido define a lo verosímil como lo que respeta “las leyes de un género establecido” (Metz, citado por Depetris 66); lo que se busca es persuadir a través de argumentos que un sujeto convierte de débiles a sólidos. El narrador de “Ascensión al Popocatepetl” intenta convencer al posible viajero de la facilidad de la ascensión:

Yo salí ayer de San Martín Teshmelucan a las cinco de la mañana, pie a tierra tomando suficiente descanso, llegué a Tlamacas a las seis y media de la tarde, allí dormí, continué mi ascensión a las seis de la mañana y a la una de la tarde estaba sobre el volcán [...] Todo esto

prueba la facilidad de hacer un paseo de los más divertidos a la montaña más elevada de México. (423)

Depetris señala que: “Cuando lo subjetivo desplaza a lo objetivo y el acento del discurso recae no ya en la veracidad de lo que se cuenta sino en cómo se presentan los avatares de la expedición, los relatos de viajes reales se convierten poco a poco en viajes novelescos.” (69) “Un paseo a la cumbre de la Malitzin” es un breve relato donde no sólo se registran las observaciones del narrador, sino que este mantiene un diálogo con otro personaje llamado Laureano. Se trata de un lugareño que es invitado por el narrador para que lo guíe hasta la cumbre del volcán. Laureano, primero renuente a servir de guía, acepta sólo para remediar la falta de “la autoridad política”, quien le había ofrecido al viajero dos acompañantes en su expedición. De paso desea demostrarle al forastero la hospitalidad de los huamantlecos: “abandono mis quehaceres de mañana, no tanto por el premio que me ofrece usted, sino por el interés de cubrir la falta del Sr. Don Marcos y el de que usted no diga en otro país que no encontré en este los auxilios que necesitaba”. (442) Es decir, se trata también de conservar una imagen ante los otros donde ya un nosotros se empieza a perfilar. La tensión del relato se crea justamente cuando ambos personajes se dan las buenas noches con la promesa de iniciar a primera hora su tarea: “Voy con usted, esta es mi casa, a la hora que usted me hable, partiremos.” (442) La descripción de los trabajos de Laureano para ascender, la llegada a la cima y el ascenso, conforman el itinerario del viaje. En el relato Laureano acaba arrebatando el papel protagónico al narrador, quien describe paso a paso las acciones de su guía durante el ascenso: su fatiga, el apetito que le despierta la tarea y la siesta que hace al llegar a la cima: “llegamos a la cúspide a las doce del día; Laureano se puso a descansar, durmió algo” (443) Sólo en este momento el narrador se dedicará a describir el

paisaje: “fijé los puntos principales que forman el horizonte del plano y los que circundan el centro, quedando singularmente manifestadas las alturas más notables del Cofre, Pico de Orizaba y volcanes de México.” (443) También decide dejar un testimonio de su paso por aquella cumbre: “mi nombre grabado en una losa.” (443) En la secuencia del descenso, que abarca alrededor de seis horas, sólo hace una observación sobre el manantial que surte de agua al pueblo, para enseguida centrarse de nuevo en Laureano. Y ya para terminar acaba dedicándole su artículo: “¿Merecerá este pobre que le dedique la prensa algún elogio? No lo dudo: entre tanto yo lo recomendaré como un hombre raro en su clase por sus sentimientos de desinterés y por su amor al trabajo.” (443) Dos maneras de ver el mundo se confrontan, el lugareño para el que el campo es una cuestión de trabajo y dominio, y el viajero para quien el paisaje es símbolo más profundo y conquista del civilizado sobre la naturaleza.

La estética romántica prevalece en estos relatos de viaje. Cuando se trata de la descripción de la naturaleza se recurre a las imágenes canónicas de Humboldt sobre el continente y cuando se describe al indígena se recrean los mitos del buen salvaje de Montaigne, Ronsard y Rousseau; del exotismo de Chateaubriand y Bernard de Saint Pierre. El indígena prehispánico y sus ciudades son idealizados; pero al hablar del indígena decimonónico es común encontrar términos como salvaje y bárbaro.

En textos⁶⁶ de Juan Soto, Justo Sierra y Francisco Zarco prevalece como una constante la idea de que la contemplación o el recuerdo de la naturaleza afecta el ánimo del

⁶⁶ Juan Soto colaboró en *La Ilustración* con “Cascada de Ellipantla”⁶⁶ y “Laguna de Catemaco”; Justo Sierra con “La catedral de Mérida” y Zarco con “El Monte de las Cruces”.

que observa. Rodríguez Chicharro, quien habla del influjo de Rousseau en la narrativa hispanoamericana, al respecto menciona: “Y a partir de Rousseau el hombre mirará y adecuará la naturaleza a sus peculiares estados anímicos” (25) Dice Zarco: “conmueven nuestra alma y la hacen sentir impresiones profundas” (*LI*, II: 1851-52, 153) Sierra afirma algo similar, pero para referirse no a la naturaleza sino a un monumento, en este caso a la iglesia de Yucatán: “Los sentimientos que excita son solemnes; los recuerdos que ofrece graves y terribles.” (375) Todo parte de los estados subjetivos de un yo que observa. Arróniz en “A la gruta de Cacahuamilpa”⁶⁷ menciona que el silencio y la soledad del lugar invitan al viajero a recrear el alma.

Humboldt es el creador del mito de la riqueza americana y al mismo tiempo el que reproduce la estética romántica que crea una imagen que atrajo a muchos viajeros que por negocio o aventura deciden emprender el viaje hacia América. Es quizá el mejor ejemplo de la capacidad que tiene la escritura para crear una comunidad imaginada consistente capaz de transformar las maneras futuras de describirla y entenderla.

Zarco dice por ejemplo, en una abierta recreación del discurso romántico humboldtiano: “majestuosas serranías, sus volcanes nevados y altísimos”. (153) Este tipo de escritura ha hecho decir a Marie Louise Pratt que a partir del autor de *Cuadros de la naturaleza*, publicado en 1826 y en 1849, se conformó: “el repertorio básico de imágenes que llegaron a significar América del Sur. Juan Soto en “Cascada de Ellipantla” evoca al viajero alemán cuando escribe: “Pocas son las regiones del nuevo continente, ha dicho el

⁶⁷ *La Ilustración*, II: 1851-52, 69.

ilustre barón de Humboldt [...] *que se pueden comparar con este extraordinario país*” (LI, II: 1851-52, 464) Agrega Pratt que el viajero alemán no pudo ir más allá de lo que se lo permitían los adelantos e incursiones hechas primero por los españoles, y no pasó de las misiones o puestos de avanzado instalados por ellos: “Aún las imágenes canónicas de las planicies interiores, las montañas coronadas de nieve y las densas junglas no estaban fuera de la historia de la humanidad, o fuera de la historia del euroimperialismo.” (241) El artículo de Pablo J. Villaseñor “Barranca del Tecuán” (LI, IV: 1853, 541-2) abunda en frases que recrean aquellas imágenes: “montes vírgenes”, “fértiles valles”, “feroces leopardos”, “prodigio de agricultura”; la siguiente oración es el mejor ejemplo: “naturaleza salvaje, risueña y linda como la imagen de América en el cerebro del inmortal Colón.” (541) Las citas anteriores muestran la influencia de Humboldt en la mirada de los escritores comentados y no sólo la intertextualidad típica del relato de viaje.

No obstante, Margarita Pierini hace una observación interesante respecto a este punto, pues afirma que el mito de la riqueza de nuestro continente creado por el viajero alemán se agotó cuando fracasaron las compañías mineras, a excepción de las inglesas. Este fracaso provocó: “que la visión sobre México se vuelva aún más negativa”. (23) Lo anterior habla de viajes emprendidos no sólo para admirar la exuberancia americana, sino para comprobar su decadencia. Los mexicanos que deciden escribir sobre el paisaje nacional lo hacen, entre ellos Arróniz, para defenderse de los libros donde México era puesto por los suelos. Entonces, estos artículos pueden ser vistos como producto de la influencia directa de Humboldt, pero también como una forma de refutar la imagen negativa que de México era difundida por viajeros extranjeros.

También en estos artículos de viajes se aprecia la visión del indígena hercúleo, inocente, enmarcado por la exuberancia y exotismo de sus ciudades y maltratado por la mano impía del conquistador. “Barranca del Tecuán” narra que en ese lugar se encuentran tumbas indígenas. Comunidades, explica, que preferían vivir entre la salvaje naturaleza a ser mancilladas: “prefiriendo y con razón vivir entre las fieras a estar sujetos a la opresión tiránica y más bárbara de hombres que, soñando en el oro de la virgen América, empleaban toda su fuerza en quitárselo a los conquistados” (541) Para Rodríguez Chicharro el siglo XIX explotó la imagen del indio con “criterio decorativo” (37) y cultivó el antiespañolismo y anticolonialismo.

Paradójicamente, los juicios condenatorios al indígena que habitaba en el siglo XIX, son comunes.⁶⁸ En “Cuilapam” Juan Bautista Carriedo se ocupa de los vestigios arqueológicos y culpa de su casi total destrucción a los: “estúpidos indios [...] Todo ha desaparecido y en un orden progresivo; yo, viajero meditabundo, veo los monumentos que responden a mis lamentos.” (*LI*, III: 1852, 481) “Los Baños de Atotonilco de Santa Cruz”, firmado por S. C., describe el lugar basado en un recuerdo, ya que los continuos ataques de los indígenas han convertido el balneario en un desierto: “¿Este asilo de los placeres campestres, de la meditación de la quietud y el consuelo, vendrá a servir de albergue al salvaje sanguinario, que lavará su asquerosa planta en la pureza cristalina de sus aguas?” (*LI*, IV: 1853, 183) En el indígena decimonónico se albergaban todos los males: la

⁶⁸ En este año también aparecen textos que se ocupan de ciudades prehispánicas, de los nombres de sus dioses y de su literatura. Me refiero a: “Antigüedades de los indios” (367-8); “La literatura antigua mexicana” (375-6) y “Nombres de las antiguas divinidades de los mexicanos, según las describe Bouturini”. (405-6)

ignorancia, la violencia, la indolencia y se le expulsaba de su propio espacio. En suma, el indígena ya no podía habitar el campo y en la ciudad ocupaba sólo un lugar marginal.

En resumen, los relatos de viaje publicados en *LI* emplean la mimesis y la diégesis para describir el paisaje. En la primera el autor intenta desvanecerse en una intención clara por emplear un lenguaje que describa fiel, impersonal y objetivamente el objeto observado, con el fin de conferirle al texto credibilidad. En el caso de la diégesis la narración ocupa el lugar principal y la atención se desplaza hacia el cómo y no el porqué, donde la expresión personal del escritor es crucial. Al respecto, Emilia Pardo Bazán (1883) señala que lo importante en una narración no es el tema ni la acción, sino la “verdad artística” (240) El creador escoge ciertos elementos de la realidad y entonces les impone sus reglas: “Su personalidad literaria, lo que Zola llama temperamento interviene después y funde el metal de la realidad en su propia turquesa.” (244) En suma, en la diégesis no intervienen los referentes, sino la capacidad del autor de seleccionar elementos de la realidad, transformándolos, dándoles una perspectiva personal y estableciendo mecanismos internos dialécticos de contradicción para construir el objeto artístico, algo nuevo y único.

2.2.1.2.1 El *flâneur*

Un elemento presente en el *Manual* y en algunos artículos de costumbres publicados en *LI* es el *flâneur*.⁶⁹ En las páginas del semanario esta figura aparece en “El crepúsculo en la

⁶⁹ El *flâneur* alcanza la universalidad en la obra de Charles Baudelaire *Le Peintre de la vie moderne*, que se publicó por entregas en *Figaro* entre el 26 y 29 de noviembre y el 3 de diciembre de 1863. Y aparece como libro en 1868. Zarco publicó los artículos que comento en este apartado en 1851, nada más y nada menos que 12 años antes que el de Baudelaire.

ciudad”⁷⁰, “México de noche”⁷¹ y “Los transeúntes”⁷² de Zarco y en “Revista del desayuno. El Progreso al amanecer”⁷³ de Orozco y Berra. El *flâneur* que aparece en ambos autores es un observador de la vida cotidiana, pero en el caso de Zarco prevalece el tono inquisidor, la mano que surge de las tinieblas para golpear a los culpables. Sus blancos de ataque son sus interlocutores y, como Juvenal, no particulariza sino que alude a defectos generales, habla en nombre de la *vox populi* y eso le da más autoridad. El *flâneur* de Zarco exhibe la miseria de los vicios de la conducta porque su escritura está guiada por el afán demostrativo y la enseñanza moral. Orozco y Berra explora otra manera de conocer la ciudad y se pregunta algo muy simple: ¿dónde puede desayunar un transeúnte de acuerdo a su presupuesto? Si bien sigue presente el observador de la conducta, sus juicios pasan a segundo plano y el artículo se centra en alguien que busca qué llevarse a la boca al despertar. Su inventario parte desde quienes se desayunan en el puesto callejero, donde el atole, los tamales y los pambazos resultan ser “tres palabras anticonstitucionales y groseras” (*LI*, I: 1851, 42) hasta los que pueden pagar el menú donde figura la leche en el café, las cuajadas, las natillas, el jocoque; expendios donde “ya no se come de pie y al raso”.

Zarco asume una posición de privilegio al enjuiciar al transeúnte de las calles de la capital y si bien como él las recorre una y otra vez conserva cierta superioridad moral respecto a aquellos que tienen una conducta reprobable: “las hijas de la alegría vagan en

⁷⁰ *LI*, I: 1851, 234-8.

⁷¹ *LI*, III: 1852, 157-60.

⁷² *LI*, IV: 1853, 160-5.

⁷³ *LI*, I: 1851, 41-5.

todas direcciones, ostentando con descaro su vil modo de vivir.” (LI, I: 1851, 236) Su carácter de testigo se ve claramente en este pasaje:

Un entierro es un paseo para ciertas gentes, una obligación que impone el mundo para otras, un negocio para el cura y el sepulturero, una medida de higiene para la policía, una mera ostentación de vanidad para ciertas familias, un dolor horrible para los deudos del muerto [...] y para el muerto no es nada porque el alma al desprenderse del mundo le deja la carne inmunda para que la estudie, la llore, la honre, la sepulte, le tenga asco, le cause miedo o se divierta con ella... (1851-52, II 275)

La línea divisoria entre el observador y lo observado hace del escritor costumbrista un retratista que no indaga en las profundidades del alma sino sólo en la apariencia, dice Zarco: “¡Ah! no son esas cuestiones para el escritor de costumbres, que tiene que detenerse en la superficie de las cosas, que debe pintar sin analizar, sin profundizar... Limitémonos, pues, a ver a los transeúntes, por las calles de la ciudad.” (LI, IV: 1853, 165)

La tarea del *flâneur*, dirá Zarco, parte del hastío que sólo se cura al salir a caminar y lo define en estos términos: “A mí me gusta perderme así entre la muchedumbre, correr, detenerme, apresurar el paso sin saber por qué, caminar sin dirección, y esto que viene a ser lo que se llama *flâneur*, es sin duda el mejor modo de pasear.” (LI, IV: 1853, 160) Asimismo, describe la estrategia del oficio de caminante urbano: primero no se oye ni se ve nada, después se fija la atención en un objeto, en otro y vienen a la mente una oleada de impresiones que se sustituyen entre sí. El caminante es un estudioso del transeúnte. Los gestos y arrugas en la cara del paseante son analizados por el escritor de costumbres, dice: “en el transeúnte siempre hay algo que examinar, algo que todos quieren encubrir.” (161)

El *flâneur* observa, viaja y escribe, aunque quizá el verbo viajar se debería sustituir por vagar.

Este personaje “trabaja” en la calle, el lugar de encuentro de todas las clases: “En la calle se encuentran, se tropiezan, se mezclan, se confunden” (164) En ella confluyen, según la hora, una pasarela de tipos, que desempeñan actividades cotidianas de acuerdo a su oficio. La caída del crepúsculo cambia el panorama de la ciudad. Las calles se llenan de caballos, vendedores que pregonan sus mercancías y a quienes Zarco llama: “modernos trovadores de la capital desmoralizada y corrompida”. (*LI*, I: 1851, 236) El *flâneur* zarqueano padece porque advierte que su época camina hacia un lugar incierto y él al advertirlo tiene el deber de denunciarlo. Defiende, en suma, el papel fundamental del escritor en la sociedad. Para Baudelaire, creador del *flâneur* como paradigma de la modernidad, el poeta pierde su lugar de privilegio, aunque no por ello su capacidad para advertir el desgarramiento social ante la llegada de una industrialización vertiginosa; sólo que ahora es capaz de cometer los actos más viles: “Ahora puedo pasear de incógnito, cometer viles acciones, codearme con canallas, como los simples mortales.” (Pizza 16)

El *flâneur* baudelaireano guarda más diferencias que semejanzas con el que configuran los escritores mexicanos mencionados. Los conceptos tienen por así decirlo un aire de familia, pero en esencia se alejan; primero porque Baudelaire desvirtúa la labor escritural del poeta, quien en el tráfago cotidiano pierde la aureola que adornaba su cabeza de artista romántico y tal cosa no se da en el caso mexicano. Además, el México de mediados de siglo no es París, pues no sufrió como aquella ciudad europea la llegada de la modernización que en el caso francés “desnudó” al poeta y mostró su lado humano más oscuro. Zarco en este sentido no se coloca al filo del abismo y ni siquiera intenta tocar la

puerta que lo llevara a experimentar alguna conducta reprochable; percibe que su época se debate en la incertidumbre, pero estos pensamientos habitan su mente al caer la tarde y no se instalan permanentemente en su ser. Me parece más bien lo contrario, Zarco atesora en la caja de pandora a la literatura como una esperanza de redención para él mismo y para el lector.

Para Baudelaire la ciudad aglomera multitudes y al mismo tiempo enajena a la humanidad y la hace víctima del *spleen*.⁷⁴ Nada más alejado del tono en el que Orozco y Berra redacta su artículo, donde el desayuno es el momento propicio para la tertulia entre amigos o la complicidad de dos calaveras que para aliviar el desvelo: “Piden una gelatina y un vaso de agua con hielo: ¡desayuno extraño!” (Campos, *Fue en aquella* 221).

Para Baudelaire París es “la capital infame” (23), para Orozco y Berra la ciudad de México es una gran plaza donde puede desayunar desde el humilde albañil hasta aquel que puede pagarse “variedad y lujillo” o por lo menos desayunarse al prójimo, mientras se saborea una taza de chocolate. En Orozco y Berra no existe como en Baudelaire la concientización amarga de las diferencias sociales, pues aunque éstas determinan lo que el transeúnte se lleva a la boca, los contrastes se advierten pero se abandonan con desenfado, como cuando el narrador posa su mirada en un hombre que en ayunas sale del café: “El reloj da las nueve, y el hombre, sacudiéndose un poco el polvo y la pereza, vuelve a salir del café sin haber tomado nada. ¿Lo seguimos para ver si tiene un rincón dónde refugiarse o un amigo que le preste para desayunar...? No: dejémoslo luchar con su desdicha o su

⁷⁴ Para una explicación detallada del término ver el prólogo de Antonio Pizza a *Le Peintre de la vie moderne*. El *flâneur* de Baudelaire tendría su correlato mucho más tarde, con los poetas modernistas como Juan José Tablada.

mala cabeza, y vámonos...” (223) Tal parece que Orozco no está dispuesto a sacrificar el tono humorístico de su artículo con escrúpulos de buen samaritano y dejará que la “ambrosía” (Pizza 16) la coman los poetas, mientras él dirigirá toda su atención a la descripción de las maneras en las que los simples mortales satisfacen su apetito.

En suma, estos dos cronistas de costumbres despliegan dos estilos escriturales diferentes pero complementarios. Por un lado el dedo flamígero que señala sin miramientos los defectos y por otro aquel que pone énfasis en los simples detalles de la vida cotidiana citadina y que no destierra la alegría y el humor de sus descripciones. Ambos estilos los practica el Arróniz costumbrista en las páginas del *Manual*.

2.3 Guías de forasteros

El origen del género guías de forasteros, elegido por Arróniz para redactar su *Manual*, es el resultado de dos grandes fuerzas: una externa, representada por la corriente tradicional española, donde ya desde el siglo XVII se elaboraban estas guías y otra interna, integrada por calendarios y guías escritos desde el siglo XVIII en la Nueva España, tradición que sufrió modificaciones una vez que nuestra nación alcanzó la independencia. Para comprenderlas enseguida me dedico a hablar de estas dos influencias.

2.3.1 Influencia externa: España

En el siglo XVII, Margarita Ucelay Da Cal menciona a tres autores españoles que elaboran guías de forasteros. Se trata de Antonio Liñán y Verdugo, quien en 1620 publica *Guía* y

avisos de forasteros;⁷⁵ Juan de Zabaleta, autor de *El día de fiesta por la mañana* (1654) y *El día de fiesta por la tarde* (1660) y Francisco Santos con *Día y noche de Madrid, discursos de lo más notable que en él pasa* (1663). Su intención principal, mas no la única, era enumerar vicios y conductas reprobables, la descripción del lugar pasaba a segundo plano, por lo que se puede decir que prevalece la finalidad pedagógica más que la pintoresca o la política.

Estos textos eran sometidos a las autoridades eclesiásticas de la Santa inquisición, valoración sin la cual ninguna obra podía ver la luz. El férreo control fue determinante para que estas guías fueran una especie de manual de conducta, donde por medio de avisos, escarmientos o discursos se advertía al visitante estar alerta ante posibles estafadores que muchas veces se escondían en la apariencia de una bella mujer o un elegante caballero.

En *Guía y avisos de forasteros* el hilo conductor de la narración corre a cargo de Don Antonio, un Maestro y Feliciano, quienes aconsejan a Don Diego, recién llegado a Madrid, sobre cómo conducirse por la ciudad. La guía se compone de avisos y cada uno de ellos incluye novelas o escarmientos, a veces más de uno, que ejemplifican los casos desafortunados de quienes llegan a la ciudad y por su inexperiencia son engañados y despojados de honor y fortuna. El narrador se configura como la mano que surge de las tinieblas y golpea a una sociedad culpable, similar al *flâneur* de Zarco, el cual lanza juicios de los transeúntes que ve pasar por la calle. Dice Liñán: “Qué ridículos hombres se encuentran por las calles en traje y hábito, con lenguaje y apariencia, que tendréis a buena

⁷⁵ Al autor se le identifica con Fray Alonso Remón (1565-1632), la obra se editó en Madrid (1621 y 1753) y en Valencia (1635). Se reimprimió en 1885 y la Academia Española la reeditó en 1923.

suerte que os haya hablado y vos hayais merecido conocerle, y, venido a sacar en limpio o su calidad o su ocupación...” (65)

Los avisos giran en torno a dos ejes temáticos: el buen comportamiento y el viaje. El primero habla de la amistad, la buena elección de esposa y la educación de los hijos; el segundo alude al hospedaje, los peligros en las calles, la administración del tiempo y los negocios. Al final de la reunión, hecha ex profeso para aleccionar a Don Diego, el maestro se retira con la promesa de que en una próxima plática hablará sobre datos geográficos de Madrid y su población, clima y distribución de casas. No es difícil imaginar que desde el siglo XVII existieran obras que bajo este título describieran la parte material de la ciudad, pero en la de Liñán no se incluyó porque su objetivo principal era el pedagógico y no el deseo por mostrar la parte no humana de la ciudad, es decir edificios o geografía. Estela Castillo asegura que sería hasta 1757 que la *Guía madrileña*⁷⁶ incluiría en sus páginas un mapa y más adelante se agregaría “información histórica de Madrid y sus monumentos”. (69)

El día de fiesta por la mañana y El día de fiesta por la tarde de Juan de Zavaleta, reúnen a tipos madrileños y las ocupaciones que realizan el domingo. A partir de la premisa de que este es el día que Dios dispuso para que se le alabara, se critica o celebra a personajes que cumplen o no con esa tradición. Aquí aparece un narrador anónimo, típico del costumbrismo, en específico del artículo de costumbres, quien señala vicios sin particularizar: “El espejo en que se puede ver uno, se pueden ver muchos.” (294). Las

⁷⁶ Su nombre completo, a decir de Estela Castillo, fue *Kalendario particular y Guía de forasteros de la corte de Madrid* y “dejó de llamarse *Kalendario particular* y comenzó a denominarse *Kalendario manual*...” (68)

actividades dominicales se dividen en matutinas y vespertinas y en ellas son juzgados el glotón, el celoso, los enamorados, entre otros; así mismo, son descritos paseos y diversiones como el jardín, la merienda, la comedia, por mencionar algunos. En el inventario de personajes no aparecen miembros de la clase gobernante, el clero ni la milicia, más que ocupaciones se describen vicios.

En *Día y noche de Madrid, discursos de lo más notable que en él pasa un cautivo italiano*, llamado Onofre, pide a Juanillo el de Provincia o Juanillo el de las verdades, lo guíe por la ciudad. Este personaje, de nombre tan elocuente, por medio de 18 discursos, alecciona al cautivo sobre los peligros en la corte y conduce al extranjero por las calles de Madrid para mostrarle paseos, oficios y sobre todo, vicios. Además, se describen lugares representativos de la capital española y aunque su intención no es propiamente resaltar lo pintoresco de la urbe, sí existen muchas más descripciones de lugares y paseos. La presencia del narrador testigo reafirma la intención pedagógica: “de hombre de sano juicio, es dar lección de virtud, en particular al que carece de ella” (51) Y también, en la figura del testigo de vista, presente en el relato de viajes, pues se hace hincapié en cómo el narrador hace aparecer los hechos tal y como si los hubiera vivido: “bien se conoce, que tienes experiencia en lo que has dicho, pues lo cuentas como aquel a quien puede haber sucedido” (51). Onofre, en su papel de extranjero, asume una posición totalmente opuesta a la de Juanillo. Mientras el cautivo se admira de las cosas de las que es testigo, el guía las considera ordinarias y cotidianas, entra en juego la conciencia de lo ajeno y lo propio y cómo en función de estos conceptos los personajes actúan en consecuencia: “Vamos de aquí (dijo Juanillo) que esas cosas suceden tan de ordinario, que no hay que espantarse”. (102)

Estas tres obras tocan puntos clave en la configuración del género guías de forasteros que se desarrolló en México en el siglo XIX: la intención pedagógica, un pionero propósito pintoresco y el deseo por describir el terruño. Lo importante es ver cuáles características de estas guías fueron incorporadas por los mexicanos en la última parte del siglo XVIII y en pleno XIX.

Una característica de la que no he hablado, pero que está presente en los tres autores, es el uso de refranes. En el lenguaje empleado para narrar escarmientos, discursos o avisos se intercalan dichos populares, lo que agrega un tono coloquial a la conversación. Por ejemplo: “Dime con quien pases y direte lo que haces” (Liñán 35) o “Con el santo serás santo, con el perverso y malo te pervertirás” (Liñán 35). Esta manera de exponer el lenguaje se amalgama con las alusiones a autores latinos como Ovidio, Cicerón o Petrarca, lo que rompe con el tono coloquial del discurso: “y si se quiere ver un pedazo curioso de los daños que acarrea la ruin vecindad, lea en los *Diálogos* de Francisco Petrarca el Diálogo 31, adonde [...] aconseja y advierte que el camino de oviar semejantes males y el escusar los inconvenientes que trae una mala vecindad es huirla y apartarse della” (34).

Madrid es descrita como una Babilonia, donde impera el desorden, dice Santos: “¡Oh lugar confuso, Oh confusión del mundo!” (102). Prevalece la visión de una capital pervertida donde abundan las malas compañías, los estafadores y donde, en pocas palabras, las apariencias engañan. En Liñán se puede leer: “Calles de Corte pisadas del que no tiene necesidad de ellas, suelen acarrear unos gastos no deseados y otros disgustos no imaginados, y podríamos decir destas calles al revés, lo que de la albahaca: que ella cuanto más pisada huele más bien y ellas más mal.” (90) Esta, a mi parecer, es la gran diferencia entre estas guías y las que se escribieron en el siglo XIX en México para refutar los libros

de los viajeros malintencionados. Estos libros se convirtieron en un campo donde se discutía cómo era el país que se estaba construyendo y cómo queríamos que se nos viera en el extranjero a través de la pluma de los mismos mexicanos. En las obras españolas comentadas el objetivo principal fue la intención pedagógica y en nuestras guías de forasteros, aunque lo didáctico no desaparece, impera el deseo por destacar las características pintorescas capaces de darle un giro a la imagen difundida por Madame Calderón de la Barca en *La vida en México* o el libro de Isidore Löwenstern, *México, Memorias de un viajero*. El carácter misceláneo de las guías permitió que sus páginas se convirtieran en el escaparate donde se podía apreciar la imagen de una nación que, aún en ciernes, contaba con elementos suficientes que le daban características propias.

2.3.2 Influencia interna

Las guías de forasteros antes y después de que este territorio se despojara del dominio español modifican de manera paulatina su contenido. Si bien en un principio se ocupaban de las fiestas religiosas y los tiempos en los que debían iniciarse las cosechas, a partir de la etapa independentista, su contenido se alteró debido al deseo por demostrar que México ya no era un país colonizado. Editores y escritores describen de mano propia el territorio, muchos de ellos incluyen de manera gradual elementos que marcaran una línea divisoria entre la cultura hispana y la mexicana en plena construcción.

Estas guías se circunscriben a la literatura de viajes, género en el que comparten fronteras varios discursos. Isabel Quiñónez al respecto apunta: “un universo de impresos que, agrupados bajo título múltiple, semejan a un cajón de sastre: admiten y buscan contenidos distintos; colindan y se aúnan a escritos ‘de otra índole’ como las guías de

forasteros o los papeles centrados por la predicción.” (332) Su hibridez los coloca como los libros idóneos para describir de manera exhaustiva un lugar y a partir de esta característica echar mano de todo aquello que se consideraba representativo de lo mexicano.

Martínez Andrade señala que la literatura de viajes casi siempre rebasa límites, cruza de un género a otro, compara lo interior y lo exterior: “Por ello, un momento privilegiado de este tipo de textos es el encuentro con el ‘otro’ y el lugar ‘otro’” (*De Orden Suprema* 102). Las guías estaban dirigidas a los visitantes que o no conocían la ciudad o la conocían mal, en ese proceso de encuentro se conformará la identidad de nuestro territorio.

Quiero aclarar que mi revisión es un panorama a vuelo de pájaro de ese mundo de guías que se publicaron con asiduidad durante los siglos XVIII y XIX en nuestro territorio. La aclaración es pertinente porque sería del todo imposible abarcar un corpus de las proporciones descritas por Alberto Lamadrid Lusarreta, quien registra 1459 fichas de guías, almanaques y calendarios existentes en la Biblioteca Nacional y que se publicaron entre los años de 1761 a 1912.

Estela Castillo analiza una de estas guías en su tesis de maestría, titulada “Guía de forasteros de México. Poemario del siglo XVIII novohispano”. Esta obra permaneció durante mucho tiempo en los archivos prohibidos por la Inquisición, porque lejos de describir los edificios y paseos de la ciudad hace un inventario de las prostitutas capitalinas, a quienes divide de acuerdo a su categoría; las nombra por sus apodos y da detalles de sus habilidades para el acto sexual. La consigno porque es una muestra de la capacidad del género para admitir una enorme diversidad de temas.

En el siglo XVIII a muy pocas personas se les concedía el privilegio para imprimir. Felipe de Zúñiga y Ontiveros obtiene un permiso y, junto con su hermano Cristóbal,

imprime una guía y un calendario en 1761.⁷⁷ La primera contenía el nombre de las personas que trabajaban en tribunales y juzgados, era por así decirlo un directorio gubernamental; la segunda, las fechas de celebraciones religiosas, las témporas y pronósticos relacionados con la astrología y gracias a los cuales se podían predecir fenómenos naturales y enfermedades. En 1778 se fusionaron guía y calendario bajo el nombre de *Calendario manual y guía de forasteros para el año de 1778*; fusión que permitía al lector informarse tanto del aspecto administrativo de la ciudad como de las predicciones astrológicas. Castillo señala que estas guías “se adaptan a las necesidades de los habitantes [...] y a las circunstancias” (67), por lo que con la llegada de la Independencia fueron el instrumento idóneo para describir aspectos curiosos del país que despertaran el instinto aventurero y comercial de los viajeros.

A partir de 1821 se abren los puertos a las naciones que desean establecer lazos comerciales con México. Esta apertura atrajo a inversionistas que buscaban la bonanza americana descrita por Humboldt en sus libros; el objetivo principal era dar a conocer al visitante la ciudad y mostrarle las posibilidades que tenía para transportarse al interior de la República. Por lo anterior, era indispensable incluir información sobre transportes, hospedaje, restaurantes.

González Stephan habla de dos concepciones sobre el hecho literario en el siglo XIX, ambas, desde mi punto de vista, se articularon en el género que me ocupa. En la primera, la literatura entre más reflejara lo popular era más nacional, tendría un fin

⁷⁷ Su imprenta se llamaba Imprenta Antuerpiana y después Imprenta Nueva Madrileña (Castillo 69).

“socialista”⁷⁸ y redimiría a los pueblos. La segunda, relegaba lo social e histórico y daba paso al elemento natural y geográfico. La propuesta “socialista” respondía al deseo de encauzar la sociedad americana hacia la civilización y consideraba al americano en estado bárbaro e irracional. La segunda explotaba la exhuberancia natural y virgen del continente, por lo que su objetivo fue construir la realidad a partir de esas características. Ambas concepciones se conjugan en calendarios, manuales y guías por su particularidad híbrida.

En 1812 Joaquín Fernández de Lizardi escribe *México por dentro o sea Guía de forasteros*. El poema se circunscribe a la literatura con finalidad socialista porque aparece la figura de un campesino, Fabio, al que el narrador le advierte sobre los peligros de la ciudad. Aquí el campesino, a manera de las guías españolas, es tratado como un inexperto que para ser librado de los peligros debe escuchar con atención los consejos de un ciudadano que conoce la ciudad al derecho y al revés. El método que el autor emplea no es el de la anécdota ejemplar o moralizante, sino versos sarcásticos con los que muestra los lugares y las personas que debe evitar el forastero a toda costa: “Al *callejón de la Danza* / no vayas si eres casado, / pues allí suele bailar / el honor con pie quebrado” (65) y al mismo tiempo describe, las costumbres, malas por supuesto, de los capitalinos: “Aquí robar con ganzúa / es oficio de villanos, / la gracia es robar con plumas, / naipes, romanos y vasos” (66).⁷⁹

⁷⁸ Aclaremos que este término se emplea para referirse al pueblo, y no tiene otras connotaciones ideológicas que adquirió a fines del siglo XIX.

⁷⁹ Ucelay Da Cal hace a Lizardi heredero de José Clavijo y Fajardo, quien bajo el seudónimo de *El Pensador*, publicó, en la segunda mitad del siglo XVIII, artículos “con un marcado propósito didáctico, social y progresista” (33). A partir de él, menciona la autora, surgirían numerosos pensadores no sólo en España sino en las colonias, siendo el más famoso Lizardi (32).

Isabel Quiñónez señala que *El Pensador Mexicano* además elaboró un pronóstico y cuatro calendarios. En el primero, a decir por el título, se burla de los pronósticos astrológicos comunes en los calendarios del siglo XVIII: *Pronóstico curioso en el que se miente alegremente a costa de las nubes y de la atmósfera; pero se habla la verdad en otras cosas, como lo verá el que lo comprare* (1816).⁸⁰

A partir de 1822 entran en escena impresores como Alejandro Valdés, Martín Rivera, Mariano Galván Rivera, José Mariano Ramírez Hermosa, José Mariano Rodríguez del Castillo, José María Salazar, Manuel Murguía, Ignacio Cumplido, Abraham López, José Mariano Lara, Antonio Rodríguez Galván y Vicente García Torres, por mencionar algunos. Los títulos con los que bautizan sus ediciones usan indistintamente términos como guía de forasteros, calendario, manual o almanaque, incluso los fusionan.

En busca de agradar al público y aumentar sus ventas, los calendarios incluyeron cada vez más información miscelánea, es decir en un mismo texto se articularon las concepciones socialista y natural o geográfica: poemas, pasajes históricos, anécdotas con fines pedagógicos y relatos de viaje e, incluso, agrega Solares Robles, llegaron a aparecer cuentos, novelas y crónicas. Según consigna Quiñónez, el público al que se dirigían estos manuales era amplio, pues abarcaba tanto a la “gente de saber” como a los iletrados. Lamadrid registra nombres como: *Calendario de las bonitas* (1850), *Calendario para las niñas* (1851), *Calendario de la risa* (1855), *Primer calendario nigromántico* (1855), *El extravagante. Primer calendario para 1855*, *Almanaque cómico, crítico, satírico y*

⁸⁰ Sus calendarios se publicaron en 1818, 1824 y 1825 y de ellos da cuenta Quiñónez.

burlesco para todas las épocas, hombres y países (1856), *Calendario de artes y oficios* (1857).

José Mariano Ramírez Hermosa destaca como editor de este tipo de libros. En sus ediciones enalteció el pasado prehispánico e incluyó grabados de símbolos nacionales como el águila devorando una serpiente. Excluyó de sus trabajos la presencia de pronósticos sobre el estado del tiempo porque, según él, eran bagatelas sin ningún fundamento científico. Sostenía que el educar al pueblo significaba transmitirle conocimientos útiles, por lo que Quiñonez lo llama: “educador, patriota, y un poco guía científico” (338).

En la década de 1840 la actividad editorial es impulsada por la llegada al país de máquinas, prensas, herramientas tipográficas (de origen europeo y estadounidense). Además se fundan los dos periódicos de mayor influencia en el siglo XIX: *El Siglo* (1841) y *El Monitor* (1844). Hacen su aparición calendarios de índole política, por ejemplo el *Calendario de Abraham López* de 1848 sobre el convulsionado panorama nacional. Cuatro años más tarde, bajo el mismo título, aparece el calendario donde se muestra un rechazo firme hacia la Constitución, considerada “parodia de la estadounidense”. En sus páginas aparece una imagen titulada “República Mexicana, 1852”, donde una mujer se cubre el rostro avergonzada, mientras es rodeada por personajes rebozantes y elegantemente vestidos y que a sus pies atesoran talegas de dinero.

Entre las guías de forasteros que se escribieron en el siglo XIX, a decir de Vicente Quirarte, destacan las de Juan Nepomuceno Almonte y la de Arróniz. Cada una ofrece una visión distinta de la ciudad, la diferencia de estilos, según este investigador, radica en que Almonte fue un político y el segundo un poeta. Sin embargo, a mi parecer, la diferencia

radica en que en el *Manual* aparecen crónicas de costumbres y de viajes y la otra se limita a describir el aparato administrativo, comercial y gubernamental del país.

Guía de forasteros de México y repertorio de conocimientos útiles fue impresa por Ignacio Cumplido, seis años antes de que fuera publicada la guía del poeta y cronista. La obra alcanzó tal crédito que el gobierno la utilizó para la consulta de datos estadísticos y comerciales a falta de una institución gubernamental que realizara esa tarea. En sus páginas aparecían los nombres de las personas que integraban los tres poderes de gobierno, así como de los gobernadores de cada estado. Además, información sobre las mercancías que llegaban a los puertos y las que se producían en nuestro territorio. Evidentemente está dirigida al hombre de Estado y al forastero que con fines comerciales y mercantiles visitaba el país. Almonte, según Quirarte, “había hecho un servicio invaluable al país al reunir materiales, ordenar y redactar su *Guía de forasteros*” (71), labor facilitada por el hecho de que el político presidía la Sociedad de Mejoras Materiales y Morales y la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Almonte describe la ciudad y su organización administrativa, comercial, social e itinerarios de viaje. En las litografías aparecen edificios emblemáticos de la ciudad, pero se excluye la presencia humana porque su finalidad no era el hablar del transeúnte común y corriente sino de la organización económica, social y política del país. De ahí que las litografías que acompañan a la guía no incluyen la presencia de persona alguna, sólo

reproducen fielmente el Colegio de Minería, el Palacio Nacional, la Catedral, la Colegiata de Guadalupe, el Gran Teatro de Santa Anna, el Teatro Nacional de Iturbide.⁸¹

Las guías de forasteros abrieron la posibilidad de hablar de la nación desde distintas perspectivas y autores como Arróniz eligieron su formato para pintarse a sí mismos desde la mixturación de discursos. Aprovechó la anécdota ejemplar, la información utilitaria y el relato de viaje para conformar su guía y al mismo tiempo incluir aquello que más le apasionaba que era la literatura.

A manera de resumen diré que el proyecto de mexicanización de la literatura nace de manera paralela a los proyectos de nación que en el ámbito político se discutieron en el siglo XIX. Los escritores que intervinieron acordaron de manera tácita hacerlo a través de un solo código, el español y un solo medio, la escritura. A partir de esta base, los poseedores de ese código y ese medio, es decir una comunidad muy reducida, crean sociedades literarias, revistas, periódicos, para crear una literatura propia con base en la descripción de elementos populares y exóticos que le dieran carácter e identidad al movimiento que ellos impulsaban. En consecuencia, la conformación de una literatura propia procedía sólo de esa comunidad letrada que de manera aparente incluye la heterogeneidad cultural de nuestro territorio. Parfraseando a Cornejo Polar, Arróniz y los pioneros de aquel proyecto escriben en el aire ante la falta de una base sólida que los precediera. Su escritura fue en ese sentido fundacional porque abrió brechas que fueron retomadas años más tarde por Altamirano.

⁸¹ La parte gráfica estuvo a cargo de Dolores Quesada, esposa de Almonte, y de J. Decaen. Este hizo la del Palacio de los Mascarones en la Ribera de San Cosme

Los acontecimientos bélicos en los que nuestro territorio se vio implicado y la percepción general de que era urgente crear un movimiento literario que naciera en estas tierras propició que los escritores promovieran la creación de asociaciones literarias e impresos para por medio de ellos la literatura adquiriera carácter y sello de origen. La comunidad letrada en México se echó a cuestras la ardua tarea de forjar patria por medio de la escritura y de estrategias discursivas que o intentaron describir el país fielmente o ficcionalizaron sus descripciones en busca de crear objetos ya no sólo verosímiles sino bellos estéticamente. La mejor idea que pudo tener Arróniz es hacerlo por medio de una guía de forasteros, que gracias a su carácter híbrido y la herencia hispana, supo mezclar los dos principales objetivos de la literatura, discutidos ampliamente en mares y mares de tinta, el dar placer y divertir y el educar por medio de la anécdota ejemplar. Ambos propósitos, me parece, se configuran como las dos propuestas en las que se circunscribe la producción literaria decimonónica.

CAPÍTULO 3

MANUAL DEL VIAJERO EN MÉXICO: LA NACIÓN Y EL VIAJE

La comunidad imaginada, como la llama Anderson, es descrita por Arróniz a través de un “Nosotros”, que define tanto al narrador y /o autor, como a la comunidad de letrados que a mediados del siglo XIX vieron en la literatura el elemento idóneo para fundar la nación. El objetivo de este capítulo es mostrar las piezas que Arróniz utilizó para armar una imagen de país que siempre tuvo en mente la mirada ajena. Este acto de representación nacional implicó homologar lenguajes, religiones, razas, costumbres, en función de proyectar una imagen sólida, monolítica y sobre todo dejar claro que México era un país joven y por tanto aún en gestación.

Arróniz fue un letrado profundamente católico, que amaba sobre todas las cosas a la literatura y a su país; el género de la literatura de viajes le proporciona la oportunidad de configurar su imagen de nación a través de la mixturación de discursos. Gracias a esta característica, la historia y la literatura comparten fronteras que continuamente se tocan a lo largo de la obra. El *Manual* ensaya a través del pasado, presente y futuro y, también, a través de dos espacios, la ciudad y el campo una imagen de México. Del pasado rescata un origen prehispánico glorioso, habitado de edificios magníficos, enmarcados por una portentosa y virginal naturaleza; en el presente, la descripción de la “Ciudad Moderna”, donde residía el poder político, religioso y cultural de la época y en el futuro un anhelo cifrado en la esperanza de que México alcanzaría en algún momento a países tan civilizados como Francia e Inglaterra. Su discurso parte del centro a la periferia, es decir parte de la visión de un intelectual que desde muy joven abandona su natal San Miguel El Grande,

Guanajuato, y se instala en la capital del país desde donde pica piedra en lo tocante al proyecto de mexicanizar la literatura. La ciudad de México se convierte en el espacio que acuna a la comunidad letrada y todo lo demás es campo o paisaje, único espacio al cual se le describe con atributos paradisiacos y edénicos. En él habitan los prodigios naturales y las antiguas ciudades indígenas ya en ruinas. Espacios en los que Arróniz también hace una representación moral del país. Es decir, la ciudad cobija a sociedades hipócritas y ambiciosas; mientras que en el campo se hace presente el poder divino a través de la naturaleza.

Arróniz resuelve la dificultad que implicaba describir la heterogeneidad cultural, racial y lingüística de la nación, a través de la generalización. Es decir, para restarle complejidad al asunto buscó conceptos que aglutinaran lo diverso, por ejemplo sólo tomó en cuenta las manifestaciones literarias en español y por escrito y redujo la heterogeneidad cultural al criollo y a tipos populares como la china y el rancharo, producto de la mezcla entre españoles e indígenas. Lo demás lo adaptó a esos modelos o simplemente no lo incluyó como parte de la nación ni de su literatura. Prueba de ello es que Arróniz si bien ve en los poemas de Nezahualcóyotl las primeras manifestaciones literarias de nuestro territorio, sólo las toma en cuenta porque fueron traducidas al español y porque fueron rescatadas del olvido a través de la escritura.

En una especie de resumen de lo que he explicado en páginas previas, me gustaría enfatizar los siguientes puntos, para después abocarme al análisis del *Manual*. 1848 fue un año crucial para México y su comunidad letrada porque ante sus ojos el país sufrió los estragos de guerra ante Estados Unidos y perdió más de la mitad de su territorio. El reto que

la generación de Arróniz se echó a cuestras fue fundar la nación y la literatura, pues ambas prácticamente estaban en ruinas.

Arróniz en 1849 viaja a Europa, en un destierro que él llamó voluntario. El exilio representó sin duda un quiebre, pues le hizo tomar conciencia del papel que la literatura y la juventud jugaban en la conformación de una nación que, a mediados del siglo XIX, estaba aún en ciernes. El viaje fue breve, pero la cosecha provechosa. A su regreso a México promueve, junto con su generación, la fundación de asociaciones literarias y escribe un poema donde hace alusión a ese Nosotros colectivo, que enuncia en la voz narrativa a la que hice referencia. El poema se titula “Composición” y fue leído durante la inauguración del Liceo Artístico Mexicano”:

Consagramos con pompa un templo hermoso

En esta noche a las sublimes artes:

¡Mexicanos! Venid de todas partes

A tributarles culto religioso. (65-6)

Su propósito principal fue darle una fisonomía al país por medio de lo que los integrantes de esa comunidad de letrados sabía hacer mejor, que era escribir. Arróniz cifró en la literatura todas sus esperanzas, pues pensaba que era la disciplina por la cual no se le podía regatear al país su ingreso a los países más cultos y adelantados.

Los puntos que analizaré en este apartado son los siguientes. Inicio mi exploración con el esbozo literario del *Manual*; en segundo término escribo sobre las lecturas previas de Arróniz que al combinarse con sus observaciones personales, no tan sólo *reproducen* sino

que *producen* un nuevo discurso. Arróniz crea la imagen de nación gracias a las fuentes que consulta para elaborar su guía, lo curioso es que retoma información de libros de viaje que levantaron mucha ámpula porque difundieron una imagen negativa del país. El análisis de esas referencias cruzadas me permitirá conocer cómo el autor articula la imagen de nación que ofrece en el *Manual*. Otro punto al que me avocaré es al discurso civilizatorio, basado en la descripción de la ciudad como el punto geográfico desde el cual se irradiaba la cultura del centro a la periferia y como el espacio que cobijó a la comunidad letrada, yo diría la más autorizada para dictar el rumbo de la política y las letras nacionales. El siguiente paso será analizar el capítulo dedicado a los trajes, usos y costumbres de los habitantes, pues su descripción se convierte en parte fundamental de la fisonomía de un país que buscaba definirse a sí mismo y rescatar aquello que se pensaba podía perderse. Otro punto fundamental es el elemento popular al que se le hizo representante de la nación y que tuvo en la china y el rancharo sus ejemplos más comunes. Mi propósito es mostrar el porqué de esa elección. En último lugar, analizo al paisaje como el espacio donde prevalece el discurso romántico sobre la naturaleza americana. La periferia se reviste de exotismo, ya sea que haga referencia a las obras de la naturaleza o a las ruinas de antiguas ciudades y con ambas conforma un repertorio de imágenes enunciadas por otros viajeros, pero que se complementan con las expediciones que el propio Arróniz realizó a lo largo de su existencia. Su afición por la espeleología, la arqueología y en sí el viaje mismo permitieron al lector conocer la geografía mexicana desde por lo menos dos diferentes visiones: la científica y la poética o literaria.

En síntesis, este capítulo analiza el esbozo literario, las fuentes, el discurso civilizatorio, la crónica de costumbres, el elemento popular y el paisaje; a través de este

recorrido espero demostrar que Arróniz fue pionero en el afán por hacer del discurso literario el compendio de los elementos representativos de la nación, producto de una comunidad letrada que asume la responsabilidad de fundar al país por medio de la escritura.

3.1 El *Manual* y el esbozo literario

El *Manual* fue publicado en París en 1858 por la Librería de Rosa y Bouret; la obra consta de seis capítulos: “Méjico Antigua”, “Ciudad moderna”, “Trajes, usos y costumbres”, “Literatura”, “Valle de México” y “Curiosidades de la República”. Cuatro de ellos se ocupan de la ciudad y los dos restantes describen al espacio que queda fuera de la urbe, al que se le identifica como campo o paisaje.

En el *Manual* Arróniz hace una selección de autores con la que elabora el capítulo de su guía titulado “Literatura”. Mi exploración parte de la inquietud por conocer cómo se construye a mediados del siglo XIX la literatura nacional, a través de un proyecto previamente diseñado, que presumo sustentaba Arróniz. En específico, me interesa conocer el esquema de periodización que empleó para elaborar su capítulo y los elementos con que llenó los vacíos o fracturas para proyectar una imagen de literatura nacional homogénea, acorde con las características de la comunidad letrada a la cual él pertenecía.

El panorama de la literatura mexicana incluido en el *Manual* ha hecho decir a Vicente Quirarte lo siguiente:

[...] el usuario de su guía de forasteros se entera de los horarios de los omnibuses, los domicilios de los cafés y los baños para caballos, pero también de quiénes son los escritores que contribuyen a la identidad de la urbe [...] Por su doble condición de actor y testigo, resulta más que elocuente el mapa literario que Arróniz traza de su momento. (87-8)

Quirarte atribuye la doble condición a mi autor porque, como ya expliqué, no fue un testigo pasivo del movimiento literario; al contrario, desde su llegada a la capital escribe poesía, crítica literaria y teatral, artículos sobre fotografía, música y algunas crónicas de viaje. En 1856 se da a la tarea de escribir tres obras con un marcado afán nacionalista: *Cronología*, *Biografía* y el *Manual*. Éste, como ya lo mencioné, es el más logrado y el que lo configura de una manera más contundente como pionero del proyecto de mexicanización de la literatura, pues describe a esta disciplina como el elemento constante en todas las etapas históricas del país; es decir, la literatura ocupa un lugar central en la fundación de la nación.

González Stephan menciona que en el siglo XIX urgía una literatura que representara “los valores de la ‘nacionalidad’, que asegurase culturalmente la expresión del proyecto político nacional.” (168) En los territorios liberados, los grupos políticos advierten el poder de la palabra escrita “para dar carácter a una nación”. La escritura de historias literarias nacionales desempeñó una función estratégica, pues su proceso de escritura implicaba: “tomar una serie de decisiones y dar respuesta en torno a qué pasado elegir; dónde fundar el origen; cómo marcar las etapas, qué obras seleccionar; en base a qué criterios determinar las obras propiamente nacionales.” (130-31) En las líneas siguientes intentaré responder a estas preguntas.

Jaime E. Rodríguez O. llama periodización tradicional a la división que respeta la “historia oficial” y que “se ha ocupado de crear un mito nacional” (147)⁸². Rodríguez hace

⁸² Este autor cuestiona que existan “verdaderas líneas divisorias entre los periodos tradicionales.” (147)

esta propuesta: 1521 a 1810, época colonial; 1810 a 1821, Independencia y 1821 en adelante periodo nacional. Arróniz agrega una variante: coloca el origen de la literatura mexicana en la época prehispánica y en específico en Nezahualcōyotl,⁸³ para demostrar que la literatura no nacía ni en la Colonia ni con el movimiento independentista, sino que provenía de una raíz milenaria que sólo podía ser conferida por la herencia prehispánica. El periodo colonial incluso, fue objeto, hasta antes de mediados del siglo XIX, de rechazo y poco a poco fue incorporado como parte de la literatura nacional.⁸⁴ El periodo independiente fue visto por algunos como el inicio literario del país, pero Arróniz, a quien siempre le atrajo el estudio de las culturas prehispánicas y le apasionaba la poesía, ve en el rey poeta al personaje que inicia la tradición literaria de nuestro país.

El esquema de periodización de Arróniz es a grandes rasgos el siguiente: época prehispánica, colonial, independiente y nacional. Sin embargo, se caracteriza por un sinnúmero de ambigüedades propias de las generaciones que emprenden “una tarea experimental fundadora” (González Stephan 167), donde el discurso de las historias literarias estaba aún por construirse.

Es elocuente la selección que Arróniz realiza para elaborar el esbozo literario que me ocupa. Si damos un repaso por las figuras que selecciona, su intención es dar la impresión de que todos ellos sustentan valores religiosos y sociales propios de la cultura

⁸³ Ver en González Stephan el capítulo “La historiografía literaria en Hispanoamérica”, donde advierte que en el siglo XVIII nace una nueva conciencia histórica que estudia a la realidad americana “con un sentido más ‘positivo’” y que provenía de los “blancos criollos”: “un mundo que de ‘nuevo’ tenía poco, y que su existencia no se la debía a los europeos, sino que era una realidad con una cultura, una sociedad y una historia milenaria y compleja, a despecho de la naturaleza ahistórica que muchos le adjudicaban.” (92)

⁸⁴ De este problema da cuenta Antonio Cornejo Polar en “La nacionalización de la herencia colonial”, capítulo de su libro *La formación de la tradición literaria* (1989).

europea, es decir define a la comunidad letrada a la cual él pertenece y que está unida por su práctica profesional e intereses comunes. Dentro de su selección encontramos a un rey indígena, Nezahualcóyotl; a mestizos letrados como Fernando Alva Ixtlilxóchitl y Hernando Alvarado Tezozomoc; a estudiosos criollos como Francisco Javier Clavijero, Mariano Fernández de Echeverría y Veytia y Antonio de Gama, quienes reivindican “una tradición de estudio del pasado indio de México” (Branding 500); a los que celebran las glorias del ejército trigarante como Francisco Manuel Sánchez de Tagle y Andrés Quintana Roo; a las figuras más descollantes de la Academia de Letrán: Guillermo Prieto, Manuel Payno y a los jóvenes escritores reunidos en el Liceo Hidalgo como Fernando Granados Maldonado, Francisco González Bocanegra, el propio Marcos Arróniz, Francisco Zarco, Luis G. Ortiz, José Tomás de Cuéllar, entre otros.

En la época prehispánica Arróniz halla elementos indisputables para la formación de una poesía propia. Resalta la majestuosidad de la ciudad y de los palacios de Moctezuma, pero los sacrificios humanos le parecen símbolo de barbarie: “los aztecas [...] sacrificaban como unas veinte mil víctimas cada año en las aras del templo dedicado a Huitzilopochtli.” (180) Resume en la figura de Nezahualcóyotl la civilidad y adelanto de la cultura indígena por dos simples razones: porque este poeta texcocano despreciaba los sacrificios humanos y porque rendía culto a un solo Dios.⁸⁵ El alto concepto que Arróniz tuvo de la poesía, lo hace decir que el poeta trata con sentimientos y valores propios de un mundo civilizado.

⁸⁵ La tesis de que el monarca texcocano veneraba a un único Dios proviene de Ixtlilxóchitl. (Branding 311)

Al hablar de los poemas de Nezahualcóyotl, culpa la escasez de las muestras a la ignorancia de la escritura de las tribus asentadas en la mesa central del Anáhuac, dice:

La causa de su destrucción debe atribuirse en gran medida a la ignorancia de la escritura entre aquellas tribus, que, aunque pudiérase suplir aquella falta con los jeroglíficos de que hacían un uso constante, no son bastantes por sí solos a ese objeto por lo limitado, voluminoso y oscuro de sus signos. (178)

Esta declaración abre por lo menos dos posibilidades de análisis. La propuesta por Ángel Rama en *La ciudad letrada* y la de Cornejo Polar en *La formación de la tradición literaria en el Perú*. Desde la perspectiva de Rama la letra escrita y que se ciñe a la norma peninsular es la que proporciona a quien la posee una posición privilegiada; Arróniz habla desde este status cuando remarca “la ignorancia de la escritura” como causante de la pérdida, aunque agrega otro elemento a saber: la mano destructora de los conquistadores. Rama además agrega que el papel se convierte en el Lugar donde debe residir la escritura. En ambas acciones se trata de conservar el orden de los signos, tarea de la ciudad letrada que: “aspira a la fijeza semántica y acompaña la exclusiva de sus canales de circulación.” (51) Esto ya queda abiertamente explícito cuando Arróniz señala que archivos, crónicas, documentos y cantos (transcritos en papel) “fueron reunidos en el mercado de Tlatelolco y [...] reducidos a cenizas.” (179) La desaparición de los documentos que fijaban la oralidad por medio de la escritura es visto como sinónimo de destrucción, reafirmando de esta manera la hegemonía de la escritura sobre la oralidad, pues ésta, dice Rama, es vista como un terreno movedizo e inseguro: “Fue la distancia entre la letra rígida y la fluida palabra hablada, que hizo de la *ciudad letrada* una *ciudad escrituraria*, resevada a una estricta minoría.” (43) La acción de incluir y descalificar la tradición poética y la cultura en la que

se produjo la poesía de Nezahualcōyotl, habla de la intención de Arróniz por configurar la historia de la literatura nacional e “incluir al otro, siquiera en parte y azarosamente, en un discurso que quiere ser representativo de la nación.” (Cornejo Polar 158)⁸⁶ Este acto incluyente oculta el deseo por homogeneizar la cultura en nombre del orden: de una sola lengua, religión y por medio de un solo canal de circulación: la escritura y el papel.⁸⁷

Cornejo Polar analiza el afán por conferir a la literatura nacional un carácter unitario, ya que obliga a “anular la peculiaridad de las diferencias para hacerlas compatibles con la unidad de un sistema diseñado a partir de un solo eje y en función del criterio de homogeneidad.” (184) El hecho de señalar a la literatura indígena prehispánica como el origen de la literatura nacional le confiere profundidad histórica al proceso; sin embargo, “mantuvo su limitación fundamental: la de conceder exclusividad a la literatura escrita en español.” (181) En *Escribir en el aire* este autor dice que no se acepta la heterogeneidad porque creemos que lo legítimo es la imagen monolítica fuerte e inmodificable.

Arróniz cierra su visita por la época prehispánica con la frase siguiente: “No habiendo nada más que cosechar de datos y noticias de aquella oscura época, nuestra permanencia entre aquellos pueblos sería infecunda y perezosa...” (181) Visión en la que lo indígena aparece como una tradición cancelada; que contrasta con el carácter celebratorio del principio, donde hace hincapié en las dos herramientas que contribuían a la formación

⁸⁶ Branding menciona que: “La prueba definitiva de la civilización del Anáhuac era la carrera y filosofía de Nezahualcōyotl, monarca a quien Torquemada e Ixtlilxōchitl habían comparado una vez con el rey David.” (494)

⁸⁷ Cornejo Polar en *Escribir en el aire* menciona que los mecanismos que conforman la literatura latinoamericana son la oralidad y la escritura; señala que existen interacciones entre estos dos mecanismos y en Latinoamérica estas son mucho más complejas, pues la élite letrada escribe en español, lo que provoca la mutilación de sus vínculos con la oralidad.

de una poesía propia: la “virgen natura, y la avanzada civilización de los pueblos en ella establecida.” (177) González Stephan juzga que a las nuevas naciones tampoco les “convenía demasiado reconocerse en el pasado indígena prehispánico. La modernidad no congeniaba con identidades no occidentales” (126) y como la intención de Arróniz al elaborar el *Manual* era demostrar: “que no hemos permanecido estacionarios en la marcha civilizadora del espíritu humano y contamos con literatos y poetas de reconocido y elevado mérito” (7), debía quedar bien asentado que esa etapa había quedado atrás. Su acto de recuperación busca, como ya lo dije, darle profundidad histórica al proceso de construcción de la literatura nacional.

La mirada que lanza hacia el periodo de la Conquista y de la Colonia está llena de contradicciones. A la primera la juzga por la violencia, el fanatismo religioso y la destrucción de los vestigios indígenas; la celebra porque trajo al territorio recién conquistado “rayos de instrucción y adelanto” como la “enseñanza de las lenguas sabias y las ciencias.” (184) De la etapa colonial refuta la imagen negativa de los indígenas que difundieron William Robertson, Guillaume-Thomas Raynal y Corneille de Pauw. Aunque en reiteradas ocasiones emplea adjetivos que dejan en desventaja al indígena, por ejemplo: “sangrientos e inmundos teocallis”; además agrega que a pesar de la esmerada labor educativa de los frailes no lograron “poner estas regiones al nivel del movimiento europeo.” (185) Habría que preguntarse si con sus juicios hacia los indígenas Arróniz no contribuía a propagar la visión de estos viajeros e historiadores europeos.

El hecho a destacar es que los filtros por los cuales se conoce lo prehispánico provienen de dos indígenas en vías de transculturación, que escriben en castellano y en náhuatl. Arróniz parte de Ixtlilxóchitl y Tezozómoc, uno representa la nobleza indígena

texcocana y el otro la azteca.⁸⁸ Las elecciones de estos dos personajes las justifica porque se ocupan de pueblos que mantienen una superioridad relativa sobre los otros; por ejemplo de Ixtlilxóchitl apunta: “Él nos presenta un cuadro completo del pueblo más civilizado de Anáhuac.” (182) Respecto a Tezozómoc menciona la excelencia de la raza azteca, que poseía “las mejores historias, los mejores poemas, los mejores códigos de leyes, el más puro dialecto” (183) pero, todo esto se perdía por su “mitología sangrienta [que] era una barrera invencible para su perfección en la ciencia del gobierno, en el idioma, en la moral y en la religión.” (183) Es decir, un juicio moral y religioso desvirtuaba el mérito artístico de la cultura indígena.

Reconocer la etapa colonial implicaba darle validez a la secuencia entre etapa prehispánica y Colonia. Arróniz, paradójicamente, reforzará la secuencia, por un lado al elegir a Clavijero, Veytia y Gama, quienes con sus obras refutaron la imagen de barbarie del indígena de la Nueva España; y, por el otro lado, con los méritos literarios de Juan Ruiz de Alarcón, Sor Juana Inés de la Cruz y Carlos de Sigüenza y Góngora. Menciona que fuera de estas tres figuras la Nueva España sólo imitaba lo que pasaba en la península:

⁸⁸ José María Muriá señala cómo los europeos y, en este caso, los aculturados, emplearon términos propios para describir la cultura y organización política indígena. Ixtlilxóchil en su afán por dignificar a su pueblo en su *Historia chichimeca* conceptualiza el mundo indígena empleando más conceptos feudales que el mismo Tezozómoc. Rama (2004) prefiere el término de transculturación porque expresa mejor las diferentes fases del proceso transitivo de una cultura a otra, porque este no consiste solamente en adquirir una cultura, que es lo que en rigor indica la voz anglo-americana *aculturación*, sino que el proceso implica también necesariamente la pérdida o desarraigo de una cultura precedente, lo que pudiera decirse una parcial desculturación, y, además significa la consiguiente de nuevos fenómenos culturales que pudieran denominarse *neoculturación*.” (33) Este concepto rechaza el papel pasivo que se le adjudica a “la cultura propia [...] que recibe el impacto externo que habrá de modificarla” (33) y señala una relación dialógica que trueca esa imagen de pasividad por una dinámica y creativa.

[...] época [en la que] no producía nada notable en literatura. [...] Si esto acontecía en la metrópoli ¿qué había de suceder en la colonia? La esclava no hacía más que seguir a su señora, y naturalmente los pasos de aquella eran más torpes, los adornos más groseros, la voz más hueca. (196)

España seguía siendo vista como la principal fuente de inspiración para los artistas mexicanos, por ejemplo dice: “Esto es cuanto más notable cuanto que su imaginación [de Sor Juana] de fuego y sensibilidad exquisita debió exaltarse sin duda con la lectura de las piezas de los grandes dramáticos españoles.” (191)

Reconoce la herencia hispánica, que desciende directamente de los poetas de los Siglos de Oro: Garcilaso de la Vega, Fray Luis de León, Fernando de Herrera, Francisco de Rioja, Lope de Vega; de dramaturgos como Pedro Calderón de la Barca, Tirso de Molina y Agustín Moreto y de novelistas como Miguel de Cervantes Saavedra. Aunque llega a mencionar la influencia de poetas europeos como Byron, Young, Petrarca y Virgilio, es mínima en comparación de la hispánica.

Arróniz en su intento por describir la continuidad histórica de la literatura nacional, realiza una triple operación: rescata aunque sea de manera retórica, la poesía de Nezahualcóyotl; considera a Ruiz de Alarcón, Sor Juana y Sigüenza y Góngora como la herencia colonial a las letras mexicanas y coloca a la tradición hispánica de los Siglos de Oro como la principal fuente de inspiración de los mexicanos.

El movimiento de Independencia lo describe como: “un ruido sordo e inusitado” que ahuyenta a las musas; “los hombres creen indigno empuñar la lira, cuando deben conquistar una patria por medio de las armas.” (200) El panorama que muestra a partir de la llamada etapa independiente está marcado por periodos de relativa productividad literaria,

pues ésta se ve interrumpida por las carreras políticas de los escritores y por el convulsionado ambiente político del país. No obstante, los pocos que se dedicaron a las letras lo hicieron para celebrar “las glorias de las armas nacionales con acentos sobrios, castizos y elegantes” (200) que devuelven a la literatura al “dominio del buen gusto” (200). El año de 1821 fue para las letras mexicanas, la llegada de una “aurora risueña” (200); “el triunfo de la libertad contra la esclavitud” (200) y las etapas subsecuentes son vistas como parte de “un proceso evolutivo”: “Más tarde se escuchan algunos acentos de esperanza; son más firmes y seguros...” (202), agrega. En el periodo de la reorganización del gobierno las letras vuelven a paralizarse y a instalarse en un “ocio vergonzoso” (202).

En suma, la periodización literaria y el paso de una etapa a otra sí se muestran como cortes abruptos: “Tagle, feliz imitador en la osadía y pureza de Herrera, lanza su robusto canto [pero] es apagado por un ruido sordo e inusitado. El cañón de los independientes...” (199-200) Sin embargo, no presenta un corte tajante con lo hispánico, sino que reconoce su herencia aún en dramaturgos como Ignacio Rodríguez Galván: “se nota el estudio cuidadoso que había hecho del antiguo teatro español.” (206) En la gestación de la literatura nacional, a decir de Arróniz, la herencia española estuvo muy presente.

Para describirnos el paso a la etapa nacional Arróniz se centra en la Academia de Letrán y el Liceo Hidalgo. Ambas las ve como semilleros de los que salieron Guillermo Prieto, Fernando Calderón y Beltrán, Ignacio Rodríguez Galván, Manuel Payno, Agustín A. Franco y Carrasquedo, Rafael Roa Bárcena, José María Esteva, Villaseñor (probablemente Clemente 1830-1879), José María Vigil, Fernando Granados Maldonado, Francisco

González Bocanegra, el mismo Marcos Arróniz, Francisco Zarco y Luis G. Ortiz, por mencionar algunos.

Dentro de este panorama, Arróniz da un espacio a la revista *Presente*, en la que, como vimos en páginas previas, publicó sus primeros poemas. Dedicó un breve comentario a *Fidel*, Zarco, González Bocanegra; cierra su recuento con el desarrollo de la novela en México, representada en la obra de Florencio M. del Castillo. Asegura que el desarrollo de este género literario está muy lejos de alcanzar el de la poesía y remarca el carácter sentimental de novelas como *Horas de tristeza* y *Hermana de los Ángeles*. Establece la secuencia del desarrollo de la prosa poniendo ante Castillo la labor de los artículos costumbristas de Zarco y *Fidel*. Asegura que Zarco es heredero de Mariano José de Larra y apunta: “con su risa hiela de vergüenza a la sociedad; con su mirada magnetiza a los tipos sociales, sobre quienes se fija y les hace confesar sus ridiculeces a su antojo” (213) y al segundo por su: “locuacidad burlona y su exuberancia festiva.” (213)

Arróniz cierra el capítulo con las siguientes palabras: “Hemos hecho una reseña de nuestra literatura: hemos emitido nuestro juicio sobre nuestros más conocidos literatos...” (215) Une en las últimas líneas la figura del autor y el narrador porque se dice incapaz de dar un juicio objetivo y completo de las letras nacionales, por estar él mismo envuelto en ese “movimiento literario de nuestra patria.” (215)

En conclusión, Arróniz en su esbozo literario responde a las preguntas que guiaban a los autores de historias literarias en el siglo XIX: en principio, elige el origen prehispánico como punto de arranque de la poesía mexicana y ofrece un panorama del desarrollo de las letras patrias, donde cada proceso histórico determina la manera en la que se escribe. Por ejemplo, en la Colonia, nuestro territorio se mantuvo aislado del resto del

mundo, lo que provocó que las letras se estancaran y sólo imitaran lo que pasaba en España; mientras que en la etapa independentista los poetas se ocuparon en cantar las glorias de las batallas y los héroes; mientras que en el periodo nacional la literatura debía crear una identidad basada en la descripción de costumbres, paisajes y episodios históricos. Labor que partía de asociaciones literarias, revistas, artículos costumbristas y una naciente novela, en la que apenas incursionaban escritores como Florencio M. del Castillo.

El esbozo adquiere importancia porque intenta conformar una tradición literaria mexicana que se nutre de lo que en aquellos momentos se consideraba representativo de lo indígena; además rescata, en contra de la prescripción política contra la colonia, a Sor Juana, Sigüenza y Góngora y Alarcón. Comparte con Zarco la idea de que la literatura debía enaltecer las virtudes del ser humano y, por tanto, las de la época en la cual se producía. Al extraer de cada una de las etapas una muestra de sus manifestaciones literarias reafirma su apuesta por ver en ellas la prueba fehaciente del grado de civilización alcanzado en nuestro territorio. Aunque es evidente la preferencia de Arróniz por la poesía, no por ello deja de mencionar a escritores que incursionan en la prosa. En suma, en este capítulo Arróniz describe a la literatura de mediados de siglo como el crisol en el que se depositaba el mayor grado de civilización alcanzado por la comunidad letrada de su tiempo.

3.2 Imagen de nación: un caleidoscopio viajero

Pocos libros logran reunir una cantidad tan rica y variada de fuentes como lo hace el *Manual*. Lo curioso es que Arróniz no sólo se limita a la cita o referencia de autores mexicanos, sino que toma ideas y pasajes de obras en inglés y francés que en el siglo XIX fueron objeto de polémicas encarnizadas por difundir una imagen muy negativa del

país. Arróniz amalgama ambas visiones y crea la suya. Esto habla de la amplia cultura del autor y también de la curiosidad del erudito, quien sabía que una visión extranjera del país podía enriquecer la imagen del mismo. Además, muestra cómo el *Manual* respeta la convención del relato de viaje al tejer su discurso con el de otros viajeros, de ahí el título de este apartado.

La presencia del narrador del *Manual* se desdibuja cuando éste, en busca de reforzar la objetividad, cede la palabra a otras voces. En su introducción Arróniz enfatiza la confiabilidad, oportunidad y novedad de las fuentes en las que se basó para escribir parte de su obra:

Nos hemos servido en nuestros trabajos de obras notables dadas a luz recientemente, del Diccionario publicado por el señor Escalante, de varias publicaciones periódicas; reuniendo elementos dispersos; reforzándolos con propias noticias y observaciones; escribiendo cosas enteramente originales y a veces copiando algunas noticias importantes, o presentándolas en extracto, aunque siempre derivadas de autores dignos del mayor crédito y renombre. (6)

Esta necesidad de legitimar su discurso a través de otros autores es parte del esquema extratextual que autoriza la obra y se basa en “testigos de vista” de lo acontecido. Manuel Alberca llama a estas tensiones discursivas “expectativa de veracidad” y explica que la referencialidad no está amenazada por las dudas que pueda tener el lector y las probables mentiras u omisiones del autor, sino que refuerzan la “expectativa de veracidad”, que no es más que la tensión entre el autor y el lector, el temor porque el primero no cumpla con el compromiso de veracidad. La “expectativa de veracidad” es la búsqueda y el deseo de alcanzar la verdad. Se entiende que en una guía de forasteros como el *Manual* era

imprescindible enfatizar que todas las informaciones estaban respaldadas por autores y obras de primera mano.

A lo largo del *Manual* el narrador dialoga continuamente con historiadores, viajeros extranjeros y nacionales y escritores de costumbres. La forma de citarlos varía: desde la referencia expresa, señalada por rigurosas comillas, hasta las que cita sin declarar su procedencia. En el primer caso se encuentran Bernal Díaz del Castillo, Hernán Cortés, Luis de la Rosa Oteiza, Alejandro Arango y Escandón y John Stephens. Estos autores son cronistas, periodistas, políticos, arqueólogos, unidos por una característica particular: son testigos oculares de los acontecimientos que narran o lugares que describen. Virtud por la cual Susana Rotker afirma que establecen un diálogo con lo inmediato e interrogan a su subjetividad (*Crónicas* 18). Arróniz a lo largo de su guía elige a los viajeros más ilustrados como garantes de que la patria merece ser visitada y estudiada para que deje de ser considerada “como un desierto estéril, y a sus habitantes casi al nivel de las tribus bárbaras de la frontera.” (292)

En específico, en la obra se pueden hallar fragmentos de *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España* y *Cartas de relación* de Díaz del Castillo y Cortés, respectivamente; además de otras fuentes que reúne bajo el nombre de: “historiadores que han tratado de la fundación de *Tenochtitlan*” (8) y de las que presenta extractos.⁸⁹

⁸⁹ Sin embargo, su manejo de las citas entrecorilladas es un tanto caótico, sobre todo en el capítulo “Méjico Antigua”, lo que confiere a ese apartado el carácter de borrador. Hay que recordar que *Manual* junto con *Biografía* y *Cronología* fueron redactados durante los años más amargos de la vida de nuestro poeta. En 1856 es encarcelado y redacta en reclusión parte de *Cronología*; *Manual*, aunque posterior, pertenece a la etapa donde Arróniz ya no recibía ningún ingreso como militar y el grupo conservador al que pertenecía había abandonado el poder.

El narrador confiere a Bernal Díaz del Castillo su confianza con estas palabras: “Estas noticias sobre el armamento azteca nos las da un testigo ocular, el sincero Bernal Díaz del Castillo.” (22) Un testigo ocular o “testigo de vista”, es definido por Depetris como el que sustenta su relato en el ejercicio de la observación y en la experimentación; papel con el que cumple el cronista español, y que se refuerza al tomar en cuenta el calificativo “sincero” que antecede a su nombre.

En el siglo XVIII y principios del XIX el “testigo de vista” cumplía con una función primordial en los diarios cartográficos, pues las personas encargadas de realizarlos debían registrar todo lo observado directamente en el papel, “y sin a priori lo que aparece y se ve” (Depetris 23). Los cronistas españoles que he aludido no redactaron diarios cartográficos, pero representan las primeras visiones de un mundo que se desplegaba ante sus ojos como lo Otro. Sus escritos fueron las fuentes principales de aquellos que se ocuparon del mundo indígena a mediados del siglo XIX, época en la que el estudio de lo prehispánico era aún muy incipiente.

La referencia a personajes que describieron el paisaje nacional, tiene en Luis de la Rosa uno de los ejemplos más ilustres; escritor que compartió con Arróniz su preocupación por la conformación de una literatura nacional. En *El Ateneo Mexicano* de la Rosa publicó “Utilidad de la literatura en México”, texto donde asegura: “En donde no hay patria, señores, no hay verdadera poesía”. (388)⁹⁰ Arróniz cita casi completos dos de sus mejores artículos: “El desierto de Cuajimalpa” y “El aguacero de Zapopan”.⁹¹

⁹⁰ En la presentación del tomo I de las Obras de Luis de la Rosa, Miguel Ángel Castro hace referencia a este artículo que se publicó también en *El Siglo* en 1844. Castro además da cuenta de tres

La transcripción no es completa porque nuestro cronista suprime y edita parte del contenido. En “El desierto de Cuajimalpa” omite la frase “Entre ellos se ve un jacal o choza, donde habita una pobre familia que cuida aquellas ruinas” (430) La frase pasaría desapercibida, pero como el *Manual* se dirige principalmente al viajero extranjero, adquiere sentido la intención del autor por desaparecer deliberadamente las líneas donde se alude a la pobreza en la que vivían algunos sectores en México.

En “El aguacero de Zapopan”, el poeta guanajuatense cambia palabras, las ordena de otra manera para sacarles la mayor musicalidad y suprime deliberadamente frases completas. Por ejemplo, de la Rosa escribe: “Todo pasa por una mágica transformación”, Arróniz enmienda: “En todo esto hay una hermosa transformación.” De la Rosa refiere: “parece entonces una reunión de prismas, o de estalactitas de nitro, formada por la destilación entre una gruta”, Arróniz dice: “Entonces el Aguacero parece un conjunto de prismas y estalactitas formadas por la destilación entre una gruta”. (286) De la Rosa escribe “las gotas que chispean son como perlas, las arenillas brillan como diamantes”. (278) Arróniz dice: “El agua se esparce como aljófara, las arenillas brillan como unas chispas de diamante”. (286-7) Aunque puede parecer ocioso señalar las sutiles correcciones de Arróniz, es preciso apuntar el cuidado del cronista a la hora de seleccionar los textos para describir el paisaje nacional. Rectifica una imagen y al mismo tiempo se esmera en la elección de las palabras más adecuadas para pintar esa imagen.

artículos más publicados el mismo año que el de Rosa: “Carácter y objeto de la literatura mexicana” de José María Lafragua; “Sobre el porvenir de la literatura” de Francisco Ortega y “Algunos desordenados apuntes que puedan considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana” de Guillermo Prieto.

⁹¹ “El aguacero de Zapopan” apareció en *El Mosaico Mexicano*, Tomo I y lo firma Un jalisciense. Ambos fueron recopilados por su autor en 1848 en *Miscelánea de escritos descriptivos*.

Martínez Andrade (*De Orden Suprema*) señala que los relatos de viaje tienen un doble referente: por un lado la realidad vivida y por otro el telón de fondo que brinda el corpus de los otros relatos de viajes con los que se ratifica por la veracidad o se les cuestiona.⁹² En el *Manual* la información no sólo proviene de una fuente escrita, también de la comunicación directa con un informante. Es el caso de Pedro Rivera, quien de viva voz le ha descrito al narrador las Ruinas de la Quemada, en el Estado de Zacatecas. Los viajeros que gozan de mayor estima son los que, guiados por la curiosidad científica, llegaron a nuestro país con el propósito de explorar las ruinas de sus antiguas ciudades. Este es el caso de John L. Stephens, a quien llama “nuestro viajero”. A partir de estos viajes con fines científicos, establece una diferenciación con aquellos viajeros que lanzaron críticas sobre el carácter de los mexicanos o sobre los que desestimaron las bellezas naturales de México. Comparación un tanto contradictoria porque al mismo tiempo que los descalifica, emplea algunas de sus ideas para conformar una imagen personal del México de mediados de siglo. Específicamente nombra a Isidore Löwenstern, Michel Chevalier y a William Bullock: “El carácter de nuestros compatriotas, a pesar de lo que digan Lowenstern (sic), Chevallier (sic) y otros viajeros visionarios, o mal intencionados, es franco, social, hospitalario y suave.” (173) Y más adelante escribe: “Nada es tan digno de ocupar el primer lugar de este capítulo como la famosa CAVERNA DE CACAHUAMILPA, porque es la obra más bella con la

⁹² Hallé en la revista *El Museo Mexicano*, Tomo II, 1843, artículos sobre algunos lugares que reseña el narrador del *Manual*, por ejemplo: Santuario de Guadalupe, Las Ruinas de la Quemada y El Cerro Mercado.

que la naturaleza ha adornado a nuestra patria, y a pesar del viajero Beulloch (sic),⁹³ que dijo que no era Méjico el país de estos prodigios de la naturaleza” (257).

Muchas veces, sin confesarlo, Arróniz retoma ideas y pasajes de los libros de Löwenstern y Madame Calderón de la Barca, los cuales fueron condenados por proyectar la visión más negativa de México.⁹⁴ En el caso del viajero austriaco he hallado similitudes sorprendentes entre el *Manual* y su libro *México. Memorias de un viajero*. Las coincidencias van entre párrafos que se repiten casi idénticos de un libro a otro, hasta ideas similares acerca de religión, política, arqueología, antropología y admiración mutua hacia ciertos personajes históricos. Aunque Arróniz en su introducción declara que muchas veces extractó información de otros libros, lo que llama la atención es que haya citado a uno de los viajeros responsables de difundir la imagen que supuestamente deseaba refutar. Quizá no pudo eludir la atracción que ejercía sobre él un hombre que dio la vuelta al mundo en dos años y tres meses y que compartía como él la pasión por lo antiguo. El libro del viajero austriaco se publicó en 1843 en francés y fue objeto de reseñas en México durante 1844; es hasta la última década del siglo XX que empieza a ser revalorado y en 2012 Margarita Pierini lo traduce al español. Esto indica que Arróniz tradujo directamente del francés – idioma que hablaba y leía– fragmentos de la obra y los incluyó en su *Manual*.

⁹³ William Bullock fue uno de los viajeros ingleses que llegaron a México cuando obtuvo su independencia. A juicio de Brigitte B. de Lameiras, Bullock fue “el más humanista entre los viajeros ingleses, en lo que respecta a sus descripciones de los grupos indígenas y de los estratos pobres en general. En sus juicios revela un poco la atracción del indígena como refugio espiritual del hombre civilizado, en contraposición del espíritu mercantilista que no olvida su posición de ser superior ante el hombre primitivo”. (23)

⁹⁴ Las reseñas sobre estos dos libros fueron ataques encarnizados, en especial las de Luis Martínez de Castro, Manuel Payno, José María Tornel y Antonio de Haro y Tamariz.

Los párrafos que se repiten casi textualmente corresponden al pasaje donde se describen las ruinas de Xochicalco. Dice Löwenstern:

Las paredes del monumento están cubiertas de figuras de hombres y animales de tamaño natural; yo no los considero jeroglíficos sino imágenes de sus soberanos, sus sacerdotes y sus ídolos. El resto ofrece solamente una serie de arabescos, todos igual entre sí, que sólo sirven como ornamento, sin presentar ningún sentido oculto o figurado. Lo que más me impresionó fue ver a los hombres sentados a la usanza oriental, con las piernas cruzadas. (136)

Y Arróniz escribe: “Las paredes están cubiertas de figuras de hombres, de animales del tamaño natural, y de varias especies de arabescos. Los hombres están con las piernas cruzadas a la moda oriental”. (267)

Citas que me remiten a que la idea de Arróniz sobre las similitudes entre las culturas prehispánica, oriental y africana, pudo provenir de su lectura de *México. Memorias de un viajero*. Los dos hablan de coincidencias entre las pirámides de estas culturas. El poeta guanajuatense señala el parentesco al describir los palacios de Moctezuma: “Los palacios de Moctezuma en la época de la conquista ostentaban un esplendor que bien denunciaba el origen de este pueblo civilizado, origen sin duda asiático, como lo corrobora la tradición, y en parte los usos y costumbres de este mismo pueblo azteca.” (278) Löwenstern por su parte asegura en el capítulo XIX de su libro que las pirámides de México y las de Egipto⁹⁵

⁹⁵ El viaje a Egipto fue, durante el Romanticismo, asegura Wolfzettel, “una experiencia mística, un encuentro con los espectros del pasado –a nivel personal así como en un sentido cultural-.” (16)

comparten un mismo origen e incluso apunta que los pobladores americanos también adoptaron costumbres y conocimientos de aquellas culturas:

El estilo de construcción africano perdura hasta nuestros días, y es posible que los aztecas, la última nación que pobló México, lo adoptaran –al igual que las costumbres, nociones y conocimientos que poseían- de las naciones asiáticas a las que reemplazaron, así como esas últimas, según imagino, las habrían adquirido en sus relaciones con una nación africana. (165)

La herencia oriental trasciende para ambos personajes el límite de lo arqueológico y se desplaza a lo cotidiano. Por ejemplo, comparan el traje y la montura del ranchero con la usada por los árabes: “Los rancheros con arreos de campo y los caballos que lucen la montura mexicana que tiene alguna semejanza con la árabe”. (40) Y el austriaco asegura: “Para andar a caballo se usa siempre una silla pesada y complicada, con un bocado enorme y fuerte que permite, como en Oriente, detener en seco al caballo aun en la más rápida carrera.” (103)

Respecto a las ideas religiosas, ambos defienden los beneficios que trajo la religión católica al Nuevo Mundo, pues significó el fin de la idolatría. Las “dulzuras de la religión” (Arróniz 184) fueron el único consuelo de los vencidos, quienes fueron “arrancados a la idolatría”. (Löwenstern 97) La religión confería una base moral y ética lo bastante sólida para reorientar el destino de cualquier nación. Ideas conservadoras que se complementaban con el voto de confianza que ambos dieron a la monarquía como el único sistema de gobierno capaz de sacar a México de la continua desestabilidad social que padeció en el siglo XIX. Los dos viajeros suspiraban ante la oportunidad que se esfumó con la renuncia

de Iturbide al trono, momento que representó una oportunidad para, a decir de Arróniz, formar una monarquía constitucional y una élite aristocrática con los héroes de la independencia y sus familias. Löwenstern no hace más que señalar defectos al sistema republicano, al que culpa de la anarquía que prevalece en el país. En suma, Arróniz está más cerca de Löwenstern de lo que podría pensarse. Pero, quizá no era políticamente correcto reconocerlo, pues el libro, como ya dije, había levantado ámpula en los intelectuales mexicanos que tuvieron acceso al relato en 1843.⁹⁶

Otra fuente que aparece de manera anónima, es el libro de viaje de Madame Calderón de la Barca, *La vida en México*. Es muy interesante este caso, porque según Felipe Teixidor, el libro se pudo leer en español hasta el año de 1920. Arróniz debió haber hecho la traducción, como lo hizo con Löwenstern, porque dominaba el inglés a la perfección, pero omitió la fuente de la cual provenía el fragmento, de cualquier manera pienso que la traducción es impecable.

La omisión se debió sin duda a que la autora, al igual que el viajero austriaco, no gozó en el siglo XIX precisamente de prestigio literario; al contrario, fue vilipendiada por las descripciones del país incluidas en sus cartas. Teixidor hace énfasis en el hecho de que esta viajera fue blanco de sátiras y críticas a un año de publicado su libro, aparecido en 1843 en Boston y en Londres. El investigador hace una cronología de los escritores mexicanos que se ocuparon de la autora. La cosecha es pobre, pero significativa: en 1844

⁹⁶ Teixidor asegura que: “En México, sólo una minoría tiene acceso al libro, la que conoce la lengua inglesa”. (XV)

registra colaboraciones de Luis Martínez de Castro y Manuel Payno;⁹⁷ en 1868 y en la década de los ochenta asegura que Altamirano se ocuparía de ella. Las opiniones vertidas evidencian la condena unánime hacia una mujer que se atrevía a describir tal cual formas de vida y costumbres de la población mexicana en el siglo XIX y no era para menos, en el libro se podían hallar descripciones como la siguiente:

No se veía un alma cuando llegamos al sagrado recinto, solo *léperos* miserables, en andrajos, mezclados con mujeres que se cubrían con *rebozos* viejos y sucios. [...] El suelo está tan sucio que no puede uno arrodillarse sin una sensación de horror y sin la determinación íntima de cambiarse después la ropa a toda prisa. [...] ¡Qué alivio, después de la misa, encontrarme otra vez al aire libre! (65)

Martínez de Castro o “Mala Espina y Bien Pica”, seudónimo del autor, hace una distinción entre el artista y el pintor de brocha y entre el verdadero viajero y el que simplemente viaja. Mientras el primero es capaz de sublimarnos al contemplar su obra, el segundo “tan solo sabe pintar de blanco lo que era negro y más frecuentemente lo contrario” (18). En el caso del viajero, Humboldt es señalado de manera unánime como el reinventor de las tierras americanas y ocupa la categoría más alta, razón por la cual Martínez de Castro lo llama un verdadero “pintor” (18);⁹⁸ mientras Löwenstern y Madame Calderón de la Barca son

⁹⁷ Las colaboraciones aparecieron en *El Liceo Mexicano* y *El Museo Mexicano* respectivamente.

⁹⁸ Sus libros forman parte del proceso llamado “invención” de América, por ejemplo: *Cuadros de la naturaleza, ensayo político sobre el reino de la Nueva España* y *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*. Mary Louise Pratt comenta parte de su obra en su libro *Ojos imperiales* (209-267). Esta autora menciona que a partir del libro del viajero alemán *Cuadros...* publicado en 1826 y en 1849, se conformó “el repertorio básico de imágenes que llegaron a significar ‘América del Sur’”.

clasificados como “pintores de brocha” (18). Altamirano, por su parte, desde *Revistas literarias de México*, calificaría lo escrito por aquella viajera como: “sátiras menipeas contra nosotros.” (XII, citado por Teixidor) Con semejantes referencias, no es raro que Arróniz haya determinado omitir el nombre de la fuente de la cual extrae uno de los pasajes más comentados de su obra.⁹⁹ Arróniz bien pudo haber conocido los artículos de Martínez de Castro y Payno, pero por razones obvias lo escrito por Altamirano no lo conoció, pues fue asesinado en 1858.

Nuestro cronista extrae unas líneas de *La Vida en México* y les saca el mayor provecho al combinar su habilidad como traductor y su oficio de poeta. Campos destaca esta virtud y escribe: “Por fortuna, en un caso raro o verdaderamente excepcional en la historia de nuestras letras, Arróniz nos trazó literariamente la Ciudad de México donde vivió” (“Vida y obra...” 131) y Vicente Quirarte destaca la habilidad de nuestro autor para resaltar “las diferencias de sonido y entonación” (83) de los gritos callejeros. Gracias a ello, la traducción es capaz de captar el bullicio y el trajín cotidiano:

El alba se anuncia en las calles de México con la voz triste y monótona de la multitud de carboneros, quienes parándose en los zaguanes gritan con toda la fuerza de sus pulmones: ¡*Carbosiú!* (Carbón, señor) Poco después se hace oír la voz melancólica de los mercaderes de mantequilla, quienes sin detenerse en su marcha gritan: *Mantequía... mantequía de a rial y dia medio.- Cesina buena!* es el anuncio con que lo interrumpe el *carnicero*, con una voz ronca y destemplada: este grito alterna enseguida con el fastidioso y prolongado de la

⁹⁹ Hay que decir que en el siglo XX, la crítica ha revalorado *La vida en México* y en general ha cambiado diametralmente sus opiniones, Teixidor las enumera puntualmente.

sebera o mujer que compra sebo de las cocinas, quien poniéndose una mano sobre el carrillo izquierdo, chilla en cada zaguán: ¡Hay seboooooo!!!” (131)

Lo que me parece importante destacar es la labor traductora de Arróniz, es decir el poeta sacó provecho de los conocimientos que poseía de varias lenguas y de su amplia cultura. Tarea en la que fue auxiliado por su visión de poeta y su enorme capacidad para reunir, seleccionar y reescribir mucha información que en ese momento no era posible conocer en español. El mérito fue haber extraído fragmentos de esos libros tan condenados en su época que lo ayudaran a conformar la imagen de nación que quería proyectar hacia el exterior y, al mismo tiempo, elaborar un libro para apoderarse de lo propio. Faceta en la que hay que destacar la amplia investigación documental emprendida por Arróniz para respaldar en todo momento su escritura con la de grandes cronistas o viajeros.

3.3 La ciudad y el discurso civilizatorio

El espacio para configurar lo mexicano es la ciudad, no por nada su descripción ocupa cuatro de los seis capítulos en la obra. La ciudad moderna es utilizada como la prueba y el sostén del discurso civilizatorio de Arróniz, la imagen que el *Manual* construye intenta refutar al viajero malintencionado, aunque el país a mediados del siglo XIX estuviera aún muy lejos de ser una urbe moderna. En su introducción Arróniz refiere: “quisimos presentar a la vista del viajero todo lo que pudiese interesarle, y estuviera en relación con lo útil y pintoresco refutando con ejemplos irrecusables a esos autores que se han ocupado ligeramente y con malevolencia de nuestra querida patria.” (5) En las últimas líneas de su guía reafirma este reclamo cuando asegura que el país es merecedor de la visita de los

“viajeros más celebres e ilustres”, pues a lo largo de casi trescientas páginas ha dado prueba de que México ha sido tratado injustamente.

Pierini hace alusión a esos libros de viaje donde los territorios no europeos fueron vistos como marginales y cita una serie de tópicos repetidos en los relatos escritos en la primera mitad del siglo XIX, por ejemplo: la influencia del clima sobre los habitantes, la herencia hispánica, el fanatismo religioso, la desidia de los americanos, entre otros.¹⁰⁰ La mayoría de los viajeros concluía que una educación europea pondría fin a las calamidades de la región. Arróniz coincide con esta última apreciación, a pesar de que asegura que con su obra va a refutar aquellos libros.

La nostalgia por aquellos elementos que están a punto de desaparecer o ser olvidados anima al narrador a rescatarlos; sin embargo, este sentimiento no se apodera por completo de su ánimo. El pasado es visto como una etapa de aprendizaje; el presente, la oportunidad de experimentar a través del método prueba y error y el futuro, el momento clave para que el país alcance a las naciones más desarrolladas:

Pronto, esperamos con gusto, pasado ese periodo de crisis, de desarrollo e inexperiencia, Méjico alcanzará su verdadera altura, rectificará sus juicios, y con la lección del pasado, afirmará su presente, aclarará el porvenir, y llegará a colocarse entre la familia de las naciones en la noble jerarquía que le ha asignado la alta Providencia: si esto no es así lo deseamos de todo corazón. (175)

¹⁰⁰ Löwenstern en *México. Memorias de un viajero* concluye que el dominio español fue posible debido a que los nativos consideraban superior al europeo y agrega: “como en efecto lo era por su educación y demás cualidades.” (245)

Entre el reclamo de la introducción y las líneas anteriores, permeadas de esperanza, el narrador acepta que México ha cometido errores por falta de una instrucción adecuada. Punto donde coincide con la teoría social que sostenía que “los hombres americanos [...] eran más débiles y menos maduros que los de los otros continentes” (Osorio 346), teorías que se apoyaban en los escritos de Georges Louis Leclerc, conde de Buffon y de Corneille de Paw. En estos textos se sostenía que América, y en consecuencia sus habitantes, eran un continente inmaduro y en proceso de formación. Nuestra nación aparece en el *Manual* como un hijo pequeño que debe ser guiado por su experimentada y sabia madre, quien le indicará el camino correcto hacia la civilización. Si bien el narrador asegura que en las ciencias se ha recibido el reconocimiento del extranjero, al hablar del carácter del mexicano, dice que la inestabilidad se confunde con la inexperiencia:

Esa inestabilidad que se ha atribuido al carácter mejicano no lo es en realidad, sino simplemente las diversas fases del desarrollo de un pueblo nuevo que desea alcanzar la perfección europea, y que por algún tiempo es necesario sea víctima de la inexperiencia y haga diferentes ensayos para la consecución de sus fines. (174)

Para mostrar que el país se esforzaba por alcanzar a las naciones europeas, Arróniz dedicó el capítulo más extenso de su obra a la descripción minuciosa de “establecimientos científicos, literarios y filantrópicos” (6), pues aseguraba, estos miden: “la ilustración de un país [para] probar que no hemos permanecido estacionarios en la marcha civilizadora del espíritu humano”. (6)

El México que podemos llamar joven se pierde en su crecimiento para dar lugar a otro, bajo la influencia de la Europa, que viene a ser las veces de madre, aunque a menudo demasiado severa y entonces con aquella sociedad va uniformándose la nuestra; y desapareciendo las costumbres curiosas de un pueblo nuevo. (7)

En el *Manual* se da por hecho que la historia de la humanidad, y en este caso México, sigue una secuencia lineal que conduce directamente al progreso; reproduce así la dinámica en la que fueron redactados en el siglo XIX los libros de viaje que combinaban el discurso racionalista con el discurso romántico (Prieto).¹⁰¹ González Stephan menciona que en el siglo XIX se redactaron historias literarias heredadas de teorías iluministas que: “Veían el proceso histórico como una cadena que disponía sus etapas en un sentido ‘ascendente’, siempre desde etapas pasadas ‘primitivas’, ‘deformes’ y ‘oscuras’ hacia los tiempos más ‘perfectos’, ‘desarrollados’ y ‘luminosos’.” (235) El *Manual* sigue de cerca estas ideas pues califica de época “oscura” a la etapa prehispánica por haberse desarrollado sociedades ágrafas, por lo indescifrable de sus jeroglíficos y por realizar sacrificios humanos. Las líneas dedicadas a la revisión de la herencia literaria indígena enfatizan que la permanencia en: “aquella oscura época [...] sería infecunda y perezosa” (180-1). El narrador aplica adjetivos emparentados con la inmovilidad en contraposición a los empleados para describir la capital postindependentista, a la que identifica con el progreso y la civilización. Dice por ejemplo que sus calles son rectas –la línea recta como sinónimo de belleza y

¹⁰¹ Este autor consigna que el romanticismo “designaba, desde el recodo final del siglo XVIII, tanto una nueva estructura de los sentimientos como una revolucionaria concepción de la naturaleza del universo.”

uniformidad- y, sobre todo, alberga las instituciones religiosas, educativas y gubernamentales más importantes del país.

Las descripciones de la ciudad en el *Manual* se suman a la imagen de nación construida por Arróniz, pues ofrecen visiones de almanaque, tal como las que aparecen en las litografías de *México y sus alrededores*, libro en el que Arróniz publicaría un texto:

El aspecto que presenta la ciudad es hermoso para el viajero. Sus calles tan rectas que se descubren en muchas de ellas allá muy lejos los árboles del campo y las montañas del anchuroso valle; a los lados del transeúnte casas hermosas, de arquitectura sólida y pintados de colores muy claros, que por órdenes gubernativas tienen obligación sus dueños de renovar a menudo. (40)

Descripción que se contrapone a la que Vicente Quirarte ofrece: “No era fácil caminar en el siglo XIX. Imaginemos el caos provocado por la multitud de carruajes de las más diversas tracciones, las implacables lluvias que convertían la calle en lodazal” (113). La contraposición muestra cómo Arróniz construye una imagen propia de la ciudad, que si bien “no [contribuye] a enriquecer el valor referencial del libro...” (Mora Brauchli 54), sí su contenido poético. Agrega Leticia Mora que entonces surge un problema cuando se le exige al texto “una verdad basada en la factualidad y no aceptar su verdad poética” (55) lo que remite a convenciones literarias como “mentira / subjetividad; confunde el referente real con el sistema de representación” (55). Pero es en el cruce entre el referente y el sistema de representación “donde se determina cómo el arte verbal domina la transmisión de un mensaje referencial [...] y nos entrega una verdad distinta pero legítima.” (56) Es lo que Alberca llama un pacto de lectura ambiguo, donde el autor no necesariamente dice la

verdad. Carrizo Rueda señala que más que “propósitos de veracidad” (350) la selección de un autor de ciertos elementos en sus descripciones “depende de una postura adoptada *a priori*”, misma que conduce directamente a la imagen del mundo que desea proporcionar el texto. En el caso de Arróniz, la imagen que propone está completamente en concordancia con la difundida por viajeros como Humboldt, quien en 1803 afirmaba que en ninguna parte del nuevo continente se encontraban establecimientos científicos tan grandes como en la capital de México. El narrador del *Manual* refrenda esa imagen al describir minuciosamente, casi hasta el tedio, la urbe decimonónica y de paso mencionar los logros de la administración santanista, de la que él formó parte. En el recuento no olvida mencionar las ceremonias que con gran pompa, dignas de las capitales europeas, se celebraban en Palacio Nacional (101-2); la plaza del Volador, donde una gran estatua del dictador dominaba su patio central (107), el Gran Teatro de Santa Anna, la Universidad y la Academia de San Carlos, reactivadas gracias a las gestiones del zempoalteca. Por fortuna las alabanzas no son frecuentes y se pierden entre las estampas de calzadas, colegios, academias, bibliotecas, iglesias y conventos. Además, parte importante de este capítulo lo dedica a la descripción de todo lo relacionado con el recibimiento al forastero que decide visitar la ciudad: hoteles, fondas, cafés, pensiones de caballos, paseos, teatros, museos, sistema de correos y diligencias que comunican a la capital con el resto de la república.

“Ciudad Moderna” es parte de la reivindicación que el narrador ofrece al visitante para demostrarle el grado de civilidad y desarrollo alcanzado por la ciudad postindependentista, el propósito de este discurso será, a decir Rotker, ofrecer “al Otro ese proyecto de progreso”. (Crónicas 21)

El vacío histórico que implicó la eliminación de la colonia fue llenado por Arróniz por un discurso “civilizado” (Rotker 41) donde el *Manual*, respetando el canon, se redactó como una “guía de informaciones utilitarias” (Prieto 13). Dice Arróniz en las líneas finales: “solamente quisimos presentar a la vista del viajero todo lo que pudiese interesarle y estuviera en relación con lo útil y pintoresco...” (5)

La flexibilidad genérica del formato de la guía de forasteros permitió al autor armar el “rompecabezas” que significaba conformar una imagen de nación a contracorriente. González Stephan al respecto de estas historias literarias apunta: “entregaban una imagen al parecer consolidada de la literatura nacional porque la vida institucional del país así lo demandaba” (200). Partiendo de esta idea, puedo asegurar que el *Manual* forma parte de estos libros porque crea una imagen de nación, pero no libre de contradicciones; es decir, rescata un pasado prehispánico y lo despoja de su particularidad heterogénea, pues imagina un mundo donde dioses y hombres luchan por alcanzar modos de vida civilizados a la manera de las naciones europeas. En la lista podemos hallar transcripciones al español de un dios indígena que guía a las tribus hacia la tierra prometida o reyes indígenas monoteístas y aficionados a la poesía. Estas historias literarias, insiste González Stephan, son “manifestaciones ‘ilustradas’ que intentaron: “teatraliza [r] metonímicamente una realidad imaginaria a base de olvidos y recortes (de períodos, géneros, sujetos, oralidades), pero donde la capacidad efectiva del libro produjo precisamente la ilusión de verdad / nación.” (214)

3.4 Arróniz: escritor de costumbres

Quirarte adjudica a Arróniz una doble condición: la de actor y testigo. Aquí adquieren sentido las palabras de la introducción donde el poeta para darle credibilidad a su obra asegura que ha elaborado su guía basándose en noticias y observaciones propias. Su carácter de testigo se ve claramente en este pasaje: “Oigamos la conversación de esa joven enlutada; su esposo ha muerto hace ocho meses; y ya va apoyando [...] su cuerpo en el brazo vigoroso de su primo [...] La frase que he sorprendido al pasar es de voz femenil que dice: *¡Yo te amo!*” (141) Surge entonces la figura del narrador testigo, presente en los artículos costumbristas y que de acuerdo al canon debía señalar problemas sociales y vicios, Pierini la llama la *anécdota ejemplar*. La doble finalidad de estos textos es destacar lo pintoresco y señalar con dedo acusador los defectos y virtudes de la sociedad. Las observaciones las realizaba el narrador en sus continuos paseos por la ciudad, que lo configuran como un *flâneur* o, en palabras de Zarco, “un estudioso del transeúnte”. Su intención no era particularizar, no daba nombres, pero describía a hombres o mujeres que tenían un comportamiento reprobable.¹⁰² La escena donde describe cómo en un entierro los “amigos” de la familia afectada se van despidiendo es elocuente: “salen rabiando por aquel rato que los privó de ir a los billares, a la peluquería, a un corrillo donde se hable de la crónica del día; y al entierro asistieron solamente, porque aguardan algunas ventajas de la familia.” (160)

¹⁰² Leticia Mora Brauchli llama narrador testigo al viajero porque describe espacios, nombres de los lugares, personajes, estadísticas “que crean una red de correspondencias extratextuales con un referente geográfico cultural que contribuye a la credibilidad de su historia.” (59)

Arróniz saca partido de sus dotes como escritor costumbrista, al uso de los artículos que publicaban en periódicos y revistas Fidel y Zarco, quienes se convirtieron en examinadores de la contemporaneidad. Éste último, amigo entrañable del poeta guanajuatense, sería recordado por él con estas palabras: “desnuda a la sociedad de sus arreos vanidosos para escarnecer su aspecto deforme” (212).

El costumbrismo de Arróniz pone énfasis en el presente, pero también en el pasado. De ese pasado rescata uno de los legados coloniales más importantes, el religioso. El narrador hace un inventario minucioso de las fiestas con base en un riguroso calendario litúrgico; a la manera de las guías de forasteros de Liñán y Verdugo o Santos, el dedo acusador del narrador y la vena católica de Arróniz se hacen evidentes cuando reprocha a la sociedad la superficialidad con la que se realiza las celebraciones litúrgicas:

Allí, donde ha poco se oía el canto religioso y devoto, se pronuncian juramentos de amor por labios húmedos de Champaña; en el lugar que atravesó la procesión, se rozan voluptuosamente los pies y las manos de los jóvenes de ambos sexos, y en vez de ideas de religión, todo lo anima el placer. (143)

No obstante, la mayoría de los cuadros costumbristas demuestran que en la sociedad decimonónica el fervor religioso es el responsable de llenar y vaciar las calles de la ciudad, de invadirlas de sonidos y de hundirlas en un silencio sepulcral:

El jueves santo es un día en que Méjico cobra una animación inusitada [...] Grandes lienzos con la vida del Salvador cubren las paredes; los altares están vestidos de duelo con ese velo morado [...] La música con acentos pausados y hermosos da más prestigio a aquel grandioso espectáculo. En la noche se encienden y resplandecen con mil luces, que prestan

nuevo encanto. En este día no se oye el rodar de los coches, el pisar de los caballos, ni el toque de las campanas, ni el redoble del tambor; un silencio respetuoso cubre toda la ciudad. (146-47)

Cornejo Polar señala que el costumbrismo decimonónico explotó: “sin conflicto las condiciones que imponen esos medios, desde la liviandad y gracia del estilo hasta la brevedad de la composición.” (26) El narrador del *Manual* selecciona palabras que transmiten el ritmo de las acciones que nos relata. Cuando cuenta lo que pasa en un día de campo, lleva a cabo una doble operación: describe el desplazamiento de lo religioso por una costumbre pagana y hace que el lector sea capaz de percibir los sonidos que produce el itinerario propio de un viaje:

El *día de campo* es el día predilecto del año para las familias mejicanas, es más célebre en sus anales que el de *Corpus Christi*, la *Virgen de Guadalupe* o la *Pascua de Espíritu Santo*; él hace desde una semana antes palpar los corazones de algunas muchachas con el sobresalto del amor; a algunos amartelados amantes se anuncia su llegada con desvelos, insomnios y vigias, y en algunos estómagos seculares por un gruñido carnívoro y prolongado de tripas que pondrían en terror a todo un corral de pichones y pavos (151).

La crónica de un día de campo se divide paso a paso como el itinerario de un viaje: partida, llegada y regreso. El paseo inicia con la disposición muy temprano de canastas y carruajes: “los coches se llenan; las sillas de los caballos se ocupan; las municiones de campaña se acondicionan, y comienza el movimiento.” (152) Este movimiento lo transmiten las palabras, las cuales son las herramientas indispensables en su labor de contar y que él emplea para presentarnos a los actores de su cuadro:

¡Cuánto fruto se saca de esta tertulia movable! Es una verdadera *gramática animada*. Las *reglas* las asientan los ancianos; los *verbos* los conjugan los jóvenes y sobre todo las hembras, y principalmente el activo *amar*, y ellas hacen el descubrimiento de su nuevo sinónimo *fingir*; las *comas* las prepara el carruaje con sus repetidos saltos, a que es necesario añadir, por no rebajar su mérito, la cooperación de nuestros célebres caminos. Las *interrogaciones* las dan los chicos que abundan y dañan, contra el consabido adagio; las *interjecciones* las bocas no muy timoratas de los domésticos, y los *puntos finales* la estupidez de la mayoría y el buen juicio de pocos. De esta manera se recorre un grande espacio de terreno y se llega al puerto deseado, y se vacían los vehículos y descansan las cabalgaduras. (152-53)

Es cierto, el costumbrismo de Arróniz no es completamente deudor de Larra porque saca el mayor provecho de sus dotes de poeta. En estos momentos, la anécdota ejemplar es desplazada por la pintoresquista. Escenas donde el narrador se da el lujo de jugar con la palabra viaje y conferirle significados diferentes: “Por fin en aquel viaje del apetito sobre la mesa, se llega a la posada que son los postres, y entonces queda todo vacío, mantel, platos, botellas, copas y por fin las sillas.” (155) También describe escenas que bien podrían servir como inspiración a un pintor de temas nacionales y pintorescos y de paso relata el fin del paseo:

Vuelve a reestablecerse el baile hasta que el importuno tiempo, que no se cuida de la pobre humanidad, ni respeta sus goces, ni se altera por sus penas, les habla por señas de retirarse con las manecillas de los relojes, y les presta la luna para alumbrar su vuelta que es menos bulliciosa y franca que la ida. (157)

3.5 Representación de lo popular

Como referí en los primeros párrafos de este apartado el elemento popular me permitirá configurar los rasgos lingüísticos y raciales particulares donde se fundamenta la idea de nación y de literatura a mediados de siglo XIX.

La representación del pueblo está imbuida en el discurso romántico. El narrador sigue muy de cerca los artículos costumbristas reunidos en *Los mexicanos pintados por sí mismos*, en específico su finalidad por resaltar lo pintoresco por encima de la intencionalidad política o, incluso la jocosa. En la introducción al *Manual*, Arróniz acepta abiertamente su deseo por servir a la patria; su misión como cronista fue precisamente decir “cómo somos” y orientar esa imagen hacia una identidad occidentalizada, despojada de su origen indígena.

El narrador asegura que el conocimiento de los trajes, usos y costumbres de una época persigue un doble fin: rescatarlos del olvido y conocerlos por curiosidad para comprobar nuestros adelantos:

¿no es cierto que siempre nos sentimos movidos de una viva curiosidad por conocer el modo de existir de nuestros ascendientes, y que las particularidades más mínimas de sus costumbres domésticas nos parecen llenas de interés, aunque sea sólo por complacernos en nuestra superioridad relativa? (130)

La sociedad decimonónica mexicana aparece representada por dos sectores, uno conforma a la comunidad que posee el conocimiento de la lengua escrita y el resto se incluye bajo el término de pueblo; el indígena ni siquiera aparece como un miembro de la sociedad digno de formar un sector, pues junto con la población mestiza, será parte de la masa anónima que

da a la ciudad un aspecto pintoresco: “Los grupos de indios vendedores con sus trajes de lana azul; los aguadores con el suyo propio original; los rancheros con arreos de campo [...] todo contribuye a dar un aspecto de grata novedad.” (40)

Lo pintoresco entendido como la acepción que lo acerca literalmente a la representación de un modelo: la pintura y en específico, el retrato. A través del narrador se nos describirá el traje y la rutina diaria del aguador, la china y el rancho, los dos últimos identificados como los tipos nacionales por excelencia. Retratos donde, como su nombre lo dice, se reproduce únicamente la apariencia exterior del tipo, de ahí que Rotker precise que en el siglo XIX el cronista era un “retratista de costumbres”, que buscaba ordenar el espacio de representación nacional: “se subordina al otro al discurso de la civilización, a los espacios disciplinados de la ley”. (Crónicas 21)

Pero también hay lugar para otra clasificación basada en la posesión de poder económico: aristocracia/ pueblo, a partir de la cual se describen trajes, costumbres y personajes característicos de cada grupo. La aristocracia se emparenta con el refinamiento y con el género literario preferido de nuestro autor: la poesía, pero también con la frivolidad, el ocio y la hipocresía. La moda europea es portada por elegantes señoritas, que lucen la mantilla española y reúnen la gracia y belleza del alba; los vestidos del aguador, el rancho y la china, son descritos como representantes de un pueblo en el que a partir de estos tres tipos se describe la heterogeneidad de los habitantes de todo un país. Dice Arróniz: “De estos trajes elegantes [los de la aristocracia] descendamos a los vulgares, de la poesía a la prosa.” (135) González Stephan habla de las formas en las que fue representado el elemento social en el siglo XIX y afirma que se le despojó de los rasgos que problematizaban su situación:

La cuestión ahora era reducir cualquier resistencia -y podemos pensar que aquello que resistía era toda esa masa cultural y socialmente diferenciada por otras lógicas no occidentales, no urbanas, no modernizadas, no letradas- a una referencia fácilmente manejable dentro del pensamiento letrado: lo ‘otro’ fue convertido, en el más flagrante de los casos, en pura naturaleza o paisaje, en selva o llano, en sierra o costa [...] El hombre popular aparecía entonces como una tarjeta postal, reducido a cromo literario, fetichizado bajo la paleta pintoresquista.” (193)

Arróniz nos describe cuadros costumbristas donde figura la chiera entre los huacales de su puesto, ofreciendo al transeúnte sus aguas frescas como parte del espectáculo que se podía apreciar durante las fiestas de cuaresma en la capital. La vendedora aparece con sus jarros de flores y sus grandes recipientes de líquidos cristalinos, en medio de mares de gente que acude a la iglesia a rendir culto a la virgen. La escena reproduce muchos de los cuadros o litografías decimonónicas donde se podían apreciar paseos capitalinos con grupos de rancheros, chinas, aguadores y vendedores ambulantes. De lo que se trataba, señala Ida Rodríguez Prampolini, era de “copiar la realidad agradable, sana, placentera”. (54)

Los tipos populares aparecen en el *Manual* como las litografías de *Los mexicanos pintados por sí mismos*; incluso las descripciones siguen de cerca los artículos elaborados por Hilarión Frías y Soto y José María Rivera.¹⁰³ El propósito de los articulistas, dibujantes y litógrafos fue consolidar una identidad plástica y literaria. La litografía debía reflejar la realidad, pero expresada con poesía e imaginación, por lo que no es de extrañar que las imágenes reprodujeran a un gallardo ranchero, con un traje limpio e impecable o a una

¹⁰³ Frías y Soto escribió para *Los mexicanos* “El aguador” y Rivera “La chiera”, “La china” y “El ranchero”.

chiera o china, limpias, graciosamente vestidas, bien peinadas y hermosas. Arróniz después de describirnos minuciosamente el traje del ranchero escribe: “Son ágiles jinetes los rancheros y de índole afable y sufrida: pueden de esta clase de gente formarse magníficos soldados de caballería”. (137) Y de la china asegura:

no hay calle por donde no se vea airosa y galana, arrojar la enagua de una acera a otra; y en el jarabe, baile tan bullicioso y nacional, cautiva con sus movimientos lascivos, con la mirada de sus pardos u oscuros ojos. Su cabello negro está graciosamente ondulado, y de ahí les ha venido sin duda el nombre. Su carácter en lo general es desinteresado, vivo, natural, celoso y amante de su marido. (138)

Otra de las razones por la que entre los tipos se selecciona a la china y el ranchero es por su procedencia mestiza, la cual fue convertida en el cimiento principal de la nueva nación. En *La Ilustración* se publica un artículo sobre este personaje; en él se hace una diferenciación entre los peones y los ganaderos. Señala que los primeros son indígenas y los segundos son el resultado de una mezcla:

Bien puede decirse que el ranchero no es azteca de sangre pura, al derramarse los conquistadores en la tierra conquistada, fueron naturalmente mezclándose las razas de los vencedores y de los vencidos y los hijos de los pobladores europeos, conservaron siempre la natural preeminencia del triunfo sobre la nación subyugada [...] esa mezcla en que se revela la sangre española y la indígena, formando la base del carácter que hace de los rancheros un tipo especialmente nacional. (129)

En este artículo las virtudes del ranchero se atribuyen a su sangre española, mientras defectos como la desidia o la pereza son atribuidas a su origen indígena.

Respecto a la china pasa un fenómeno similar, pues se enfatiza lo mestizo como una peculiaridad de la identidad nacional, dice: “La China es una criatura hermosa, de una raza diferente de la india: su cutis apiñonado, sus formas redondas y esbeltas, su pie pequeño.” (137) Incluso la descripción de tipos populares se cierra con unas líneas donde declara que los demás trajes son comunes a todas las naciones, lo que enfatiza su intención por explicar la nación con base en identidades occidentales. Esto muestra cómo se intentó reducir el fenómeno del mestizaje en una obra como el *Manual*. Se reduce y a la hora de separar la mezcla de lo español y lo indígena, se contradice la prescripción política que pesaba sobre la herencia española. Me refiero a que si bien en el siglo XIX se explotó la leyenda negra de la conquista, al hablar del mestizo como parte fundamental de la identidad nacional se explotan los lugares comunes que servían para describir lo indio y lo europeo. Los miembros del grupo indígena que ya no pertenecían a la etapa prehispánica se emparentaban con lo degradado, lo heterogéneo y por lo tanto fuera de una identidad mexicana a la que era urgente delinear como homogénea ante los ojos propios y ajenos. Mientras que lo europeo se asimilaba como la fortaleza física y la capacidad para llevar a cabo una tarea de principio a fin.

La representación de lo popular tiene en la descripción de formas de vida de los habitantes un campo amplísimo. *Un día de campo* o la fiesta donde los rancheros marcan el ganado, llamada “Combate”,¹⁰⁴ más la primera que la segunda, se convierten en pequeños

¹⁰⁴ Este pasaje deja muy atrás al artículo “El Ranchero” que aparece en *Los mexicanos pintados por sí mismos* porque menciona a los rasgos particulares que adquiere el tipo en diferentes estados de la República Mexicana. El narrador remite al viajero que desee saber más sobre costumbres rurales, a los artículos que aparecen en las páginas de *Revue des Deux-Monde*, bajo el seudónimo de Gabriel Ferry.

cuadros costumbristas donde es posible localizar la estructura, si bien incipiente, de una narración (exposición, nudo y desenlace). Cuadros costumbristas donde se pretendía configurar una identidad dispersa.

3.6 El paisaje

El Valle de México y el resto de la República son espacios donde la naturaleza es la otra dimensión donde se intenta configurar a la patria. Es decir, si bien la capital es sinónimo de progreso, todo lo que está fuera de sus límites geográficos es designado como campo, que de acuerdo al discurso romántico, es exótico, exuberante y divino. González Stephan señala que en el siglo XIX se desarrolla una concepción de la literatura donde “el elemento natural y geográfico” (192) desplaza al elemento social e histórico. El nacionalismo literario se inclina entonces por “un efecto imaginario de una realidad nacional volcada hacia zonas rurales, de naturalezas vírgenes o muy poco trabajadas [...] América, como espacio sin historia, mundo nuevo, fuera del alcance de la civilización.” (193)

En los dos últimos capítulos del *Manual* la naturaleza asume el papel protagónico. “Valle de México” inicia con la contraposición entre las obras humanas y las divinas. Mientras las primeras son perecederas, las segundas son perennes porque son producto del “poder tremendo del Criador” (222). Esta contraposición está representada en el binomio ciudad – campo. En este sentido, la ciudad reúne todo aquello hecho por la mano del hombre, sus obras son insignificantes ante las obras divinas, colosales y sublimes de la naturaleza. La ciudad es entonces desplazada a un segundo plano:

Esta ilusión brota en nuestra mente sin grandes esfuerzos de la fantasía, pues cuando se contemplan las colosales y sublimes obras de Dios, al par que las de los hombres, aparecen las de estos como un punto pequeño que se pierde ante la Omnipotencia que revelan las primeras; por esto Méjico parece un solo objeto reducido, comparado con esos mares de verdura, respecto de la excelsa cadena de sus montañas, y ante la celeste bóveda ilimitada. (219-20)¹⁰⁵

El narrador recurre al realce del estado virgen de la naturaleza, característica que aparecerá como clisé en los libros de los conquistadores y cronistas españoles, y en los de Humboldt. Viajero donde la exuberante naturaleza americana borra del paisaje la presencia humana y es dominada por paradisiacos lugares. En el *Manual* Tlalpan, El Pedregal, Magdalena y Contreras, San Jerónimo, aparecen como campos floridos, bosques risueños y solitarios parajes que remiten al tópico del *locus amoenus*:

Por el Oriente se ven los espléndidos volcanes que alzan sus nevadas y gloriosas cumbres más allá de la región de las tempestades, y parecen que bañan sus bases en los argentinos lagos de Texcoco y Chalco; la vista se desliza por sus faldas hasta llegar al Sur, donde encuentra un plácido reposo la ciudad de Tlalpam, en medio de sus sotos y enramadas salpicadas de flores [...] Más acá se presenta San Ángel, con su cascada de plata; al pie de los cerros hallamos al Mixcoac solitario, y a Tacubaya, ostentando sus hermosas casas de verano. (220)

Sin embargo, un elemento natural, la tormenta, será el responsable de romper con el tono paradisiaco del capítulo y de unir a la ciudad y el campo, pues al mismo tiempo que

¹⁰⁵ Wolfzettel menciona que uno de los temas emblemáticos del romanticismo fue “la obsesión del cielo azul” (20) que él interpreta como “una forma pinturesca y exótica de espiritualidad y de la búsqueda del paraíso.” (20)

irrumpe con sus caudales “el dosel espléndido del cielo”, una vez extinguida, es capaz de hacer que la ciudad recobre su antiguo esplendor prehispánico:

Después de una noche de tormenta, parece que la reina de Anáhuac, que la beldad indiana, que México rejuvenecida recobra su antiguo poderío, y se presenta como en los tiempos de la conquista, radiante de belleza, ataviada de las galanas flores de sus campos, y adornando sus cienes con la diadema que le forman las montañas de su valle, donde relucen cual dos gigantescos diamantes el Popocatepetl y el Ixtlacihuatl. (222)

La tormenta al ser producto de la voluntad del “Criador” hace resurgir no la ciudad de México de mediados de siglo, sino la de origen indígena, donde el adjetivo adquiere connotaciones virginales y salvajes. Acto por el cual se unen ciudad y campo como parte indivisible de la identidad que se busca construir a través de ese binomio.

En “Curiosidades de la República” el concepto de exotismo ocupa un lugar central, que se manifiesta en dos de las principales aficiones de Arróniz: la exploración y la arqueología. Actividades que determinan la división de las “curiosidades”: por un lado describe oscuras y misteriosas cuevas, caudalosas cascadas, grandes montañas y, por el otro, las ruinas de “pueblos remotos y desconocidos”. (281)

Curiosidades donde su belleza les es conferida por la profundidad de sus abismos, sus “grandes estalagmitas”, sus “peñascos gigantescos”, así como por la antigüedad de los edificios prehispánicos. En ambos, naturaleza y edificaciones, el narrador establece una línea entre ellos y lo egipcio, lo oriental e incluso, las formas de algunas rocas lo llevan a pensar en lo griego. Egipto, el Oriente y Grecia fueron los lugares que todo viajero romántico soñaba con conocer. Destinos que se convirtieron en los emblemas de todo aquel

que fuera amante de los misterios y que buscara constantemente los orígenes, por lo que Wolfzettel define a estos viajeros como “unos buceadores de la profundidad” (17).

El narrador después de describirnos las ruinas de Xochicalco y las ruinas de la Quemada, en los estados de Morelos y Zacatecas respectivamente, declara: “Hemos descrito en este libro aquellos monumentos antiguos que más se han elevado en forma de pirámide en el aire, y están revestidos de un misterio profundo”. (277) Enigma que se trata de explicar a través del supuesto parentesco entre los aztecas y los egipcios. El Oriente configurado como sinónimo de lo Otro desconocido y por lo mismo tan atractivo para el Occidente. (Wolfzettel, 10)¹⁰⁶

Las semejanzas con lo oriental las encuentra el narrador en los frescos y adornos de las ruinas prehispánicas del estado de Yucatán: “Sobre la puerta se hallan seis adornos, que tienen la trompa de un elefante, lo que parece corroborar la opinión de que los pueblos venidos a la América descendían de los antiguos egipcios”. (278) Cuando el narrador describe la caverna de Cacahuamilpa imagina recorrer “un templo egipcio” (262) o “los alcázares de las huríes de Mahoma” (265) o cuando al hablar de la Cascada de Regla dice: “todo se presenta a la imaginación como precioso monumento árabe del que se espera ver salir alguna odalisca soñolienta con su rico traje y voluptuosas formas.” (269) En ambas narración ha tomado el lugar de la descripción. El interior de la cueva de Cacahuamilpa lo hará imaginar “áticos templos, columnas dóricas que nos recuerdan los puros cielos de la Grecia”. (264-5) Entre la imaginación del narrador y las teorías tomadas, como ya vimos,

¹⁰⁶ Edward W. Said (2002) asegura en *Orientalismo* que el Occidente crea el fenómeno del Orientalismo.

de viajeros como Löwenstern, Arróniz configura un México que todavía encerraba profundos misterios para todo aquel viajero que decidiera visitarlo.

La Caverna de Cacahuamilpa abre el capítulo de “Curiosidades” y es comparada con otras que existen en diferentes partes del planeta. El narrador le confiere el título de la “Emperatriz de todas las cavernas” y la coloca muy por encima de “la de San Patricio en Irlanda, la de Fingal en Escocia, la de Dervy en Inglaterra, la del Perro en Nápoles, la del Guácaro en Venezuela y la de Antiparos en el Archipiélago Griego.” (258) El acto mismo denota la intención por defender a capa y espada la supremacía de la naturaleza americana en general y en específico la mexicana. Pero también enfatiza la continua intención por comparar lo propio con lo ajeno. Con este fin, el narrador enumera los lugares que por su “rareza extraña” el viajero debe visitar a lo largo de toda la República (281), entre ellos menciona los estados de Guerrero, Morelos, Guanajuato, Zacatecas, Hidalgo, Yucatán, Veracruz, Guadalajara y Durango.

Pero la fascinación por la Caverna de Cacahuamilpa hizo escribir varias veces sobre ella al poeta. La describe en poemas: “Tú eres la joya de la patria mía / Célebre maravilla de la tierra, / Que en su recinto prodigioso encierra / Tesoros mil sin igual valía”. (*LI*, II: 1851, 69) y refiere las ocasiones exactas en las que la visitó. Sus descripciones enfatizan el aspecto misterioso del lugar, las extrañas formas que percibe al internarse en sus abismos y al final de la gruta aparece el tema romántico del cielo azul:

Una de las sensaciones más hermosas a la salida es contemplar desde el fondo negro de la caverna, y contrastando con la rojiza luz de las teas un crepúsculo azulino, una luz dulcísima, en el lugar de la entrada, que viene a ser el alba delicada de aquel vigoroso sueño, de aquella noche de tremendas visiones. (266)

Asimismo, Arróniz recuerda su viaje a Europa y el camino que debió recorrer desde la capital al puerto de Veracruz, donde zarparía su barco. Durante el recorrido describe a detalle el relieve de El Cofre de Perote y cómo las nieblas de Las Vigas envuelven al viajero. Al hacerlo describe la impresión que le causaba ver aparecer y desaparecer paisajes por el efecto de la niebla. En esos momentos el narrador reconoce la superioridad de la naturaleza americana sobre el arte pictórico europeo que supuestamente la reproduce en cuadros. Es decir, nuevamente al comparar las obras de la naturaleza, de origen divino, con las de los hombres, las primeras superan a las segundas. La naturaleza, obra de Dios, es el punto donde México definitivamente es superior a Europa, pese a que este continente abrigue a las naciones más civilizadas:

Todos estos paisajes se aparecen, huyen, se reproducen, se adornan o flotan en los vientos con tal rapidez, que la vista apenas los puede seguir; formando una galería de cuadros campestres y naturales tan maravillosa, que los paisajes de los más célebres museos de Europa apenas serían una sombra de estos en cuanto a riqueza de colorido, grandeza de formas y variedad de líneas.” (283)

“Valle de México” y “Curiosidades de la República” son apartados donde paradójicamente la narración desplaza a la descripción, pues los lugares elegidos son descritos como paraísos terrenales, donde la exuberancia de la naturaleza es parte fundamental de la identidad nacional.

A manera de resumen puedo decir que el discurso que emplea Arróniz para refutar a viajeros como Madame Calderón de la Barca y Löwenstern se fundamenta en dos hechos: el primero consiste en la práctica de la literatura como la tarea que evidenciaba el grado de

civilización de nuestro territorio y, el segundo, un tanto contradictorio con el primero, fue justificar el retraso de la incorporación de México a las naciones más cultas, debido a la violencia a la que continuamente fue sometido el país. Arróniz argumenta que México era un país joven, inmaduro y que la inestabilidad del carácter de sus habitantes no era tal sino producto de su inmadurez. Arróniz, como sus contemporáneos, aspiraba a que México llegara a ser como las naciones europeas, incluso nombra a Europa una madrastra severa. Se lamenta por la destrucción que los conquistadores hicieron de la palaciega Tenochtitlan y al mismo tiempo, celebra su llegada porque trajeron la religión católica y el conocimiento de las lenguas sabias y, en especial, del español y la escritura. Le atraen los vestigios arqueológicos de antiguas ciudades, pero critica a sus habitantes porque practicaban el politeísmo y porque hablaban y escribían con signos indescifrables. Pero, no quiero ser injusta con mi autor, él en su intento por concederle grosor histórico al proyecto de mexicanización de la literatura y sirviéndose de las fuentes disponibles en la época, rastrea en las manifestaciones poéticas indígenas el origen de la literatura mexicana, aunque a través de traducciones al español que, ahora sabemos, le quedaban mucho a deber a sus autores.

Arróniz utiliza todo aquello que había leído en otros libros de viaje para describir al país: la ciudad, los trajes, usos y costumbres y traduce pasajes de los más odiados textos de viaje que ponían por los suelos a México y les saca el mayor provecho.

En suma, Arróniz vislumbró en la literatura la disciplina que le permitiría definir la fisonomía del país. Vivió en carne propia la depresión por la pérdida de más de la mitad del territorio, viajó a Europa y a su regreso fundó el Liceo Hidalgo, asociación que se propuso crear una literatura propia. Hidalguenses como Zarco sostenían que la literatura debía

ocuparse de la ciencia, del gozo y denunciar los defectos de la sociedad de manera general; otros, como Granados Maldonado, que debía reflejar el caos y la depresión de aquellos años. En Arróniz y en su *Manual* prevalece la primera postura y construye una identidad homogénea, occidentalizada porque aspira a que México alcance a las sociedades más cultas y no podía ser de otro modo cuando su generación enfrentó el enorme reto de fundar nación en medio de un país destruido, de escribir, como diría Cornejo Polar, en el aire.

CONCLUSIONES

Al describir la vida y obra de Marcos Arróniz, hallé a un personaje que había permanecido en las sombras sin merecerlo. Toda su vida estuvo marcada por un destino literario al que entregó prácticamente los mejores años de su vida. A ello se suma el amor que siempre demostró por el país, fervor por el que escribió el *Manual* que es uno de los testimonios más importantes de la segunda generación de escritores románticos en México. El formato de la guía de forasteros le proporcionó la oportunidad de reunir el discurso histórico y el literario y elaborar con ambos un completo panorama de la vida cultural y social de la época.

La primera mitad del siglo XIX estuvo marcada por la independencia, a la que siguieron un cambio continuo de gobiernos que eran derrocados frecuentemente. La situación se agravó por las invasiones extranjeras y la separación de algunas regiones del norte que se independizaron y unieron a los Estados Unidos de América. Esta paulatina desintegración, que culminó con la pérdida de más de la mitad del territorio mexicano, provocó una depresión general y avivó sentimientos patrióticos. La ocupación de calles y edificios por parte de las tropas extranjeras se vivió como una afrenta y la población reconsideró la posibilidad de elegir un gobierno conservador que tuviera en la Iglesia a uno de sus principales pilares. En consecuencia, el grupo político relacionado directamente con esa institución, es decir el conservador, fue el favorecido en las elecciones del regente de la ciudad de México en 1849.

Arróniz interviene en la alianza entre conservadores y santanistas, durante la última dictadura de Santa Anna (1853-1855). Su participación desde las filas del ejército, llega

hasta sus últimas consecuencias al participar con la reacción al grito de “religión y fueros” en la Batalla de Ocotlán. Es decir, política y moralmente estuvo del lado conservador y santanista, pues arriesgó su vida en defensa de la Iglesia y el Ejército; instituciones que, en ese momento, fueron el blanco de ataque de los reformistas, por lo que Arróniz sufrió las represalias que en ese tiempo implicaba ser un militar conservador.

El *Manual*, objeto de esta investigación, se convierte en la obra que reúne todas aquellas inquietudes que preocuparon a Arróniz a lo largo de su vida: consolidar una patria fragmentada, reivindicar la supremacía de las obras de Dios sobre las humanas y hacer de la literatura el emblema de una sociedad civilizada.

El olvido en el que se le tuvo por mucho tiempo se debió entre otras cosas a su muerte prematura y no sólo a su orientación política. A esto hay que sumar el prejuicio que señala al siglo XIX mexicano, como una centuria que literariamente no ofrece mucho. Lugar común que queda invalidado gracias a la labor de académicos como Marina Martínez Andrade, Vicente Quirarte, Ángel José Fernández, Marco Antonio Campos, quienes se han dado a la tarea de desempolvar los numerosos archivos del Acervo Reservado de la Hemeroteca Nacional, que ahora está abierto casi en su totalidad de manera digital y que ofrece un campo de estudio amplísimo.

El proyecto de mexicanización de la literatura nace de manera paralela a los proyectos de nación que en el ámbito político se discutieron en el siglo XIX. Los escritores que intervinieron acordaron de manera tácita hacerlo a través de un solo código, el español y un solo medio, la escritura. A partir de esta base, los poseedores de ese código y ese medio, es decir una comunidad muy reducida, crean sociedades literarias, revistas, periódicos, para crear una literatura propia con base en la descripción de elementos

populares y exóticos que le dieran carácter e identidad al movimiento que ellos impulsaban. En consecuencia, la conformación de una literatura propia procedía sólo de esa comunidad letrada que de manera aparente incluye la heterogeneidad cultural de nuestro territorio. Paraphraseando a Cornejo Polar, Arróniz y los pioneros de aquel proyecto escriben en el aire ante la falta de una base sólida que los precediera. Su escritura fue en ese sentido fundacional porque abrió brechas que fueron retomadas años más tarde por otros escritores.

La mejor idea que pudo tener Arróniz es hacerlo por medio de una guía de forasteros, que gracias a su carácter híbrido y la herencia hispana, supo mezclar los dos principales objetivos de la literatura, discutidos ampliamente en mares y mares de tinta, el dar placer y divertir y el educar por medio de la anécdota ejemplar. Ambos propósitos, me parece, se configuran como las dos propuestas en las que se circunscribe la producción literaria decimonónica.

BIBLIOGRAFÍA DIRECTA

- Arróniz, Marcos. “A la caverna de cacahuamilpa”, *La Ilustración Mexicana*, México, IV: 1853-1854, p. 65. Web. 18 de mayo de 2014.
- . “A la gruta de Cacahuamilpa”, *La Ilustración Mexicana*, México, II: 1851-1852, pp. 69-70. Web. 19 de noviembre de 2014.
- . “Al mar”, *La Ilustración Mexicana*, México, V: 1855, p. 226. Web. 18 de mayo de 2014.
- . “El ángel de mi esperanza”, *La Ilustración Mexicana*, México, II: 1851-1852, p. 596. Web. 18 de mayo de 2014.
- . “A mi ideal amada”, *La Ilustración Mexicana*, México, II: 1851-1852, p. 504. Web. 18 de mayo de 2014.
- . “A un celaje”, *La Ilustración Mexicana*, México, I: 1851, p. 281. Web. 18 de mayo de 2014.
- . “A una joven”, *La Ilustración Mexicana*, México, II: 1851-1852, p. 563. Web. 18 de mayo de 2014.
- . “A una tórtola”, *La Ilustración Mexicana*, México, V: 1855, p. 257. Web. 18 de mayo de 2014.
- . “Crítica literaria”, *La Ilustración Mexicana*, México, I: 1851, pp. 49-51. Web. 18 de mayo de 2014.

- . “Cádiz”, *Presente Amistoso dedicado a las Señoritas Mexicanas*, México: 1851, pp. 275-280. Web. 21 de noviembre 2013.
- . “Daguerre”, *La Ilustración Mexicana*, México, I: 1851, pp. 478-481.
- . “El ceniztle”, *La Ilustración Mexicana*, México, II: 1851-1852, p. 597. Web. 18 de mayo de 2014.
- . “Eclipse de sol”, *La Ilustración Mexicana*, México, II: 1851-1852, p. 267. Web. 18 de mayo de 2014.
- . “El huerto”, *La Ilustración Mexicana*, México, V, 1855, p. 257. Web. 18 de mayo de 2014.
- . “En la muerte de mi amado padre”, *La Ilustración Mexicana*, México, IV: 1853-1854, p. 152. Web. 18 de mayo de 2014.
- . “En mis horas de amor”, *Presente amistoso dedicado a las señoritas mexicanas*, México, 1851, pp. 157-161. Web. 20 de agosto 2014.
- . “El pensamiento de amor”, *Presente Amistoso dedicado a las Señoritas Mexicanas*, México: 1852, pp. 170-171. Web. 21 de noviembre 2013.
- . “El susurro de la noche”, *La Ilustración Mexicana*, México, IV, 1853-1854, p. 9. Web. 18 de mayo de 2014.
- . “Epitafios”, *La Ilustración Mexicana*, México, V, 1855, p. 276. Web. 18 de mayo de 2014.

- . “Felicidad”, *La Ilustración Mexicana*, México, II: 1851-1852, p. 557.
Web. 18 de mayo de 2014.
- . “Gloria”, *La Ilustración Mexicana*, México, II: 1851-1852, p. 632.
Web. 18 de mayo de 2014.
- . “La caída de la tarde”, *La Ilustración Mexicana*, México, II: 1851-1852, p. 451. Web. 18 de mayo de 2014.
- . “La celebridad”, *La Ilustración Mexicana*, México, II: 1851-1852, p. 186.
Web. 18 de mayo de 2014.
- . “La exhalación”, *La Ilustración Mexicana*, México, II: 1851-1852, p. 374.
Web. 18 de mayo de 2014.
- . “La inspiración”, *La Ilustración Mexicana*, México, II: 1851-1852, p. 207.
Web. 18 de mayo de 2014.
- . “Plegaria a la virgen”, *La Ilustración Mexicana*, México, II: 1851-1852, p.683. Web. 18 de mayo de 2014.
- . *La lira rota*. Estudio introductorio y compilación de Marco Antonio Campos.
México: UNAM, 2007. Impreso.
- . “Oda”. *El Siglo XIX*, México: 18 de septiembre de 1853, p. 2. Web 21 de noviembre 2013.
- . *Manual del viajero en México o Compendio de la historia de la Ciudad de Méjico, con la descripción e historia de sus templos, conventos, edificios públicos, las costumbres de sus habitantes, etc., y con el plan de dicha ciudad*. México:

Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, 1991, edición facsimilar tomada de París: Librería de Rosa y Bouret, 1858. Impreso.

———. *Manual de biografía mexicana o galería de hombres célebres de México*. Pról. Ignacio Díaz Ruiz. México: UNAM, 2006. Edición facsimilar tomada de París: Librería de Rosa y Bouret, 1857. Impreso.

———. *Manual de historia y cronología de Méjico*. París: Librería de Rosa y Bouret, 1858. Impreso.

———. “Sonetos”, *La Ilustración Mexicana*, México, V: 1855, p. 151. Web. 18 de mayo de 2014.

———. “Apariencias de la niebla.” *Presente amistoso dedicado a las señoritas mexicanas HNDM*. México: 1 de enero de 1851, 107-113. Web. 20 de noviembre 2013.

BIBLIOGRAFÍA INDIRECTA

Aguilar Rivera, José Antonio. *En pos de la quimera. Reflexiones sobre el experimento constitucional atlántico*. México: CIDE-FCE, 2000. Impreso.

Alamán, Lucas. *Historia de Méjico*, México: Editorial Jus, 1968. Impreso.

———. “Soberanía popular” en *El Universal*, México: Tomo I, Núm. 25, domingo 10 de diciembre de 1848. Web. 18 de octubre de 2013.

Almonte, Juan Nepomuceno. *Guía de forasteros y repertorio de conocimientos útiles*. México: imprenta de Ignacio Cumplido, 1852. Edición facsimilar.

- Altamirano, Ignacio Manuel. “Prólogo a *Pasionarias* de Manuel M. Flores”. *La literatura nacional: revistas, ensayos, biografías y prólogos*, ed. de José Luis Martínez. México: Porrúa, 1949.
- Álvarez Junco, José. *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, España: Taurus, 2001. Impreso.
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen de la difusión del nacionalismo*, trad. de Eduardo L. Suárez, México: FCE, 1993. Impreso.
- Andrews, Catherine. “Sobre conservadurismo e ideas conservadoras en la primera república federal (1824-1835)” en *Conservadurismo y derechas en la historia de México*. México: FCE, CNCA, 2009. Impreso.
- Bartra, Roger. *La jaula de la melancolía*, México: Random House Mondadori, 2005. Impreso.
- Baudelaire, Charles. *El pintor de la vida moderna*. Edición de Antonio Pizza y Daniel Aragón, Pról. Antonio Pizza y Trad. de Alcira Saavedra. España: Colegio de aparejadores y arquitectos técnicos de Murcia, 1995.
- Bautista Carriedo, Juan. “Cuilapan”, *La Ilustración Mexicana*, México: III, 1852, pp. 480-481. Web. 17 de noviembre de 2013.
- Bautista Carriedo, Juan. “La literatura antigua mexicana”, *La Ilustración Mexicana*, México: III, 1852, pp. 375-376. Web. 17 de noviembre de 2013.
- Bejarano, Pedro. “La literatura en sus relaciones con la época y con México.” *La Ilustración Mexicana*. México, I: 1851, pp. 285-287. Web. 20 de noviembre 2013.

- Bhabha, Homi K. *El lugar de la cultura*, Trad. César Aira, Buenos Aires: Manantial, 2007.
- Brading, David A. *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla*. México: FCE, 1991.
- Calderón de la Barca, Madame. *La vida en México*, Trad., pról. y notas de Felipe Teixidor, México: Porrúa, 1959. Impreso.
- Campos, Marco Antonio. “La Academia de Letrán”. www.iifilologicas.unam.mx/litermex/uploads. Web. 23 de octubre de 2014.
- . “Vida y obra de Marcos Arróniz”. *Literatura Mexicana, Portal de revistas científicas y arbitradas de la UNAM*. México: UNAM, Vol. 16, No. 2, 2005. Web. 28 de agosto de 2013.
- Carballo, Emmanuel. *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*. México: Universidad de Guadalajara/Xalli, Reloj de sol, 1991.
- Castillo Hernández, Estela. *Guías de forasteros de México. Poemario del siglo XVIII novohispano*. Xalapa: Universidad Veracruzana, Tesis de maestría en Literatura Mexicana, 2008.
- Cisneros, Clara y Fracno Savarino. *Narrativas errantes. Historia y literatura de viaje en México y desde México*. Universidad de Guadalajara, 2007, 200 pp. Impreso.
- Clark de Lara, Belem y Elisa Speckman Guerra. *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. (Ambientes, asociaciones y grupos: movimientos, temas y géneros literarios)*. México: UNAM, Vol. I, 2005. Impreso.

_____. *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. (Publicaciones periódicas y otros impresos)*. México: UNAM, Vol. II, 2005. Impreso.

Colombi, Beatriz. *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1800-1915)*. Beatriz Viterbo: Rosario, Argentina, 2004. Impreso.

Connaughton, Brian. “Religión, conservadurismo y liberalismo, la economía política de la fe, 1821-1857”, *Partidos, facciones y otras calamidades. Debates y propuestas acerca de los partidos políticos en México, siglo XIX*. México: FCE, UNAM, CNCA, 2012. Impreso.

Corvera Poiré, Marcela. “Las guías de forasteros en el México del siglo XIX”, en *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. (Publicaciones periódicas y otros impresos)*. México: UNAM, Vol. I, 2005. Impreso.

Cruz Soto, Rosalba. “Los periódicos del primer periodo de vida independiente”, en *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. (Publicaciones periódicas y otros impresos)*. México: UNAM, Vol. I, 2005. Impreso.

Cumplido Ignacio. *La Ilustración Mexicana*. México: Imprenta de Ignacio Cumplido, 1851 (I, I-IV). Impreso.

_____. “Prólogo del editor e Índice”. *Presente amistoso dedicado a las señoritas mexicanas. HNDM*. México: 1 de enero de 1851, II, I-IV y 433-35 Web. 20 de agosto 2014.

———. “Prólogo del editor” e “Índice”. *Presente amistoso dedicado a las señoritas mexicanas*. HNDM. México: 1852, I-III y faltan páginas de índice. Web. 20 de agosto 2014.

———. “Introducción e Índice”. *Presente amistoso dedicado a las señoritas mexicanas*. México, (1 de enero de 1847), Tomo I, p. 4-7 y 205. Impreso.

De Zabaleta, Juan. *Día y noche de Madrid, discursos de lo más notable que en él pasa*. Madrid: 1663. Biblioteca regional de Madrid. Web.

Delgado Carranco, Susana María. *Libertad de imprenta, política y educación: su planteamiento y discusión en el Diario de México, 1810-1817*. México: Instituto Mora, 2006. Impreso.

Depetris, Carolina. *La escritura de los viajes*. Mérida: UNAM, 2007. Impreso.

Díaz, Lilia. “El liberalismo militante”. *Historial general de México*. México: Colmex, 2002. Impreso.

Díaz Covarrubias, Juan. “A mi malogrado amigo el poeta Marcos Arróniz”. *Diario de avisos*. México, Año VIII (viernes 24 de diciembre de 1858) Núm. 21, p. 2. Impreso.

Enciclopedia para la literatura en México. México: Fundación para las letras mexicanas. Web. 22 de febrero de 2015.

Escalante Gonzalbo, Pablo, Bernardo García Martínez et al. *Nueva historia mínima de México*. México: Colegio de México, 2013. Impreso.

- Fernández Bravo, Álvaro (comp.) *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Manantial, 2000. Impreso.
- Fernández Arriola, Ángel José. “Pesquisa de Marcos Arróniz y su poema ‘Celos’”. *Texto Crítico*. Num. 13, Nueva Época, año VII, Xalapa: Universidad Veracruzana, julio-diciembre 2003, pp. 77-123. Impreso.
- Ferrer Muñoz, Manuel. *La formación de un estado nacional en México. El imperio y la república federal: 1821-1835*. México: UNAM, 1995. Impreso.
- Florescano, Enrique. *Historia de las historias de la nación mexicana*. México: Santillana, 2002. Impreso.
- Fowler, Will. *El pensamiento político de los santanistas, 1821-1855*. México: Colegio de México, Ponencia presentada en el Congreso de homenaje a la Dra. Josefina Z. Vázquez, 11-13 de marzo de 1997. Impreso.
- Fray Lengua. “Carta primera de Fray Lengua a su amigo Juan el guanajuatense” en *La Ilustración Mexicana*. México: 1851, Tomo I, 10-17. Impreso.
- García Moreno, Luis A. y F. Javier Gómez Espelosín. *Relatos de viajes en la literatura griega antigua*. Madrid: Alianza Editorial: 1996. Impreso.
- García Ugarte, Marta Eugenia. *Poder político y religioso. México siglo XIX*. México: I, Cámara de diputados LXI Legislatura, UNAM, IIS, Asociación Mexicana de Promoción y Cultura Social, Ac, Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, Miguel Ángel Porrúa Editor, 2010. Web. 20 de enero de 2014.

Gómez Espelosín, Javier F. “Estrategias de veracidad en Ctesias de Cnido” en *Polis. Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad Clásica*. Núm.6, España: Universidad de Alcalá de Henares, 1994, 143-168. Web. 21 de abril 2014. Impreso.

Gómez-Aguado, Guadalupe y Adriana Gutiérrez Hernández. “El pensamiento conservador en los periódicos *La Cruz* y *El Pájaro Verde*: definición y transformación en tiempos de crisis”, *Partidos, facciones y otras calamidades. Debates y propuestas acerca de los partidos políticos en México, siglo XIX*. México: FCE, UNAM, CNCA, 2012. Impreso.

González Navarro, Moisés. “Estructura social del siglo XIX” en Isabel Tovar de Arechedeira y Magdalena Mas (Compiladores), *El corazón de una nación independiente*, México: Universidad Iberoamericana-CNCA, Tomo III, 1994. Impreso.

González-Stephan, Beatriz. *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional. La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuet, 2002. Impreso.

Granados Maldonado, Francisco. “Himno a Hidalgo” en *El Siglo XIX*. México: 15 de septiembre de 1850, p. 3-4. Impreso.

———. “Observaciones sobre el género a que pertenece la literatura sentimental, particularmente la poesía, dedicada al Liceo Hidalgo, por Francisco Granados Maldonado, socio titular de la misma sociedad.” *La Ilustración Mexicana*. México, I: 1851, pp. 191-195. Web. 20 de noviembre 2013.

———. “Pensamientos sobre la omnipotencia.” *La Ilustración Mexicana*, México, I: 1851, p. 207. Web. 20 de noviembre 2013.

Guedea, Virginia. “Las publicaciones periódicas durante el proceso de independencia (1808-1821)”, en *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. (Publicaciones periódicas y otros impresos)*, México: UNAM, Vol. I 2005. Impreso.

Gutiérrez de MacGregor, María Teresa y Jorge González Sánchez. *Geohistoria de la ciudad de México (Siglos XIV a XIX)*. México: UNAM, 2002. Impreso.

Hale, Charles. *El liberalismo mexicano en la época de Mora*. México: Siglo XXI, 1972. Impreso.

Hernández López, Conrado. “La ‘reacción a sangre y fuego:’ los conservadores en 1855-1867” en *Conservadurismo y derechas en la historia de México*. México: FCE, CNCA, 2009. Impreso.

Illades Aguiar, Carlos. “Lo nacional-popular en el romanticismo mexicano”, en *Revista Casa del Tiempo*. Vol. V, Época III, Núm. 58, México: UAM, Noviembre 2003. Impreso.

Illades, Carlos y Ariel Rodríguez (compiladores). *Ciudad de México. Instituciones, actores sociales y conflicto político, 1774-1931*. (Falta lugar: El Colegio de Michoacán-UAM, 1996. Impreso.

Lamadrid Lusarreta, Alberto. “Guías de forasteros y calendarios mexicanos de los siglos XVIII y XIX existentes en la Biblioteca Nacional de México” en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*. México: UNAM, julio-diciembre 1971. Impreso.

Liñán y Verdugo, Antonio. *Guía y avisos de Forasteros que vienen a la corte*. Texto preparado por Enrique Suárez Figaredo. Web.

http://users.ipfw.edu/jehle/CERVANTE/othertexts/Suarez_Figaredo_GuiaForasteros.pdf

Löwenstern, Isidore. *México. Memorias de un viajero*. Edición, traducción y prólogo de Margarita Pierini, México: FCE, 2012. Impreso.

Luis Mora, José María. *Entre la lejanía y la incertidumbre. Correspondencia de José María Luis Mora en torno a la guerra con los Estados Unidos*. Selección y presentación de Laura Solares Robles, Laura Suárez de la Torre. México: Instituto Mora, 2001. Impreso.

M. P. "Eva". *Presentes amistoso dedicado a las señoritas mexicanas*, México: 1 de enero de 1850, I. Web. 20 de agosto 2014.

Mariátegui, José Carlos. "El florecimiento de las literaturas nacionales" en *La invención de la nación*. Buenos Aires: Manantial, 2000, 67-73. Impreso.

Martí, José. *Crónicas. Antología crítica*. Prólogo y estudio introductorio de Susana Rotker. Madrid: Alianza Editorial, 1993. Impreso.

Martínez Andrade, Marina, *De orden suprema: la literatura de viajes de Guillermo Prieto*. México: UAM, Tesis doctoral en Humanidades Línea: Teoría literaria, 2006.

_____. "El *Manual del viajeros* de Marcos Arroniz" en *Portal de revistas científicas y arbitradas de la UNAM, Literatura Mexicana*. México UNAM, Vol. 22, No. 1, 2011.

Martínez, José Luis. "México en busca de su expresión". *Historia General de México*. México: El Colegio de México, 1977. Impreso.

Mayer Celis, Leticia. "El análisis del ritual aplicado a la historia de México". Web. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=74702003>.

Mijangos, Pablo. "El pensamiento religioso de Lucas Alamán". Web. Biblioteca.itam.mx/estudios/.../PabloMijangosElpensamientoreligioso.pdf. 14 de agosto de 2014.

Montero Sánchez, Susana, A. *La construcción simbólica de las identidades sociales. Un análisis a través de la literatura mexicana del S. XIX*. México: Plaza y Valdés, 2002. Impreso.

Mora Brauchli, Leticia. "El doble estatuto sociocultural de *México insurgente*: algunas reflexiones sobre las mediaciones entre realidad y ficción o la realidad como metáfora". *La narrativa de la Revolución Mexicana. Primer periodo*. México: Universidad Iberoamericana, Universidad Veracruzana, 2007. Impreso.

Morales, Humberto y William Fowler. *El Conservadurismo Mexicano en el S. XIX*. Puebla: BUAP, 1999. Impreso.

Nava Vega, Elizabeth, *Marcos Arróniz: una aportación bio-biblio hemerográfica*. México: UNAM, tesis de licenciatura, 2010. Web.

Navarro, Juan R. *Guirnalda poética de poesías mejicanas*. Méjico: Imprenta de Juan R. Navarro, 1853. Web.

Noriega, Alfonso. *El pensamiento conservador y el conservadurismo mexicano*. México: UNAM, Tomo II, 1993. Impreso.

- Noriega, Cecilia y Erika Pani. “Las propuestas ‘conservadoras’ en la década de 1840” en *Conservadurismo y derechas en la historia de México*. México: FCE, CNCA, 2009. Impreso.
- O’Dogherty, Laura. “La iglesia católica frente al liberalismo”, *Partidos, facciones y otras calamidades. Debates y propuestas acerca de los partidos políticos en México, siglo XIX*. México: FCE, UNAM, CNCA, 2012. Impreso.
- O’Gorman, Edmundo. *Seis estudios históricos de tema mexicano*. Xalapa: Universidad Veracruzana, 1960. Impreso.
- O’Gorman Edmundo. “Precedentes y sentido de la Revolución de Ayutla” en *Seis estudios históricos de tema mexicano*. Xalapa: Universidad Veracruzana, 1960. Impreso.
- Olaguibel, F. M. de. “Arenga cívica pronunciada en la Alameda de México, el 16 de septiembre de 1849” En *El Siglo Diez y Nueve. HNDM*. México: 16 de septiembre de 1849, web 20 de agosto de 2014.
- Olea Franco, Rafael. *Literatura mexicana del otro fin de siglo*. México: El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüístico literarios, 2001. Impreso.
- Ortiz. Luis G. “Al capitán de Lanceros de la Guardia Marcos Arróniz, pidiéndole versos para un álbum”, *La Ilustración Mexicana*, México: V, 1855, p. 182. Web. 17 de noviembre de 2013.
- Orozco y Berra, Fernando. “Revista del desayuno”, *La Ilustración Mexicana*, México: I, 1851, p. 42. Web. 17 de noviembre de 2013.
- Orozco y Berra, Manuel. *Historia de la ciudad de México desde su fundación hasta 1854*. México: SEP-Setentas, 1973. Impreso.

- Osorio, Ignacio. *Conquista el eco. La paradoja de la conciencia criolla*. México: UNAM, 1989.
- Palti, Elías. “Lucas Alamán y la involución política del pueblo mexicano. ¿Las ideas conservadoras ‘fuera de lugar’?”. *Partidos, facciones y otras calamidades. Debates y propuestas acerca de los partidos políticos en México, siglo XIX*. México: FCE, UNAM, CNCA, 2012. Impreso.
- . *La nación como problema. Los historiadores y la cuestión nacional*. México: FCE, 2002. Impreso.
- Pani, Erika. “Entre la espada y la pared: el partido conservador (1848-1853)”. *Partidos, facciones y otras calamidades. Debates y propuestas acerca de los partidos políticos en México, siglo XIX*. México: FCE, UNAM, CNCA, 2012. Impreso.
- . “‘Las fuerzas oscuras’: El problema del conservadurismo en la historia de México” en *Conservadurismo y derechas en la historia de México*. México: FCE, CNCA, 2009. Impreso.
- Pardo Bazán, Emilia. *La cuestión palpitante*. Barcelona: Editorial Anthropos, 1989.
- Paz, Octavio. *Los hijos del limo*. Barcelona: Seix Barral, 1974.
- Perales Ojeda, Alicia. *Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX*. México: UNAM, 2000. Impreso.
- Pesado, José Joaquín. “Prólogo” en *El Siglo XIX*. México: 17 de septiembre de 1849, p. 3-4. México: UNAM, 2005. Web.

- Pimentel, Juan. *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*. Madrid: Marcial Pons, 2003. Impreso.
- Pineda Franco, Adela y Leticia M. Brauchli. *Hacia el paisaje del mezcal. Viajeros norteamericanos en México, siglos XIX y XX*. México: Editorial Aldus, 2001, 250 pp. Impreso.
- Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, México: FCE, 2010, Impreso.
- Prieto, Adolfo. *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina 1820-1850*, Buenos Aires: FCE, 2003. Impreso.
- Prieto, Guillermo. *Memorias de mis tiempos*. Xalapa: Universidad Veracruzana, 2009. Impreso.
- . “¡A mi patria!, *El Siglo XIX*, México: 16 de septiembre de 1849, web 20 de agosto de 2014.
- Quiñónez, Isabel. “De pronósticos, calendarios y almanaques”, en *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. (Publicaciones periódicas y otros impresos)*. México: UNAM, Vol. I, 2005. Impreso.
- Quirarte, Vicente. *Elogio de la calle. Biografía de la Ciudad de México 1850-1892*. México: Ediciones Cal y Arena, 2004. Impreso.
- Rama, Ángel. *La Ciudad Letrada*, Montevideo: Arca, 1998. Impreso.
- Ramos, Samuel. *El perfil del hombre y la cultura en México*. México: Espasa-Calpe, 1994.

- Renan, Ernest. “¿Qué es una nación?” en Álvaro Fernández Bravo (Comp.), *La invención de la nación. Lecturas de identidad de Herder a Homi Bhabha*. Impreso.
- Rodríguez Piña, Javier. “La disputa por una hegemonía nacionalista: el 16 o el 27 de septiembre como celebración de la fiesta nacional.”, en *La construcción del discurso nacional en México, un anhelo persistente (siglos XIX y XX)*. Nicole Giron (coord.) México: Instituto Mora, 2007. Impreso.
- Rodríguez Prampolini, Ida. *La crítica de arte en México en el siglo XIX. Estudios y documentos*. México, UNAM, 2da. ed., 1997. Impreso.
- Rotker, Susana. *La invención de la crónica*. México: FCE, 2005. Impreso.
- Rozat, Guy. *Los orígenes de la nación. Pasado indígena e historia nacional*. México: CONACULTA-FONCA, 2001. Impreso.
- Ruedas de la Serna, Jorge. “El paraíso y el infierno. Remotos orígenes del discurso nacional.”, en *La construcción del discurso nacional en México, un anhelo persistente (siglos XIX y XX)*. Nicole Giron (coord.) México: Instituto Mora, 2007, 21-33. Impreso.
- Said, W. Edward. *Orientalismo*, Editorial Debate, Madrid, 2002, 510 pp. Impreso.
- Santos, Francisco.
- Segura, José Sebastián. “Discurso de recepción, pronunciado en el Liceo Hidalgo el 20 de julio de 1851, por el Sr. D. José Sebastián Segura sobre los caracteres de la poesía romántica, pagana y hebrea”. *La Ilustración Mexicana. HNDM*. México: Falta editorial, falta fecha completa, 1851: 297-308. Web. 20 de noviembre 2013.

- Seydel, Ute. “Nación” en *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*. Coord. Mónica Szurmuk y Robert Mckee Irwin. México: Instituto Mora / Siglo XXI, 2009. Impreso.
- Sierra, Justo. “La catedral de Mérida”, *La Ilustración Mexicana*, México, II: 1851-1852, p. 375-380.
- S / A. “Los conservadores y la nación”, *El Siglo XIX*, México: 15 de septiembre de 1850. Web. 17 de noviembre de 2013.
- S / A. “Defunción”, *El Siglo Diez y Nueve*, México, II: 12 de septiembre de 1853, núm. 369, p. 4.
- S / A. “Desgracia”. *Diario de avisos*. México, Año VIII (jueves 23 de diciembre de 1858) Núm. 20, p. 2. Impreso.
- S / A. “Elogio fúnebre”, *El Siglo XIX*, México: 28 de septiembre de 1850.
- S / A. “La esposa resignada”, *Presente amistoso dedicado a las señoritas mexicanas*, México: 1 de enero de 1851, p. 127. Web. 20 de agosto 2014.
- S / A. “¡Honor y gloria a los inmortales padres de la Independencia”, *El Siglo XIX*, México: 15 de septiembre de 1850. Web. 18 de agosto de 2014.
- S / A. “Patriotismo”, *El Siglo XIX*, México: 17 de septiembre de 1849. Web. 18 de agosto de 2014.
- S / A. “Premios en el Colegio de Minería. Discruso del Sr. Tornel”, *El Universal*, México, II: 19 de noviembre de 184, núm. 369.

- S / A. “Sólo viéndolo se puede creer”, *El Siglo XIX*, México: 28 de septiembre de 1850.
- S / A. “Aniversario del grito de Dolores”, *El Universal*, México: 16 de septiembre de 1849.
Web. 20 de agosto 2014.
- S / A. “La libertad”, *El Universal*, México: 2 de agosto de 1849, p. 1. Web. 20 de agosto 2014.
- El Buen Sentido. “¿En dónde está el poder”, *El Universal*, México: 22 de julio de 1849, p. 1. Web. 20 de agosto 2014.
- S / A. “Premios en el Colegio de Minería. Discurso del Señor Tornel”, *El Universal*, México: 19 de noviembre de 1849, núm. 369. Web. 2 de octubre de 2014.
- S / A. “Dos palabras al Trait d’union. La Europa y México. Necesidad de nuestra República. Libertad”, *El Universal. HNDM*, México: 6 de agosto de 1849, p. 1. Web. 20 de agosto 2014.
- S / A. “Un golpe decisivo”, *El Universal*, México: 7 de julio de 1849, p. 1. Web. 20 de agosto 2014.
- S / A. “Yucatán...”, *El Siglo XIX*, México: 3 de junio de 1848, Año VII, num. 3, p. 4. Web. 25 de septiembre 2014.
- S / A. “Partidos políticos. Necesidad de una unión sincera entre el moderado y el puro”, *El Monitor Republicano*, México: 18 de junio de 1851, p. 3. Web. 20 de agosto 2014.
- S / A. “Artículos de costumbres en México”, *El Siglo XIX*, México: 3 de junio de 1848, Año VII, num. 3, p. 2-3. Web. 25 de septiembre 2014.

- S / A. "Introducción". *La Ilustración Mexicana*, México, I-IV. Web. 20 de agosto 2014.
- S / A. "Discurso pronunciado en los premios del colegio de Minería la noche del 17 del corriente, por el señor director del establecimiento, general de división D. José María Tornel" en *El Siglo XIX*. México: Tomo II, Núm. 323, 19 de noviembre de 1849.
- S / A. "Premios de Minería El Universal" en *El Siglo XIX*. México: Tomo II, 21 de noviembre de 1849, num. 325, p. 626.
- S. C. "Los baños de Atotonilco de Santa Cruz", *La Ilustración Mexicana*, México, IV: 1853, pp. 183-184. Web. 17 de noviembre de 2014.
- Solares Robles Laura. "Los calendarios de Galván y su trascendencia en el ámbito cultural del México decimonónico" en Olea Franco, Rafael, *Literatura mexicana del otro fin de siglo*. México: El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüístico literarios, 2001. Impreso.
- Solórzano-Thompson, Nohemy y Cristina Rivera-Garza. "Identidad" en *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*. Coord. Mónica Szurmuk y Robert Mckee Irwin. México: Instituto Mora / Siglo XXI, 2009, pp. 140-46. Impreso.
- Soto, Juan. "Cascada de Ellipantla", *La Ilustración Mexicana*, México, II: 1851-1852, p. 464.
- . "Laguna de Catemaco", *La Ilustración Mexicana*, México, II: 1851-1852, pp. 433-434.
- Speckman Guerra, Elisa. "Las posibles lecturas de *La república de las letras*. Escritores, visiones y lectores", en *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del*

México decimonónico. (Ambientes, asociaciones y grupos: movimientos, temas y géneros literarios). México: UNAM, Vol. I, 2005. Impreso.

Staples, Anne “Alfabeto y catecismo, salvación del nuevo país” en *La educación en la historia de México*. México: Colmex, 1999, 69-92 pp. Impreso.

Suárez Argüello, Ana Rosa. “Imaginar a la patria en la distancia. Cuatro viajeros mexicanos en Estados Unidos a fines de la primera República Federal.”, en *La construcción del discurso nacional en México, un anhelo persistente (siglos XIX y XX)*. Nicole Giron (coord.) México: Instituto Mora, 2007. Impreso.

Suárez de la Torre, Laura. “La producción de libros, revistas, periódicos y folletos en el siglo XIX”, en *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. (Publicaciones periódicas y otros impresos)*. México: UNAM, Vol. I, 2005. Pp. 9-25. Impreso.

Teixidor, Felipe. *Viajeros mexicanos (Siglos XIX y XX)*. México: Editorial Porrúa, 1982. Impreso.

Tornel Mendivil, José María. “Discurso pronunciado en los premios del colegio de Minería la noche del 17 del corriente, por el señor director del establecimiento general de división D. José María Tornel” en *El Siglo Diez y nueve*. México: Tomo II, Núm. 323, 19 de noviembre de 1849, pp.1-2.

———. “El Sr. general Tornel” en *El Siglo Diez y nueve*. México, II: Núm. 325, 21 de noviembre de 1849, p. 626.

Ucelay Da Cal, Margarita. *Los españoles pintados por sí mismos (1843-1844). Estudio de un género costumbrista*. México: El Colegio de México, 1951. Impreso.

Varios autores. *Fue en aquella ciudad de México. Episodios y crónicas del siglo XIX*. Introducción, selec. y notas de Marco Antonio Campos. México: UNAM, 2011. Impreso.

———. *¡Las once y sereno!!!* Introducción, selec. de textos e investigación iconográfica de Cristina Barros y Marco Buenrostro. México: CNCA, Lotería Nacional y FCE, 1994. Impreso.

Vázquez, Josefina Zoraida. “De la Independencia a la consolidación republicana” en *Nueva historia mínima de México*. México: Colegio de México, 2013, 137-191pp. Impreso.

———. “Los libros de texto de historia decimonónica”, en *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. (Publicaciones periódicas y otros impresos)*. México: UNAM, Vol. I, 2005. Pp. 281-295. Impreso.

Vázquez Mantecón, María del Carmen. *La palabra del poder: la vida pública de José María Tornel y Mendivil*. México: UNAM, 1997. Impreso.

———. *Santa Anna y la encrucijada del Estado*. México: FCE, 1986. Impreso.

Villaseñor, Pablo J. “Barranca del Tecuán”, *La Ilustración Mexicana*, México, IV: 1853, pp. 541-542. Web. 17 de noviembre de 2014.

Wold, Ruth. *Diario de México. Primer cotidiano de la Nueva España*. Madrid: Gredos, 1970. Impreso.

Wolfzettel, Friedrich. “Relato de viaje y estructura mítica”. *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*. Leonardo Romero Tobar y Patricia Almarcegui Elduayen (coords.) Madrid: Universidad Internacional de Andalucía, 2005. Impreso.

Zarco, Francisco. “De la protección a la literatura”, *La Ilustración Mexicana*, México, III: 1852, pp. 600-602. Web. 17 de noviembre de 2014.

———. “Discurso sobre el objeto de la literatura, pronunciado el día 1 de junio de 1851, por Francisco Zarco, al tomar posesión de la presidencia del Liceo Hidalgo.” *La Ilustración Mexicana*, México, I: 1851, pp. 161-168. Web. 20 de noviembre 2013. Impreso.

———. “Estado de la literatura en México”, *La Ilustración Mexicana*, México, III: 1852, pp. 5-8. Web. 17 de noviembre de 2014.

———. “El Monte de las Cruces”, *La Ilustración Mexicana*, México, II: 1851-1852, pp. 153-155.

———. “La flor sin aroma”. *Presente amistoso dedicado a las señoritas mexicanas. HNNDM*. México: 1 de enero de 1851, 99-100. Web. 20 de agosto 2014.

———. “La Luz”. *Presente amistoso dedicado a las señoritas mexicanas. HNNDM*. México: 1 de enero de 1851, Tomo II, 170-75. Web. 20 de agosto 2014.

———. “Día nublado”. *Presente amistoso dedicado a las señoritas mexicanas*, México: 1 de enero de 1851, Tomo I, 179-182. Web. 20 de agosto 2014.

———. “El crepúsculo en la ciudad”, *La Ilustración Mexicana*, México, I: 1851, pp. 234-238. Web. 19 de noviembre de 2013.

———. “Los transeúntes”, *La Ilustración Mexicana*, México, IV: 1853, pp. 160-165. Web. 19 de noviembre de 2013.

———. “México de noche”, *La Ilustración Mexicana*, México, III: 1852, pp. 157-160. Web. 19 de noviembre de 2013.

———. “Un entierro”, *La Ilustración Mexicana*, México, II: 1851-1852, p. 271.